

A Osa Radiante, mi mamá,  
que siempre escucha mis cuentos

## **EL INVESTIGADOR DE LA MÁSCARA DE PLATA**

En primer lugar, nos referiremos al aspecto físico del personaje: Tsoreto, se erguía semiencorvado, sobre dos choricetes lipidosos, a los que podríamos llamar piernas (con un poco de imaginación); de la parte superior de su tronco se desprendían cuatro cosas, sí, además de los brazos ultramusculosos y de la cabeza (que describiremos posteriormente), brotaba de su pecho cierto colgajo de gomosa epidermis, semejante a un marsupio, bajo el cual se acumulaban con el transcurrir de los meses, millares de partículas negras (vulgarmente llamadas quesitos), que se pegoteaban por la acción de la transpiración, conformando una pastachuta fétida, o una costra si se secaban.

Este detective sufrió una terrible mutilación en su rostro, al ser secuestrado por un criminal que perseguía hacía muchos años. El malhechor lo sujetó fuertemente a una silla de clavos, así un compás oxidado, lo introdujo con violencia en el ojo izquierdo de Tsoreto, lo movió en forma concéntrica, y luego le perforó las mejillas de lado a lado.

Con la cara destrozada, logró capturar al delincuente y entregarlo a la justicia., ya que éste había caído desmayado luego de cometer semejante atrocidad.

Para disimular sus heridas, nuestro amigo decidió usar una máscara de plata, desafiando así a la imaginación de la gente, y convirtiéndose en un hombre misterioso.

Se hallaba un día comiendo en algún restaurante de la zona aledaña a su departamento, cuando atrajo la atención de unos comensales, que degustaban sendas raciones de tallarines con salsa blanca; con aire de gran sabiduría empezó a contar:

\_Sabrán ustedes el origen de esos fideos ¿No es así?

\_Es un invento italiano -respondió la mujer.

\_No, no, los verdaderos creadores son los orientales -acotó el hombre.

\_A decir verdad señores, los tallarines de la casa son especiales; habrán notado lo obeso que es aquel mozo, bueno, pues ese hombre deglute kilos y kilos de grasa todos los fines de semana y al llegar el lunes, entre cinco personas lo aprietan, de tal manera, que por sus poros brotan infinidad de amarillentos choricitos, que han vendido a ustedes con el nombre de fideos...

Al escuchar esto, los dos vomitaron bocanadas gargajosas de comida y jugo gástrico. Sobre el suelo estalló en mil gotitas el caudal de pútrido fluido.

\_Pensar que ustedes acababan de saborear eso y lo tenían en sus estómagos -apreció Tsoreto indicando los charcos de vómito que yacían sobre las baldosas.

Esto bastó para que expectoraran nuevamente, aunque la sustancia parecía más densa y verdosa.

Al regresar del baño, luego de enjuagarse la boca y tratando de olvidar lo sucedido, los esposos tomaron asiento y encargaron una sopa caliente.

Tsoreto, adquiriendo la función de mozo, les sirvió dos platos colmados de una... sopa medio extraña...

Un tercer vómito se produjo, cuando observaron bajo sus narices, no sopa, sino los tallarines semidigeridos que acababan de devolver.

Por fin, el molesto detective logró su meta: entre los pedazos de mucus salivoso que el hombre había despedido de sus fauces, se hallaba el microfilm que contenía los nombres de los criminales más peligrosos que había estado persiguiendo durante toda su vida.

Tras arrestar a los comensales bajo el cargo de complicidad delictiva, el investigador de la máscara de plata continuó haciendo justicia.

**Mermelada de sol**

Era de noche en París. Desde uno de los bordes de la torre espiaba la Luna. Estaba llena y abundaba su luz por todas partes.

Cuando dieron las doce, Tsoreto andaba por allí entremezclado con la gente. Tenía calzado su impermeable azul y un sombrero negro para disimular el brillo de la máscara.

Las toses catarrosas y algún estornudo saludaban constantemente al invierno que venía. Presa de su apuro, huía el otoño intentando despegarse del calendario francés.

El comisario había enviado al investigador a descansar. Con cuarenta y cinco años, Tsoreto nunca hubo tomado vacaciones mientras estuvo en la fuerza. A los diecinueve se había enrolado cautivo de las dudas, inseguro; pero el paso del tiempo hubo encargándose de confirmar su decisión. Caso tras caso, la justicia desbordaba y esa sensación victoriosa de ganarle terreno al crimen, alcanzaba para verlo feliz.

La Sargento Pérez, antigua compañera del detective lo conocía bien de aquellos tiempos pretéritos en que patrullaban la ciudad. Tsoreto amaba conducir y la Sargento amaba las buenas máscaras antigás que le permitían acompañarlo. Cuando joven, nuestro deforme amigo olía fecalmente. Realmente fecalmente. Pero muy fecalmente. Muy mucho y demasiado horriblemente horrible. Con carencia total de bacterias aerobias a lo largo del esqueleto, fallecidas por los efectos antibióticos asfixiantes de aquel sinfín aromático.

Allí en París, la muchedumbre bulliciosa infestaba las calles. Entre boliches con carteles de neón, figuras holográficas proyectadas con láseres de colores hacia fuera de los comercios y alguna que otra persona de desconfiable aspecto, Tsoreto rastrea el paradero de su nuevo amiguito.

Pérez, que lo había acompañado pese a que ya hacía muchos noviembre que no trabajaban juntos, habíase quedado durmiendo en el hotel. La linda policía respetaba inmensamente al investigador y, aunque no sentía amor por él, sí cobijaba una fuerte y distante amistad.

Allá por los pagos europeos, Iemepé era algo conocido. No tanto como Ghandi o Tom y Jerry, pero sí más que un policía cualquiera.

Mientras tanto en las cercanías de la torre, entregado a su búsqueda Tsoreto, comenzaba ya a preocuparse. El niño se había puesto a charlar con él tardes atrás, mientras jugaba en el arenero de una plaza llamada *le soleil*.

En aquel momento, al pasar el investigador entre las hamacas, Jean Paul había continuado penduleándose sin inmutarse, cual si no hubiera percibido ningún aroma molesto. Percatándose del suceso, Tsoreto rodeó el sector de juegos como quien pasea indiferentemente y repitió el cruce junto a las hamacas, tratando de pasar lo más cerca posible del muchacho. Éste permaneció sereno.

-¡Santos anósmicos Batman!- chistó el fornido cerebelo del detective a su inseparable compañero cerebral. -Si tú fueras más seso de lo que pareces, te darías cuenta que el niño no huele- continuó.

El cerebro enfurecido respondió y principió una discusión intracraneana. Las neuronas protestaban unas, insultaban otras y hasta las había lanzadoras de golpes, usando los botones sinápticos a forma de puños enguantados. Debió pues intervenir el investigador y detuvo aquella batahola golpeándose por detrás, justo en la parte que la cabeza se une al cuello, donde empieza la nuca.

Cuando se palmeaba la grasienta cabellera, que escondía estratos ceborreicos y casposos entremezclados con las secreciones normales del cuero cabelludo y el hollín depositado por meses, uno de sus seis dedos quedó adherido entre pelos. Incómodo, tironeó y tironeó pero el meñique mayor no se despegaba.

Jean Paul, sin que Iemepé se percatara, lo había estado observando sonriente, divirtiéndose con las enroscadas morisquetas que intentaba sin que surtieran efecto. La potencia del cemento orgánico que retenía allí al dedo resultaba admirable.

Tsoreto continuó la tarea y el primer contacto directo entre ambos se dio entonces luego del despegue. Las palmas batidas por el muchacho y su riza con acento francés, encestándole a cada carcajada una tilde final, habían hecho sonreír al detective.

Aunque el plateado metal enmascaraba su semblante alegre, el niño logró comprender que aquél hombre lo acompañaba en su reír.

-Vamos al subibaja- lo invitó. -Eres mayor, pero igual podrías jugar conmigo. Yo no tengo muchos amigos por aquí.

Entendiendo el comentario en francés del pequeño, el policía se arrimó. Ocurrieron sendas presentaciones, estrecharon las manos con fuerza y caminaron hasta donde estaba plantado el subibaja. Tsoreto sonrió otra vez. El aparato le recordaba sus años niños, allá por el parque Lezama de San Telmo.

Mientras jugaban, Jean Paul narró su difícil historia hasta esos días. En resumen, nunca había conocido a su padre y la mamá, que lo amamantara y cuidara mientras usaba pañales, había muerto víctima de una enfermedad terrible. Desde entonces, preso a los caprichos de Veronique, su hermana mayor, las jornadas habían transcurrido tórridas de aburrimiento. Sumaba ya seis años y nunca había pisado el jardín de infantes ni la escuela. Analfabeto y asocial, sus aprendizajes provenían del contacto con la ciudad, los coches, edificios, gente gris sin rostro y avenidas, noches pavorosas de frío, lluvias incontemplativas y vientos lastimeros, maltrato, hambre, robos de fruta con corridas divertidas y escapes angustiosos de la muerte, que cada tanto pasaba para llevarlo consigo.

La plaza *le soleil* era lo mejor de todo aquel universo. Allí admiraba a otros niños bien vestidos y con vidas diferentes a la suya. Ellos eran los únicos con los que a veces conversaba. Algunos le resultaban simpáticos; otros eran más parecidos a los viejos de mirada perdida que andaban por doquier, aunque esos pibes le prestaban atención algunos instantes y luego quitaban sus ojos aprendiendo a usar la indiferencia.

Los mejores juegos eran las hamacas y los trepadores de varias alturas, sin duda. Jean Paul tenía práctica y siempre destacaba entre el resto,

aguantando más que nadie asido a los barrotes. El más alto de todos, de color amarillo con vetas anaranjadas era la prueba más peligrosa. Allí lograba la admiración de las chicas, que siempre lo veían de reojo o dejaban de verlo cuando él se atrevía a mirarlas desde lo alto.

-Por supuesto que he caído; varias veces a decir verdad- aseguró el muchacho. -La segunda vez me lastimé mucho. Quería saludar a un amigo con una mano mientras colgaba con la otra desde el trepador mayor. El palo estaba mojado por la lluvia del día anterior y me resbalé. Aún recuerdo cuando volaba por el aire.

Levantó la tela descosida de su pantalón y mostró a Iemepé cómo tenía deformada la pierna por el golpe. -Así me quedó, después de que los padres del chico me llevaron al hospital.- Al parecer la tibia se había soldado sobrepuesta y del frente de la canilla le asomaba el bulto calloso que se había formado bajo la carne.

Tsoreto hizo lo mismo. Quitose el impermeable y levantándose la botamanga derecha hasta la rodilla, comparó su choricete piérnico angulado con el del niño. Se parecían bastante.

Removió la velloidad tupida y peinándola longitudinalmente ambos descubrieron la llamativa semejanza que los unía. El niño se alegró.

Siguieron jugando un rato. Pronto, el investigador estaba subiendo a los codiciados trepadores; luego daban vueltas en la calesita manual -esa que tiene el eje fijo al piso y se gira agarrándose del volante central-; y por último, cuando casi se apagaba la claridad diurna, labraban las torres medievales de un castillo en el arenero.

Tsoreto se divertía a lo grande -o más bien a lo chico.

Quedaron en encontrarse en dos días y así lo hicieron. Desde entonces las reuniones se sucedieron frecuentemente.

A una de ellas asistió la Sargento Pérez, Silvina Pérez. Ese día habían arreglado un picnic a orillas del río Sena. Mientras comían, la oficial cayó en la cuenta de que Jean Paul no percibía los olores.

-¿No sientes nada?- le preguntó.

-¿Nada de qué?

-Con la nariz... ya sabes- y la Sargento inspiró con sonoridad dos o tres veces para lograr explicarse.

-No huelo- si a eso te refieres. -Antes de cumplir los cuatro, Veronique me echó un maleficio de brujas. Fue porque no quise ir con ella a comprar. Siempre me aburría aguantar mientras se revisaba los vestidos y esperar horas a que acabara de decidirse.

-Veronique no era malvada, pero esa tarde estaba furiosa conmigo y dijo unas palabras que aseguró me matarían la nariz. Yo al principio no le creí. Seguía disfrutando de todos los aromas segundos después de lanzado el conjuro. Pero ella comentó que me haría efecto si me quedaba dormido.

-¿Y entonces?- se interesó Tsoreto viendo apenado a su amigo.

-Traté de no prestarle atención; pero al acostarme esa noche algo me decía que no debía cerrar los párpados. Conseguí permanecer despierto durante

dos días y medio más, pero lamentablemente no fui lo suficientemente fuerte y caí presa del incontrolable cansancio. Estaba abatido.

-Cuando desperté, el Sol me enceguecía. Veronique me había quitado del sillón donde dormía y sacado a la vereda. Cerré los párpados rápidamente con fuerza recordando el hechizo. Temía que se hubiera cumplido. Estuve decidiendo si abrirlos o no durante bastante tiempo. Los autos que pasaban sobre los adoquines, bocinazos, alaridos de gente y otros ruidos aseguraban que estaba bien despierto. Hasta una persona me pateó el hombro cuando pasaba caminando a mi lado –supongo que sin quererlo, aunque no abrí los ojos para observarla.

-Pronto concluí que aunque no abriera los ojos, igual estaba despierto y me concentré en mi nariz. El olor común a humo de los escapes no existía esa mañana. Levanté las pestañas. Tampoco percibía los perfumes de las señoras elegantes ni el olor a transpiración que siempre salía de las axilas del encargado.

-Me castigué mucho por no haber resistido en pie. La maldición de mi hermana se había cumplido y ya no podría disfrutar del aroma a comida nunca más. Ni de nada que se les pueda ocurrir. Fue terrible acostumbrarme; pero ahora ya lo tengo asumido... soy ciego de la nariz, o mudo, como quieran llamarlo.

La Sargento Pérez miró con expresión entre extrañada y desconfiada a su compañero. Pero había pruebas suficientes de que realmente el niño no contaba con olfato: la amistad “cercana” –no distante- con Tsoreto lo demostraba. Quizás la historia del embrujo hubiese sido fabulada por el muchacho, mas de alguna forma u otra habíale dejado de funcionar el hocico.

La inteligencia perspicaz del investigador ató cabos y creyéndole al niño por completo le aclaró: -No se dice ciego, ni sordo, ni mudo; el problema de no poder oler se conoce como “anosmia”, así que si quieres darte un nombre, serías “anósmico”.

La policía escuchaba atenta. Ella tampoco sabía cómo nombrar ese mal; en realidad nunca se le había ocurrido imaginar que existiera.

-Puedo recordar un caso parecido ocurrido en España- prosiguió Iemepé. -Se trataba de una niña, muy bella por cierto, que había sido embrujada por una vecina de su edificio. Esta anciana y funesta señora, fastidiaba a Jazmín y a sus padres quejándose por los ruidos, los aromas a guiso delicioso que preparaba la mamá y cualquier otra cosa que le sirviera para quejarse.

-Un mediodía María José, la madre Jazmín, se había hecho una escapada hasta el almacén de enfrente de su casa para comprar, cuando justo volvió la jovencita del jardín. Se bajó del autobús escolar que siempre la transportaba, saludó al portero y entró en el edificio de departamentos donde vivían. La puerta de su casa en el quinto piso estaba cerrada. Jazmín empezó a preocuparse porque la mamá no aparecía. Como ocurre cuando esperamos algo con ansiedad, el reloj se movía más despacio que nunca y la niña decidió preguntarle a su vecina de al lado. Golpeó la puerta y tocó el timbre insistentemente. Nadie respondía y volvió a llamar.

-Estaba dando puñetazos con su manita sobre la gruesa madera cuando la vieja bruja abriola de par en par, de sopetón. La miró enfurecida y sin dejar que Jazmín dijera palabra pronunció unas estrofas mágicas que la hechizaron. Justo en ese momento llegó María José, saludó a la vecina algo preocupada por ver a su hijita tan asustada y se la llevó de allí.

-Como te sucedió a ti- comentó Tsoreto, -con la excepción de que Jazmín no había sido alertada por la bruja, al despertar esa mañana la niña dejó de percibir los olores.

Jean Paul escuchaba más atento que nunca.

La Sargento Pérez en cambio, no sabía dónde quería llegar Iemepé pero estaba segura de que todo aquello estaba siendo inventado por él en ese instante. Sumado a lo irreal del relato, sabía que él nunca había estado en España. Pese a ello, trató de no mostrarse explícitamente incrédula y permanecía atenta oyendo la historia de su compañero.

-¿Y sabes si alguna vez se curó?- lo interrumpió vivaz el muchachito.

Tsoreto asintió bamboleando de arriba a abajo su faz plateada. -Eso es lo más interesante de este caso que resolví hace catorce años. Silvina estaba conmigo. ¿Lo recuerdas?- inquirió a la Sargento confiado en obtener su complicidad.

Pérez dudó.

-La niña morochita... en Andalucía- la instó viéndola a los ojos hasta que Silvina llegó a captar sus guiños a través del orificio ocular de la máscara.

-¡Ah, sí, la recuerdo! Es extraño que no me viniera a la mente cuando supe de tu problema- aseveró al niño.

-¿Cómo se curó?- volvió a preguntar Jean, inquieto como nunca, deseando escuchar hasta el final.

Tsoreto sacó un papel que guardaba en el bolsillo amplio del impermeable azul. Espiando, el pequeño consiguió ver que estaba escrito, pero como no sabía leer de poco le servía.

-Antes que nada, asegurémonos de estar frente al mismo hechizo. ¿Recuerdas las palabras que pronunció Veronique para dejarte sin olfato?- le preguntó muy serio.

-Eh... no muy bien... sé que empezaba con algo de "*Ispírito, ispírito...*" y, si mal no me acuerdo, terminaba gritando algo de "...*yuá*".

-Ya veo... Así son los tres conjuros que tengo aquí anotados- se lamentó Iemepé. -Lo diferente es lo que dicen en medio. Te leeré las partes que son bien distintas para que puedas reconocer de cuál se trata.

-Bueno- asintió Jean Paul, cerrando los ojos para oír con más claridad.

-La primer forma, que no creo que sea la que usó tu hermana porque es conocida sólo por monjes orientales, según sé, dice luego de *Ispírito, Ispírito: "corichinagua leptí su su su chichoná"*- Pérez tuvo que contener una carcajada. Tsoreto movía las manos como brujo cuando hablaba y se sacudía el colgajo epidérmico bajo la camisa.

-Mmm... no. Ese no es- concluyó el chico.



-Entonces debe estar entre la segunda y la tercera forma del conjuro. Presta atención...

Jean Paul volvió a cerrar los ojos y apoyó ambas manos en su frente, sosteniéndose la cabeza.

-La segunda variante dice "...igar lan timosa..." y la tercera es muy parecida a ésta, aunque el pedazo diferente se oye así:- Tsoreto dio especial ímpetu a sus palabras para que sonaran conocidas al muchacho -"...*¡ilana no nasona!*".-

-¡Esa es!- se alegró Jean Paul, convencido hasta el tuétano de haber escuchado nuevamente las mismas palabras que pronunciase Veronique dos años atrás.

-¡¿Cómo se cura?!- desesperó tomando a Tsoreto por la muñeca.

El investigador le dio unas palmadas tranquilizadoras sobre la espalda y recetó con voz firme y clara: -Es una suerte que tu hermana haya empleado el hechizo de la *sequía lunar*; la sanación se alcanza justamente en las noches de luna llena y pronto tendremos una.

-Pero yo ya he pasado muchas lunas llenas y sigo anásmico...

-Anósmico- lo corrigió la Sargento.

-No he dicho que sólo con estar en la noche de luna llena se curara. El maleficio se basa en la ausencia de humedad en la garganta y la nariz. ¿Te sentiste seco por adentro alguna vez en este tiempo?

-Seco... eh... creo que sí... ¡A sí, ya recuerdo! Poco después de que me fui de casa, al otro día de que mi hermana me maldijera.

-Ya lo ves, son síntomas indudables. Lo mismo le habían hecho a Jazmín. Ella se curó comiendo mermelada a la luz de la luna llena.

-¿Mermelada?- se interesaron Jean Paul y Pérez, aunque ésta asentía sonriente dejando ver que se trataba de una historia conocida para ella.

-Así es; pero no cualquier mermelada... Debes escoger algo que te guste mucho y que no se use comúnmente para hacer mermeladas o jaleas.

-Como un trepador...- imaginó el niño con la visión puesta en las nubes.

-Podría ser, aunque conviene usar algo con más vida, con más energía. La condición es que debe gustarte.

-Y comiendo eso en una noche con la luna entera ¿se me pasará lo de la nariz?

-Así es, aunque deberás esperar a la mañana siguiente.

-Entiendo... ¿Qué usó Jazmín entonces para su mermelada?

-A ella le gustaba mucho la luz del día, así que eligió el Sol.

-¿El Sol? ¿Y cómo fabricó mermelada de Sol?

-¡Fácil!, igual que se te ocurriría a ti armar la de trepador.

El niño no había pensado sobre cómo lograr la consistencia de la mermelada con un trepador; pero la imaginación no era su problema, y Tsoreto lo sabía.

-Para hacer la de trepador, rallaría algunos barrotos hasta tener suficiente polvo de trepador... y luego lo mezclaría con mermelada sin gusto, para que sea pura, pura de trepador. Por supuesto, después armaría un buen fuego y la cocinaría unos cuantos minutos para que quede bien completa.

-Para que se homogeneice toda ¿no?- agregó Silvina que ya iba entendiendo lo que quería lograr su compañero.

-Claro- la miró Jean Paul burlonamente, haciéndole entender la obviedad de su aclaración.

Pérez sonrió.

-¿Y cómo fabricó Jazmín la de Sol?- quiso saber más interesado aún que antes.

-El Sol lo tenemos en todo momento durante el día. Conviene hacerlo en las jornadas radiantes como hoy. Sólo tienes que dejar destapado el frasco de mermelada sin sabor para que se cargue con muchos rayos; luego la cocinas y listo. Pero acuérdate que debe gustarte lo que uses.

-Me encanta el Sol. Siempre lo he amado. Me da calor cuando tengo frío y fabrica los días. Quiero hacerlo con mermelada de Sol. ¿Donde puedo conseguir mermelada sin gusto?

-La Sargento Pérez comprará una- aseguró Iemepé.

-¡Buenísimo!- se alegró, -cuando la traigas iniciamos la fabricación.

Silvina asintió y se levantó alejándose de aquella playita con césped.

Estuvo recorriendo negocios y al rato volvió a aparecer. No había conseguido una mermelada sin gusto a nada, pero en su defecto había comprado de limón, quitándole la etiqueta y reemplazándola por otra escrita prolijamente por ella misma. Decía en francés: "*Mermelada sin sabor*" y más abajo contaba: "*Especial para antihechizos*".

Los dos amigos habían estado preparando una fogata con leñas que pescaron de debajo de los árboles linderos. Estaba armada pero sin encenderse, porque antes había que cargar la mermelada.

-Gracias- expreso sentidamente el jovencito.

En seguida destaparon el frasco y lo pusieron a pleno rayo de Sol. Horas después, cuando la tarde se venía, prendieron el fuego y a distancia colgaron la mermelada destapada. Tsoreto había aconsejado no calentarla de muy cerca para evitar que el vidrio se quebrase.

Cuando Jean Paul consideró que estaba lista y los policías se lo confirmaron, apagó la hoguera y, cubriéndose la mano con su remera desteñida, retiró el dulce y lo tapó.

Al apoyarlo sobre la hierba, notó que la pasta transparente tenía un leve tono amarillento.

-Está bien cargada- se entusiasmó.

Esa noche coincidía con la luna llena, así que Iemepé le indicó comerla donde diera bien de pleno, para que el efecto fuera total.

Se despidieron y los dos detectives volvieron al hotel; Tsoreto feliz y Silvina feliz y con su máscara antigás bien calzada.

...

Fue así que había llegado Iemepé hasta la base de la torre, como contábamos al principio del cuento. Él estimaba que Jean Paul subiría por allí para conseguir la luz de Luna necesaria.

Eran las doce y cuarto y aún no lo veía.

Desenterró el catalejo que guardaba a veces en una concavidad alargada de su espalda y empezó a escudriñar los distintos lugares de la torre Eiffel hasta donde podría haberse trepado el jovencito.

Por aquí no... por allí tampoco... hasta que por fin lo encontró. Estaba en una plataforma bastante elevada, de cara a la Luna, tragándose la mermelada como quien bebe un vaso de gaseosa.

Una vez terminado el dulce curativo, el muchacho suspiró aliviado y se echó placenteramente a dormir.

Al otro día, ambos policías visitaron la plaza *le soleil*. Allí estaba Jean Paul con un montón de niños rodeándolo, oyendo la historia que tenía para contarles. Cuando los vio, corrió enseguida a abrazarlos con todo su amor.

El abrazo a Silvina fue normal. Pero luego, cuando se acercó a Tsoreto empezó a toser y casi no podía respirar. Silvina lo llamó y le prestó su máscara para que pudiese abrazarlo también.

Protegido de la fetidez aérea, Jean Paul apretó cariñosamente al investigador sintiendo como se escurrían la multitud de pastas que lo cubrían.

-¡Tienes crema!- le indicó luego.

-Así es Jean Paul; así es- sonrió Iemepé.

Los tres se despidieron ante la multitud de niños y niñas franceses que los observaban. Tsoreto y la Sargento Pérez se embarcaron para Argentina y regresaron a sus funciones. El misterio del heroico detective enmascarado prendió fuerte entre aquellos jovencitos y las leyendas se contaban de boca en boca.

-*El poder de la mente es a veces insospechado*- comentó Iemepé a su compañera mientras volaban de regreso a casa. Y así, usando su ingenio magnífico y esas capacidades más allá de lo conocido, el Investigador de la Máscara de Plata, continuó haciendo justicia.

**Perrónidas**

El circo romano estaba repleto. En las gradas no cabía ni un alma.

Todo era miedo y valentía sobre la arena. A pesar del rugido permanente que expelía la jaula donde guardaban a los leones, ningún gladiador les prestaba atención. El combate lo era todo en esos momentos y no había más obstáculos que los otros gladiadores.

Tsoreto sostenía el escudo oval en la izquierda y levantaba una pesada espada en forma de cruz con la diestra. Su torso desnudo revelaba los dobleces que lo rodeaban. Parecían efecto de la sutileza abstracta de algún escultor posmodernista. La máscara de plata, infaltable, amedrentaba a los pocos guerreros que soportaban mantenerse en pie sometidos a aquel hedor amedrentante.

La multitud enloquecía viviendo al poderoso luchador. Su semblante oculto derribaba con la sola presencia. Bastaba que elevara la espada hacia el cielo para derribar al más corajudo –la gente no sabía de las armas secretas que poseía el detective; en esas épocas aún no se inventaban los gases derribantes ni la genética hablaba de los microbios mutados por las fieras condiciones de un huésped agresivamente infestado por suciedad.

La alfombra roja tendida a los pies del César era testigo de la admiración suscitada en el mismo emperador, que ya empezaba a imaginar lo valioso que podía resultar un soldado semejante al frente de sus centuriones.

-¡Tso-re-to! ¡Tso-re-to!- alardeaba entera cada platea.

En pocos minutos, tras rechinados choques del acero que forjaba cada espada y cortes desgajantes abriendo músculos lustrosos de sudor, quedaron frente a frente sólo dos. Los mejores. Los más fuertes y habilidosos.

Perrónidas, colosal en cada brinco y mortal tras la guarda del escudo, observaba a Tsoreto con respeto.

Éste, nauseabundo, desprolijo y vomitante amarraba en su multitud de dedos el astil de la pesada espada. Empuñándola con fiereza, se zambulló al coraje descontrolado, lanzó un alarido de punta a punta del circo y emprendió rauda carrera hacia su oponente.

Perrónidas, al verlo tomar la iniciativa no quiso ser menos y se abalanzó a su encuentro flameando lo rojo del plumaje que adornábale la cimera.

El contacto resultó fatal. Un estruendo violáceo de retronadas invadió lo poco que restaba de silencio. La multitud calló oyendo la furia de los bravíos en combate mastodóntico. Como enormes pirámides del antiguo Egipto se derrumbaban a cada sablazo. El metal durísimo resistía aún. Engrosábanse los tendones musculares de ambos y ni la sangre animaba a asomarse por sus cortaduras.

Tsoreto gritó nuevamente y volteó a Perrónidas con el aliento venenoso. Desde el piso, éste sentía millares de ojos que lo veían azorados. La escena mostraba al detective pendiendo la hoja doblemente filosa sobre el pecho del derribado.

Nadie se atrevía a cantar por vida o por muerte. El salvajismo tenía a cada espectador cogido por la base del cuello.

Tsoreto volteó esperando la seña del César.

¡Y oh sorpresa! acaecida en aquel instante: el soberano era igual a Perrónidas. Su cabello negro ladeado abofeteadamente y los pómulos altos y macizos. La mirada marrón de aspecto profundo y cristalino. Las muñecas gruesas y el peludo pecho.

Iemepé amasó la confusión masticando unos mocos redondos que le acababan de llover en el labio inferior y revisó otra vez al gladiador yacente. Realmente era la misma persona.

-Aún vivo- balbuceó firme Perrónidas.

-Aún vivo- gritó el emperador.

El investigador se acomodó la máscara –que sentía extrañamente incómoda- y todo cambió. Un repenno metrallante sacudía la losa del inodoro. Las nalgas entrepegadas abrían orificios desde la pasta como globitos.

Al fin pudo escapar la flatulencia contenida proyectándose con violencia y amenguó la presión que el detective percibía dentro de su intestino.

La época era otra, más actual. El baño de su casa olía extrañamente limpio.

Tsoreto concluyó el defecar y subióse los pantalones, olvidando como en otras ocasiones el proceso de retirar la materia fecal adherida con papel higiénico.

Dejando el toilette, inspeccionó minucioso cada rincón de la vivienda. Algo poco común coincidía aquí y allá.

-Cariño... ve a comprar la verdura por favor- suplicó una voz femenina.

Algo no cerraba –*algo* es una forma de decir-. Habiéndose constituido de repente en un ambiente tan diferente al anterior, Iemepé estaba siendo llamado por su ¡¡esposa!!

Eso no era factible. Se revisó las mugreces esparcidas y permanecían en su sitio. Viose el reloj pulsera donde un pequeño cuadrado marcaba la fecha y constató estar en el mismo día que hacía unos minutos. Era diez.

Ansioso, Tsoreto avanzó a pasos raudos para encontrarse con su mujer. Deseaba saber de quién se trataba. ¿Sería linda? De seguro resultaría muy especial para haberse casado con él.

La puerta de la cocina estaba abierta. Asomose por la hendidura con un nudo de nervios enroscándole los amorfos órganos digestivos.

-¡¡¡Eh...!!!- no podía ser. Aquella imagen no entraba en sus planes. Volvió a revisarse y constató que su propia altura no sobrepasaba por mucho la del picaporte.

Tsoreto acababa de rejuvenecer. Ahora era niño y quien lo llamaba era su madre: Antsaria.

-Tu hermano volverá de la escuela pronto. Ya que llevas dos días sin fiebre puedes salir. Ponte las zapatillas y ve a la verdulería- señaló Antsaria al verlo llegar.

Tsoreto casi no podía creer lo que sus ojos captaban. -Ahora voy- llegó a articular.

-¿Qué te pasa? ¿Te sientes bien?- se preocupó su madre acariciándole la frente.

Nunca había olvidado lo lindo que se sentía ser niño y el amor con que lo habían criado.

-¿En qué año estamos?- inquirió el investigador adivinando la cara de confusión que se adueñaría de Antsaria.

-Mil nueve ochenta- le respondió.

Esa debía ser la gripe que lo había mantenido alejado del estudio en cuarto grado durante semanas. Si todo era idéntico, ese mediodía su hermano llegaría con la mano fisurada del recreo, donde solían competir lanzando una pelota de tenis vieja contra la pared, evitando luego que picara dos veces y volviendo a lanzarla... le llamaban "va" si la memoria no le fallaba.

La mamá, que lo seguía viendo algo inquieta, le indicó que se acostara de vuelta y le tomaría la fiebre.

-No, no, me siento bien. Sólo estaba pensando cuánto extraño el colegio- se atajó, con la intención de poder salir a la calle y revisar todo.

Pese a sus palabras, Tsoreto debió testear su temperatura y recién después de confirmar un treinta y seis cinco lo dejaron volver a levantarse.

-Aprovecha que sales y pasea a Gúliwer.

Gúliwer era el perro de la casa. Un pastor alemán bien fornido, que de no ser por la entereza muscular del joven Iemepé, lo habría podido arrastrar sin cuidado.

Tomó la correa y con esfuerzo ensartó donde correspondía el mosquetón de sujeción.

Agradaba el clima templado. Ni mucho sol ni mucho viento. Aromas lejanos de remembranza lo trasladaban a multitud de imágenes queridas. Añorando, devolviendo gástricamente en canaletas del cordón y alcantarillas, nuestro amigo contendía con Gúliwer de a tirones.

Primero lo pasearía un rato y después, cuando el animal hubiese despedido la porquería, visitaría al verdulero. Este muy amable hombre regalaba siempre a Tsoreto las deliciosas papas y cebollas putrefactas, empleadas con efectos desodorantes por el detective.

-Te comportas como perro- indicole Gúliwer.

-¿Por qué lo dices?- le preguntó Tsoreto con el pensamiento y cayó en la cuenta de que estaba conversando telepáticamente con su mascota.

-Te gustan las cosas fuertes, con olores más allá de lo que ustedes consideran respirables. Podría decirse que eres el más valeroso entre los tuyos. Me enorgullezco de tenerte como amigo.- lo halagó el can.

-Gracias, yo también te aprecio mucho. Pero explícame: ¿Cómo es que estoy hablando contigo sin mover los labios y cómo es que tú, que no eres *homo sapiens sapiens*, ni siquiera con un *sapiens* solo, puedes seguir esta conversación empleando palabras castellanas?

-¿Esperarías un guau, guau? Si quieres ladro...

-No, no; dime cómo está sucediendo esto. Hoy ya he atravesado situaciones muy extrañas y quizá lo que me dices sea parte de toda esta maraña misteriosa.

Tsoreto notó un fuerte dolor en la nariz y se la raspó con la suela del calzado una vez que logró desengancharlo fuera del pie sinuoso. Tocándose el resto del rostro descubrió lo impensado: ¡¡ !!... es demasiado fuera de lo normal para nombrarlo en este párrafo, así que le dedicaremos un párrafo entero, custodiado por sendos párrafos guardianes.

Éste es un párrafo guardián. A continuación leerás la información exclusiva...

¡No – tenía – la – máscara – de – plata!

Éste es otro párrafo guardián. Da fin y custodia al impensado descubrimiento realizado por Tsoreto.

Sintiose sin cicatriz ambas mejillas y aunque le ardió, palpó lo blanco de su globo ocular izquierdo, que sería destrozado en posteriori. El recuerdo lo escalofrió.

Ese estrés producto de la ausencia notoria –Iemepé nunca se quitaba el plateado tapujo, ni para bañarse, ni para dormir- lo desconcentró por completo. Alzó ambas manos monstruadas y sujetose la barbilla.

...

-A la cuenta de tres despertará. Uno. Dos. Tres. ¡Oficial! ¿Está conmigo?

Tsoreto levantó párpados. La máscara de plata ocupaba nuevamente el sitio indicado y pudo tranquilizarse.

-¿Quién es usted?- cuestionó al barbudo que lo veía de cerca. Sin esperar respuesta tomó postura erecta y torciéndole el brazo lo trabó contra la camilla de manera que no pudiera moverse.

-Soy el psicólogo- murmuró por el agujero de la boca que le quedaba libre para respirar.

-Suélteme y le explicaré- rogó.

-Explíqueme así y si me convence lo dejaré en paz- se negó el detective.

-Uf... Está bien. Usted está investigando un pedido de rescate recibido anoche. Me contrató para hipnotizarlo y hacerlo viajar mentalmente por las entrañas de su complejo cerebro, porque la voz que pedía el rescate le sonaba conocida.

Tsoreto lo soltó. Ya iban aclarándose las ideas.

-Anotemos lo que recuerdo de esos viajes- determinó Iemepé y extrajo del bolsillo de su impermeable azul, que colgaba a un lado del diván, la libreta con birome atada que solía portar.

-No es necesario- se adelantó el doctor. -He ido anotando cada detalle cuando usted estaba bajo el efecto hipnótico.

Juntos revisaron los detalles narrados allí. Primero contaba de las luchas como gladiador y estaban remarcadas las últimas frases: el tal Perrónidas era gladiador y también emperador; su aseveración era que “aún vivía”.

-¿Qué significará eso?- se vieron, el psicólogo terminando de acomodarse la corbata y Tsoreto maloliente y reflexivo.

Más adelante aparecía el relato de la casa paterna cuando joven; el momento con Antsaria; la salida a pasear a Gúliwer y también subrayada la conversación telepática.

-Es parte del rompecabezas- apuntó Tsoreto. -¿Por quién dijo que pedían rescate?- el detective preguntó esto y notó nuevamente un intenso malestar frontal, bajo la máscara.

Cerró y abrió lo ojos -usaba los dos aunque uno sólo le servía.

Por un momento percibió el aroma frío de la oscuridad. Volteó a siniestra captando cómo una persona con guardapolvo, que no era el psicólogo, ajustaba cables negros y rojos en lo que parecía ser un inmenso tablero electrónico.

-Alcánceme el cristal- requirió a Iemepé.

-¿Quién es usted?- se alarmó el detective quitando el arma de la cartuchera.

-¡Tranquilo! ¿Por qué me apunta? ¡Encima de que estoy tratando de curarle el mal que lo aqueja me trata como a un delincuente!- se quejó.

.¿Qué mal? ¡Acláreme eso o no dejaré de apuntarlo!

-Lo de la memoria recurrente, el problema que contrajo en su última misión por Madagascar.

Tsoreto no conocía Madagascar. Sabía que era una isla oriental de África, pero no más de eso.

-Explíquese mejor- ordenó.

-Eh... Seguramente le ha tomado de vuelta. Por eso no recuerda- aclaró el científico. -Andando por la selva contrajo una infección, provocada por una clase desconocida de insecto que habita en la savia de malvones de aquel país. Al menos eso es lo que sabemos hasta ahora. Le ha producido una especie de afloramiento de la estructura inconsciente. Vive multitud de historias armadas cada una en torno a una única idea, que aparece la mayoría de las veces al final. Yo le llamo “efecto cometa”; usted debe viajar por la cola inmensa hasta alcanzar la cabeza y entonces regresa, o pasa a la cola de otro cometa.

Lo que el despeinado científico exponía parecía acomodar las piezas.

-De ser así he vivido tres historias ya- comenzó Tsoreto, pero el erudito negaba con la cabeza.



-Muchas más- aseguró.

-¿Y por qué no las recuerdo?- dicho esto Iemepé notó que realmente no tenía claro en su mente lo que acababa de afirmar. Tres historias... ¿Qué historias eran esas?

Por favor. La confusión parecía servir de café con leche a los desayunantes segundos que transcurrían uno tras otro.

-¿Cómo se llama usted?- deseó saber Tsoreto al fin bajando su revolver.

-Soy...- no pudo terminar de hablar. Víctimas de la irrupción de un grupo comando de asalto, Iemepé fue herido en la pierna y el científico, erizados sus rulos canosos, tomado de rehén.

La invasión duró instantes. Cuando se lo llevaban, desde el piso el policía consiguió oírlo intentando decir su nombre.

-Me llamo... me llamo...- pero no llegó a escuchar más.

Una vez de pie, Tsoreto se ajustó un torniquete para frenar la hemorragia y empezó a revisar los instrumentos. Sobre el escritorio, un cuaderno cuadriculado tamaño oficio tenía todas sus hojas selladas en el margen.

El sello decía “DR. PERRÓNIDAS”.

Otra vez le molestó bajo la máscara y nuestro amigo principió una loca carrera por lo que parecía ser un túnel. En el fondo se veía luz y a ambos lados pasaban incontables imágenes de diferentes sucesos. La velocidad a que transcurría cada uno era inmensa, pese a ello lograba entenderlas y le daba la impresión de estar avanzando en el tiempo.

La luz del fondo estaba cada vez más cerca.

“Tres mi ocho” creyó leer poco antes de verse rodando sobre el pasto.

Se palpó el muslo y ya no estaba herido; el torniquete también había desaparecido.

Sin duda estoy en el futuro- pensó rindiéndose a la sucesión de acontecimientos que de ninguna manera entendía ni controlaba.

Se levantó y a lo lejos pudo alcanzar a captar los últimos rayos de sol que se escondían. Los perfiles recortados de chalets y edificios distaban unos dos kilómetros.

Afortunadamente el crepúsculo no resultaba helado. Bastándose con el abrigo del impermeable, Tsoreto se recompuso descansando junto a unos árboles.

Mientras dormía, tuvo un único y preciso sueño: “3008”. El número se le aparecía en carteles, escrito en hojas, de frente, a sus espaldas... Por doquier monopolizaba lo visible.

Antes del amanecer, traído a la realidad por el altivo sonido del gallo, Iemepé bostezó, estirose desdoblándose lo más que podía y pronunció once letras: -T r e s m i l o c h o .

Se lamentó de haberlo hecho y emprendió camino a la ciudad. Mientras andaba se encendían los tonos rojizos del firmamento. Respiraba profundo. Trotaba. Era todo un atleta marchando decidido hacia el poblado aquél. No era claro por qué lo hacía; mas tenía una guía fija en la mente: “3008”.

Cuando llegó a las primeras calzadas ya era de día. El futuro no parecía haber cambiado mucho las cosas. Le decepcionaba que se hubieran malgastado mil años para seguir construyendo con los mismos materiales.

Alguna vez había imaginado y hasta dibujado impresiones de cómo podía ser el año tres mil. Fruto de un surrealismo extremo, sus cuadros eran harto complicados de descifrar.

Pero allí estaba ahora, notando el poco efecto del paso del tiempo.

Seis cuadras más adentro divisó al primer humano. Estaba abriendo su puesto de venta de periódicos construido de chapa como los conocía del siglo XX.

El detective se apresuró y, aunque dudaba que las monedas que llevaba le sirvieran como dinero, solicitó un matutino al hombre.

-Son dos pesos- le dijo en perfecto español.

El canillita aceptó las antiguas monedas y siguió apilando las revistas y diarios para que se vieran ordenados.

Lo primero que leyó Iemepé fue la fecha, para confirmar el supuesto viaje en la cuarta dimensión: "10 de octubre de 2012".

ii ? !!

Ese era el tiempo del que creía haber partido, aunque ya lo dudaba concienzudamente. Entonces qué significaba aquel número que no podía abandonar...

Sin percatarse de dónde estaba oyó una frenada aguda. Un Renault 12 algo recauchutado acababa de detenerse a centímetros de él. Siguieron unos insultos del conductor, terminando con un "¡Bañate, sucio!".

Tsoreto terminó de cruzarse y algo lo llamó desde la pared lindera a aquella vereda. Una puertita de metal, oxidada por los bordes, presidía la estrecha entrada a la propiedad numerada "tres mil ocho" de esa calle. Era la segunda contando desde la esquina.

Sin duda, ahora sí había resuelto al menos eso. El investigador tenía presente que restaba bastante para seguir haciendo justicia, aunque no sabía de qué se trataba el caso que estaba resolviendo, si realmente existía uno.

Pellizcó la idea de que pudiera todo ser un extraño sueño. Hizo la prueba de golpearse, le rogó a una señorita que pasaba que lo abofeteara, mas nada funcionaba. La realidad cruda –sin freír ni tostar- transcurría realmente de aquella insondable y enroscada manera.

El timbre del tres mil ocho se hallaba arrancado. Unos cables de colores mezclados con telaraña habitaban el hueco donde presuntamente vivía el botón años atrás.

Golpeó con el nudillo interfalángico del índice sin obtener respuesta. Volvió a hacerlo con la culata de su magnum... y nada. Golpeó las palmas como se acostumbraba en el campo, a ver si eso funcionaba. Los transeúntes, que a esas horas ya eran varios, lo veía preguntándose a quién aplaudía y se cruzaban a la vereda de enfrente expelidos por el aroma desagradable del detective.

Debía entrar, aunque no le abrieran. Ese número hincha bolas no lo perseguía de casualidad.

Por sobre el marco superior seguían cincuenta centímetros de pared. En el borde asomaban varios culotes partidos de botella unidos al mismo cemento. Por tanto la entrada no debía estar techada.

Iemepé se calzó los guantes de cuero, dio un saltito y pronto llegó al lado de adentro. Un pasillo extenso de aspecto revocado culminaba en otra puerta entreabierta.

Allí dentro, con gran extrañeza el investigador observó a una docena de perros, de diferentes razas y tamaños, reunidos en torno a una alfombra central. Poco más había allí. Una cocinita sucia y a la izquierda de la habitación alguna especie de secador de pelo, como los usados en peluquerías de mujer.

La totalidad de caninos lo miraron. Nadie ladraba.

-Debe ser él- creyó oír dentro de su cabeza.

-Esto que verás es importante. Debes ya haber visitado la arena romana, a tu madre, luego a un supuesto psicólogo que decía estarte hipnotizando y al Doctor Perrónidas- las palabras mentales continuaban. Tsoreto, a quien ya no lo sorprendería ni que su billetera se transformase en la Vialáctea, escuchaba atentamente lo que los perros le decían.

-Yo soy Perrónidas, dijo un pastor alemán muy parecido –si no idéntico- a Gúliwer. –Observa bien porque pronto volverás a cambiar de entorno.

-No otra vez...- quiso pedir el policía, mas contúvose abnegado como siempre.

El Gúliwer-Perrónidas salió del círculo y se ubicó debajo del secador de pelo. Tsoreto empezó a sentir dolor bajo la máscara. Identificaba esa señal con el pasaje de una realidad a otra. Aguantó sin frotarse hasta poder ver un poco más.

Con esfuerzo, consiguió advertir cómo el perro se desformaba hasta tomar el aspecto del científico enrulado que recordaba había sido secuestrado por el grupo comando. Más adelante, el doctor volvía a tomar la forma de pastor alemán y lo miraba profundamente mientras Tsoreto se rascaba sobre la plata que lo cubría y volvía a desaparecer.

...

-Su vuelto- un taxista dejaba caer en la mano del investigador tres monedas azul metalizadas. Sin pronunciar palabra descendió del vehículo. La puerta se abrió hacia arriba cuando pulsó una tecla plana que indicaba claramente mediante un dibujo su función.

Una vez en la vereda, notó que estaba parado a varios cientos de metros de altura, en una plataforma que rodeaba una construcción redondeada.

En derredor se alzaban multitud de edificios similares y por entre medio cruzaban raudamente propulsados, distintas clases de automóviles voladores. Eso sí era el futuro.

Un portillo se apartó de su sitio y de la vivienda salió una anciana mujer.

-Buen día investigador- le refirió directamente.

-Buen día.

-Soy la señora de Perrónidas. Sus idas y vueltas por distintos entornos estarán siendo cada vez más cortas, así que voy a contarle lo que necesita saber para ayudar a mi marido- prosiguió.

-Pase por favor- lo invitó a entrar en su domicilio. Cuatro paneles curvos a manera de paredes brillaban como acero. En el interior no había nada; ni muebles, ni sillas; nada.

-Siéntese- dijo la anciana haciendo un gesto para indicarle dónde. Tsoreto miró y allí estaba ahora un cómodo sofá.

Los dos tomaron asiento y se sirvieron té que también acababa de materializarse frente a ellos a pedido de la señora.

-Le mostraré lo que conseguí grabar cuando rastree la presencia de mi esposo- dicho esto empezaron a proyectarse en forma holográfica las escenas de Tsoreto paseando a Gúliwer y del rapto del científico.

-Lo último que capté fue su travesía signada por el tres mil ocho.

Iemepé sentía ya una fuerte picazón bajo la máscara e iba a intentar rascarse.

-¡Oh no! Aguarde, no se toque aún, debo transmitirle lo importante- la picazón era tan poderosa que Tsoreto no pudo resistirse y se frotó una y otra vez.

Luego de hacerlo, tuvo la sensación de viajar por multitud de realidades paralelas; cada vez más rápido.

La picazón continuaba y seguía rascándose. Hasta que al fin cesó.

El investigador era abofeteado por la Sargento Pérez: -¡Despierta! ¡Despierta!- la oficial lo tenía sujeto por el brazo mientras trataba de reanimarlo. Tsoreto estaba parado, tomado del poste que servía de pie a un secador de pelo.

-¡Al fin! ¿Qué te sucedió?- se alegró Silvina.

Asustado por ver nuevamente aquel aparato, Iemepé se alejó de él de manera compulsiva.

-Tienes aversión a la limpieza, pero qué daño puede hacer un secador- sonrió la Sargento al tiempo que iba a acariciarlo.

-¡No lo toques!- gritó el detective.

-Cuéntame. ¿Qué está ocurriendo?- se intrigó más seria que antes.

-¿Por qué estamos aquí?- Tsoreto notó en la calle una banda blanca y roja de peligro que mantenía alejado al gentío. El lugar era una peluquería (con muchos secadores).

-Recibimos un llamado de auxilio desde esta dirección. El coiffeur no sabía de qué se trataba, pero cuando llegamos notamos algo raro... Las jovencitas que se cortaban el cabello en un instante parecían luego señoras mayores y otra vez rejuvenecían. Al principio yo creí haber visto mal, pero lo comenté contigo y habías tenido idénticas percepciones.

-Continúa- se interesó Iemepé mientras jugaba con una mucosidad seca y prolongada tratando de calzarla nuevamente en su nariz desde la cavidad bucal.

-Pedimos a todos que salieran. No sé por qué tú empezaste a revisar estos aparatos. Cuando llegaste al cuarto notamos un chisporroteo amarillo bajo la rejilla de ventilación. Agarraste el palo y te asomaste por donde se pone la cabeza para secarse. Entonces te quedaste tieso. Casi no podía moverte. Estuviste así durante un minuto más o menos. Cuando logré quitarte de la boca del aparato, te enderezaste y después volviste a la realidad.

Iemepé razonaba.

-¿La persona que hizo el llamado dejó su nombre?- preguntó a Silvina.

-Sí. Recio Perrónidas si mal no recuerdo- confirmó ésta.

-El Doctor Perrónidas...- la mente de Iemepé carburaba como nunca. -De alguna forma este individuo está en problemas y nos contactó por ello. ¿Qué fue precisamente lo que dijo Perrónidas cuando llamó a la comisaría?

-Mmm... Algo extraño, si no hubo error en lo que me informaron, el hombre dijo que estaba siendo secuestrado inintencionalmente; que si no lo ayudábamos pronto, moriría.

Bajo la chapa del secador, aparecieron nuevas chispas y un repiqueteado golpeteo sonoro volvió a llamarles la atención.

-Voy a entrar otra vez- se decidió Tsoreto y sin que Pérez pudiera detenerlo se agachó y ubicó bajo la boca de secado.

Inmediatamente apareció junto al rin-rin del teléfono en su despacho de la comisaría. Levantó el tubo.

-Escuche- comenzó quien había llamado; -tengo conmigo al científico Perrónidas. Envieme a la casilla de correo tres mil ocho la suma de: el brazo romano, el brazo de Madagascar y una transmutación fallida. Sin falta o mataré al doctor; se lo daré a los leones; su esposa nunca más lo verá pese a haberlo rastreado durante tanto tiempo.

La comunicación continuó con el “tu-tu-tu” característico. Iemepé se frotó repetidamente la máscara de plata y reapareció agarrado del secador junto a Silvina en la peluquería.

-¿Cuánto tiempo me ausenté ahora?- le preguntó a su compañera.

-Casi nada, pero no vuelvas a hacerlo por favor.

Tsoreto buscó un lápiz labial y empezó a trazar unos gráficos sobre los azulejos. Al principio anotó “ROMA”, más abajo “MAMÁ”, envolviendo a ambos un diagrama de Venn titulado “PSICÓLOGO”, después “SECUESTRO 1”, “REUNIÓN DE PERROS”, “FUTURO” y al costado “SECUESTRO 2”.

-¿Qué haces?- cuestionole la Sargento.

-Espera- la detuvo. Quitó del mostrador un lápiz labial de otro color y citó “SECADOR” junto a reunión de perros. Con el tono inicial inscribió más abajo “REALIDAD” y allí también anotó “SECADOR”.

Usando ahora el dato “3008” hizo lo mismo: lo refirió junto a *reunión de perros, futuro y secuestro 2*. Así continuó cruzando flechas, redondeando

anotaciones, relacionando “Madagascar”, “Leones”, “Brazos” y otro montón de términos y frases.

Admirada, Silvina asistió entonces a la inteligente resolución del caso que llevó a cabo Iemepé:

“Lo que fabularé suena alocado, pero creo que es el punto- comenzó. – Este secador de pelo en especial no es un aparato cualquiera. Anota preguntar al peluquero sobre cuándo lo trajeron.

Al parecer en el futuro, la gente puede viajar en el tiempo y para hacerlo se transforma, mejor dicho se “transmuta” a una animal; no sé si a cualquier animal o si sólo se transmutan a perros.

Ese procedimiento parece razonable a la luz de evitar ser descubiertos por la gente de otros tiempos, y así prevenir... anomalías temporales o algo por el estilo.

El tal Perrónidas era uno de estos viajeros. Hacía mucho que por algún problema había quedado preso en nuestro presente; su esposa lo buscaba desesperadamente desde el futuro, que era su propio presente.

Si no me equivoco, el secador de pelo que tenemos ante nosotros es una especie de transmutador y máquina del tiempo. Ahora bien, cuando Perrónidas, que había conseguido reconstruir el aparato en nuestro tiempo, estaba intentando regresar al futuro, algo se interpuso y lo dejó “trabado” entre existencias paralelas.

Imagino que no los puede dominar muy bien y por eso se contactó conmigo cuando me metí en su vorágine espacio-temporal, de maneras no muy claras. Fue dejando pistas que sabía yo descifraría.

En esa traba que le ocurrió cuando intentaba transportarse, entran en juego Roma y Madagascar, el país Africano donde dijo el psicólogo que yo había contraído la enfermedad.”

-¿Qué psicólogo?- lo interrumpió Silvina.

-No importa, sería difícil de explicar- y continuó Tsoreto describiendo el entramado de aquel confuso caso: “Debemos encontrar la relación de Perrónidas con aquellos dos países... anota preguntarle también al coiffeur sobre la identidad de las mujeres que estaba atendiendo cuando llegamos.

Por los últimos datos que recibí, y a decir verdad también por los primeros asegurándome “aún vivo”, el científico no puede resistir mucho tiempo en esa situación de paralelismo existencial. De alguna manera se va debilitando y morirá.

Ahí entran los leones. En la jaula del coliseo donde yo era gladiador, recuerdo haber visto encerrados a varios muy hambrientos. También los mencionó el figurado secuestrador que llamó por teléfono hace instantes a mi oficina.”

Viendo la cara extrañada de la Sargento, Iemepé aclaró que ese “hace instantes” era relativo a todo aquello que estaba viviendo dentro y fuera del secador.

“Los leones deben jugar un papel importante en el problema, ya veremos cuál es.”- dicho esto pusieron manos a la obra haciendo pasar al coiffeur -un individuo un tanto afeminado- y sometiéndolo a intenso interrogatorio.

Las nuevas piezas del gran rompecabezas mostraban que el peluquero recién se daba cuenta que había en el negocio un secador más de los que él había comprado. También que ese día se estaba atendiendo una chica de raza negra y que el asistente se llamaba León González.

Lo hicieron pasar y les comentó cómo había ocurrido algo muy extraño cuando trató de separar la mano de la chica africana de la ropa del anciano que había concurrido a estirar sus rulos.

El tal León había sufrido una especie de visiones de perros y gente diferente, todo mientras mantenía su brazo bajo el secador. Notando una molestia fuerte en la cabeza, habíase tapado y frotado los ojos con ambas manos y al retirarlas de allí, vio retirarse a la señorita negra detrás del hombre mayor.

-¿Vio al hombre salir del negocio con claridad?- lo indagó Tsoreto.

-Eh... creo... en realidad no; vi a la chica y como el señor no estaba más bajo el secador, supuse que había salido antes que ella, mientras yo me tapaba los ojos.

-¿Hay alguna forma de contactar a esa señorita africana?- les inquirió ansioso de respuesta positiva el investigador.

-Me había dicho su teléfono al llegar, pero yo todavía no lo anotaba cuando se fue sin que la atendiéramos y lo olvidé. Sé que la característica era 4340, mas no recuerdo el resto- se lamentó el asistente.

El investigador presionó la tecla de la luz del ingenio y encendió su lamparita.

-Cuarenta y tres, cuarenta, treinta cero ocho, ¿no es así?- adivinó.

-¡Así es! ¿Cómo lo supo?- se asombró León.

-Soy policía- esgrimió Tsoreto como latiguillo, evitando ofenderlo y restando explicaciones innecesarias.

Silvina tecleó el número en la computadora de bolsillo que llevaba consigo, obtuvo así la dirección correspondiente y envió un patrullero a buscar a la joven.

Media hora más tarde el experimento estaba listo para comenzar. La muchacha les comentó que en Madagascar, donde vivía de niña, existía la costumbre de tocar cualquier cosa donde se expresara el amor. Así era común dar palmadas a las parejas de enamorados que se besaban, a las propagandas con corazones y otras cosas.

El hombre bajo el secador, que ella había confundido con una señora, llevaba puesta una remera con un corazón y la palabra “AMOR” dentro. Entonces decidió tocar el dibujo para obtener buena fortuna y luego explicar la tradición a su compañera de peluquería.

Pero cuando le tocó el pecho, sintió que no podía retirar la mano. Entonces extrañas imágenes de perros mezclados con personas empezaron a

cruzarse por su visión. No podía entender lo que sucedía, pero estaba muy asustada.

-De repente alguien me soltó- comentaba la joven, -y no pude más que salir del lugar casi corriendo. Tenía un fuerte dolor residual de cabeza...

Tsoreto se dio cuenta de que viendo la palabra *ROMA* desde la derecha se leía *AMOR*. Por los relatos que acababa de escuchar, la madagascareña hacía poco que entraba al negocio cuando tocó a Perrónidas. Ese momento debía ser justo cuando estaba por viajar en el tiempo. O ella había leído al revés, o la pista de Roma se había presentado invertida.

-Repitamos la falla- propuso e indicó a quienes estaban allí que juntaran sus brazos bajo el secador.

La última ficha para resolver todo apareció viendo por la vidriera desde la acera: un pastor alemán algo desalineado, con sus pelos revueltos, los observaba atentamente.

-Ven- gritó Iemepé y el perro entendió y se acercó de inmediato subiéndose al asiento del aparato.

En ese momento el chisporroteo amarillo que proseguía, tornose más suave y verdoso. Se oyó un zumbido y el perro aquel desapareció.

Más tarde, charlando sobre lo sucedido y tratando todos de entender la extrañísima explicación del detective, pudieron notar que el secador extra ya no estaba en su sitio... había desaparecido también.

No hubo más dolores tras la máscara y la joven oscura juró que olvidaría la costumbre aprendida en su tierra natal de tocar las cosas que decían *amor*.

El caso, que casi parecía no haber existido, estaba realmente resuelto. En el futuro, el Doctor Perrónidas y su esposa se reencontraron y vivieron felices el resto de sus vidas. Nunca volvieron a acompañar a sus nietos a los juegos de tiempo y es más, hablaron con sus padres para hacerles entender que no eran tan inofensivos como lo proclamaban las publicidades.

Perrónidas escribió un libro allá por su siglo, en que describía las magníficas aventuras del policía enmascarado. Nosotros sabemos su nombre: es el Investigador de la Máscara de Plata, y sabemos también que continuará haciendo justicia.



**La Antena de Hafnio**

Ronroneaba Tsoreto sobre su mullido sofá, cuando el inoportuno relincho metálico de su antiguo teléfono, quebrantó el plomizo silencio que habíase constituido en la habitación. La acetilcolina encefálica del valiente detective, fluyó velozmente entre neurona y neurona, y envió un impulso eléctrico de alto voltaje a los músculos correspondientes. Tsoreto asió el tubo comunicador, mientras desenganchaba su colgajo epidérmico de la cuerina, donde estaba adherido por la acción de la transpiración y la saliva pegajosa de unos pequeños gusanitos moradores de algunas hendiduras.

Tras los agujeros del audífono telefónico resonó cortante la voz del comisario:

C\_Tengo una misión para usted.

T\_Hable -respondió firme, el investigador de la máscara de plata.

C\_Bien; la cuestión reside en un insecto, en un mosquito anofeles experimental, que se halla recubierto no por quitina, sino por wolframio. Esta pequeña flecha viva escapó e ingresó en el reactor nuclear de la central atómica Atucha III. Allí absorbió una ínfima cantidad de plutonio, ínfima, pero sumamente peligrosa. Este insecto se alimenta de metales, entre ellos el hafnio. Si llegara a contactarse un átomo de éste, con el isótopo radiactivo que porta el M.A.6 (mosquito anofeles 6), desaparecerá del mapa, el mapa mismo.

T\_Y digamé -interrumpió Tsoreto- ¿Dónde se encuentra ese hafnio?

C\_Pues, en la antena de la terraza de su edificio.

T\_Pero, no entiendo, ¿Por qué llegaría hasta aquí ese mosquito M.A.6? -preguntó el detective apelando a la lógica, y enroscando entre sus dedos una alargada mucosidad proveniente de su nariz, deforme y aceitosa.

El comisario vaciló un segundo y, previa flatulencia, expresó: \_Lo cierto es, hablando claramente, que este animal tiene un manjar predilecto.

T\_Ya sé, el tantalio.

C\_No, no. La mugre. Y usted, posee el primer puesto en la producción mundial de dicha substancia.

T\_No diga más -interrumpió con firmeza- ahora mismo me pongo en acción.

Ya en el ascensor, comenzó a desenterrar de entre los dedos del pie derecho, choricetes de una extraña mouse amarronada (aunque no olía a chocolate).

Llegó a la terraza. En seguida, se acercó a la antena de hafnio, y observó como el M.A.6 se posaba sobre ella en ese mismo instante.

Tsoreto amasó rápidamente la pasta, la introdujo en su boca y, cuando ésta estuvo bien embebida en saliva, le agregó brea que extrajo de la unión de las baldosas. Este compuesto, al combinarse con la ptialina, producía una poderosísima enzima, capaz de fundir el wolframio (esto lo había aprendido al lavarse los dientes luego de masticar brea, que nuestro amigo

usaba como chicle; cuando introdujo el cepillo dental de tungsteno en sus fauces, éste se diluyó en el momento).

Tsoreto se inclinó, tomó mucho aire, colocó el bollete entre sus nalgas resacas y, contrayendo al máximo su peritoneo, eyectó un fortísimo huracán peduno, lanzando la substancia directamente hacia el mosquito que, en pocos segundos, se disolvió por completo.

Para festejar, Tsoreto expectoró los tallarines con tuco del mediodía, y ejecutó sobre el tibio vómito una danza ritual de su invención.

Un nuevo caso se presentaría mañana seguramente, y el investigador de la máscara de plata, continuaría haciendo justicia.

**Los latigazos que no educaban**

Esta historia trata de un mal padre, que empleaba violentos métodos para enseñar a sus hijos (o más bien para ajusticiarlos a su intolerancia)...

-Deja de molestar ya Ignacio- quejose Redroño.

Ignacio iba y venía con la pelota de fútbol, esquivando las sillas del comedor, las patas de la mesa y de vez en cuando a la mamá que pasaba con la ropa seca.

“¡Splash! ¡Splash!”

El muchacho de 5 años yacía horizontal con la pelota protegida bajo su axila. En el piso, separaba despacio ambos labios de las baldosas frías. Lo caliente de la sangre y el diente de leche partido fueron rápidamente quitados con el trapo de piso.

-¡No ensucies tanto!- amonestó Odriña a su marido mientras volvía a pasar el trapo como hacía quince minutos.

-Aha- asintió Redroño.

Cuando dieron las doce y media los otros tres, dos nenas gemelas y un varón algo mayor que ellas, llegaron de la escuela.

-Tengo que volverme pronto por gimnasia- avisó Lucía.

-Yo también- confirmó Lucía Valeria.

-¡Claro que tú también!- mofose molesto Redroño. -¿Por qué no dejas de hablar que no puedo oír la televisión? ¿No te das cuenta que todos, aunque no te conozcan, saben que eres lo mismo que tu hermana?

-¿Por qué me regañas?- probó Lucía tratando de confundir a su padre, intentando que pensara que la que le había hablado era Lucía Valeria.

Redroño guardaba siempre un cinturón arriba del modular y otro sobre la cómoda, para no tener que removerlo de sus presillas cuando necesitaba aleccionar a alguno.

“¡Splash!”

-¡Aah...!- la punta del cinto acababa de cortarle la mejilla a una de las niñas, interesándole hasta el párpado inferior.

-Para ti también hay- amenazó Redroño.

“¡Splash!”

-Quedarán marcadas- sentenció el hombre, -así que faltarán al colegio hoy y mañana

“¡Splash!”- el segundo cinturón calzó justo donde diariamente le impartía la pena por mal comportamiento y casi la hace gritar. Pero Lucía Valeria poseía un gran amor propio y solía ser raro escucharle algún lamento cuando su papá la golpeaba. No quería darle el gusto de sentir que sus latigazos funcionaban.

-Tráeme el jamón- ordenole luego a su otro hijo estudiante, Ernesto.

El mayor contaba diez años y las gemelas ocho.

La madre de familia se limitaba a limpiar, barrer y suturar, desinfectar o llevar al hospital a los niños.

...

Así era cada día.

Los cuatro chicos no conocían otra realidad. Esa era la vida según ellos sabían.

La mujer hablaba de noche con Redroño. Éste estaba convencido de que así saldrían buenos para enfrentar las dificultades de la vida y de tanto discutir en silencio, también parecía convencida Odríña.

Un buen día, dos maestras de las niñas se descubrieron pensativas. Charlando, hallaron coincidencia en sus sospechas y decidieron dar parte a la justicia de la supuesta agresión que sufrían las nenitas.

Hablaron al “102” –el teléfono de los niños- y afortunadamente pronto tomó contacto Iemepé con el asunto.

Pasaba por detrás del escritorio donde recibían ese tipo de llamados; no contuvo la curiosidad y se quedó escuchando mientras eructaba sonoramente.

Anotó dirección y teléfono de los Bolasterio en su libreta con birome atada y, sin avisar a nadie más que a la Sargento, se hicieron presentes en el lugar de los hechos para investigar.

La sola presencia cercana de Tsoreto bastó para que lograran observar cómo Redroño castigaba al mayor de los niños, persiguiéndolo hasta el baño a cinturonzos, gritándole que no volviera a lanzar un pedo semejante en su presencia.

Tsoreto y Pérez, con su máscara antigás, permanecían ocultos en un sector del techo desde donde tenían buena visibilidad de las habitaciones.

Redroño apenado porque el aroma no cesaba, golpeó también a las dos niñas y más tarde al pequeño Ignacio, sujetándolo con la pierna doblada mientras seguía la sección deportiva del noticiero.

Tsoreto no resistía más. Su presión carotídea superaba marcas mundiales. Lo filmado y fotografiado sería suficiente para la justicia.

Saltando entonces desde el techo a la terraza y luego de ésta al patio, los policías sujetaron a los niños acorralándolos en uno de los rincones.

Silvina los contenía y ventilaba (ellos no tenían máscara antigás) y el Investigador de la Máscara de Plata se lanzó al encuentro del cobarde agresor.

Quedaron frente a frente en el dormitorio grande. Redroño bañose el bigote con perfume de su mujer para minimizar el efecto de la suciedad olfativa. Tsoreto quitó su cinturón.

Lo mismo hizo su oponente, hartado acostumbrado a usar aquel arma.

Redroño, lleno de ira, abalanzó un latigazo intentando golpear al detective con la hebilla.

Tsoreto ágil como siempre, detuvo el extremo que se dirigía hacia él valiéndose del cinturón propio. Tomando el suyo con ambas manos había apresado el cuerpo del arma enemiga. De un tirón potente, arrancó el cuero que sujetaban los cinco dedos de Redroño.

Entonces, y en cuestión de décimas de segundo, Iemepé estrelló un fuerte y justiciero cinturón a milímetros del oído agresor, chasqueando la pared con tal intensidad que aquél, cayó desmayado.

La mujer permaneció sin hacer mucho, como siempre.

Esposado con el mismo cinturón infanticida, el malhechor que hacía llamar padre cayó en prisión, donde se pudrió –no tanto como Tsoreto que vivía putrefactamente.

La malhechora, que hacía llamarse madre, quedó en custodia de sus niños hasta que los dio en adopción a la Sargento Pérez y su esposo.

...

Los victimados eran los niños. Las agallas de Tsoreto y el impacto tormentoso de su presencia pura –sólo espiritualmente hablando- los habían arrancado de la muerte en vida. El cosmos de los cuatro ahora se ampliaba. Sentían extrañados el amor perdurable. Al principio temían que al día siguiente, a la semana siguiente, al mes siguiente sus tutores enfadaran y se acabase la paz. Más tarde fueron acostumbrándose, aunque en algún lugar de su inconsciente permanecía aquel temor latente.

Esto ocurre hoy día en millones de hogares; de una u otra manera. Si tú eres víctima de algo semejante, por negable que te parezca, llama al 102 en Argentina o al número que corresponda en tu país. Habla con tus maestros de confianza y pideles que te den una mano. Sal de esto que vives y saca a los que lo sufran contigo.

Si acaso tú eres como Redroño, peor o mejor que él, pero en fin *como Redroño*, ten cuidado, porque el Investigador de la Máscara de Plata continuará haciendo justicia.

PD: Si estás en el lugar de Odríña, no seas como ella. Decían los antiguos Caballeros: *Más vale morir con honor que vivir con vergüenza.*

**Sueño profundo**

De a poco,  
como escurriéndose...  
lamida por el aire,  
chupada por sobre y por debajo,  
mordida entre medio  
y seca de lado

La flema aquella sobrepasaba por mucho lo normal. En volumen, masa y viscosidad triunfaba por dos cuerpos, más la cantidad de cuerpos equivalentes a una vuelta completa del hipódromo... miles de cuerpos.

Regalole su pañuelo el Comisario. De tan humedecidas por la mucosidad no surtían efecto ya las prendas de Tsoreto. El detective resfriado se había sonado en la camisa, la campera, los pantalones, las medias y hasta en su muñequera marrón.

-¡Achújj! ¡Pftsu!- estornudó y escupió con denodada puntería.

En el departamento de policía pendía un tablero de tiro al blanco cerca del escritorio de Iemepé. Los círculos concéntricos exteriores permanecían inhabitados. Desde el medio, justo donde se indicaba la puntuación mayor, chorreaban multitud de esputos. El uso preciso de la armas se reflejaba en nuestro amigo también en el arte de la expectoración.

-Tome un antibiótico o algo, porque lo necesito hoy mismo en Tucumán- comenzó el Comisario luego de que Tsoreto armara una especie de bolsa de linyera con el pañuelo lleno de moco y lo revoleara estrellándolo contra la panza amplia de Gurst.

-Gurst fue elegido en suerte por mi lanzamiento- reía Tsoreto algo fuera de sí. -Él podría ocuparse del caso.

-Claro que no. Usted sabe que el principal está ocupado con las tareas del penal. No me reproche lo que le ordeno- se enfadó el Comisario.

-¡Achújj! ¡Pftsu!- explotó nuevamente. -Lo lamento. La medicación casera no me deja concentrar; le haré caso: tomaré uno de estos antibióticos que me recetaron y me autoinyectaré la infusión mágica de la abuela Teodorica para poder cumplir esta misión.

-Por cierto: ¿Qué es lo que sucede en Tucumán?- continuó Iemepé.

-No sabemos bien si un maniático, una banda organizada o tal vez otro factor está atestando de pánico la ciudad de San Miguel.

-¿Y qué es lo que hacen?

-De alguna forma, cada mañana aparecen diez o veinte niños por las calles que parecen estar muertos- explicaba el Comisario. -Los forenses determinaron que se trataba de un estado pseudocataléptico.

-Catalepsia... qué enfermedad terrible- memoraba Tsoreto. Mi padre...

-Ya lo sé- lo interrumpió el Comisario. -Recuerde que era mi jefe.

El papá de Tsoreto, Comisario Inspector Pitsacho, a la edad de sesenta y tres años había sido enterrado vivo. Padecía el mal mencionado y sin saberlo, su familia y el mismo médico lo habían dado por muerto.

Recuperado de la catalepsia, el policía había vuelto en sí dentro del cajón. Allí sobrevivió dos semanas alimentándose de lombrices, agua de lluvia que chorreaba y respirando aire a través de unos orificios que había logrado perforar con uno de sus huesos largos, que hubo decidido sacrificar en pos del oxígeno.

Pasado ese lapso, el mismo criminal que años después mutilara el rostro de Tsoreto, enterado del entierro y descubriendo los signos de vida, había dejado caer ácido sulfúrico concentrado por los canales respiratorios que conducían aire hasta el féretro.

Pitsacho fue desenterrado cuando personal del cementerio observó vapores blancos manando de su lecho. Huesos ennegrecidos, músculos con pocas horas desde el deceso y otra cantidad de detalles, permitieron a los peritos policiales aclarar lo acontecido allí, varios pies bajo tierra.

-Yo he investigado bastante sobre la catalepsia y formas de inducirla desde aquel momento. Hace bien en enviarme a Tucumán. ¿Quiere que le traiga algo?- ofreció al Comisario.

-Mmm... puede ser unos alfajores, pero envíamelos como encomienda por favor; tú sabes lo que les ocurriría si los trajeras contigo. Mis niños prefieren los sabores nítidos a chocolate y dulce de leche.

-No se preocupe.- Dicho esto, el detective se inyectó el fluido de una ampolla casera que guardaba en los cajones. Era el remedio mágico de la abuela.

Olvidando el antibiótico, trepó con el ascensor hasta la azotea y despegó el helicóptero oficial volando hacia los norteños lares.

Al aterrizar, la prensa lo esperaba junto con oficiales locales. Tsoreto esgrimió tres palabras -al menos eso transcribieron posteriormente los periódicos. El “please” final sucediendo al “Dejen pasar” no había sido realmente tal. Iemepé sólo articuló “dejen” y “pasar”, el resto lo había “no dicho” o más bien lo había dicho pero no con la boca.

En aquella provincia estaba la casa donde habíase firmado la independencia argentina. Sus columnas retorcidas a la manera de chupetín en barras deleitaban a Iemepé. Podía pasar semanas observándolas.

Cuando niño, habíanle permitido acampar frente a la casa. De mañana, tarde y noche las veía. Como quienes se admiran con la *Monalisa* de *Da Vinci*, los rulos de cemento enloquecían a Tsoreto.

Y allí había conocido, por esas casualidades no tan casuales de la vida, a la chica que... su nombre comenzaba con “C”, mas hablaremos de ella en posteros relatos.

Volviendo al caso que lo ocupaba ahora, ni los oficiales tucumanos ni sus colegas federales apostados allí tenían pistas. Los cuerpos pseudocatalépticos aparecían esparcidos por todo San Miguel. No denotaba ningún patrón de distribución particular.

Hasta entonces, las víctimas contaban doscientas cuarenta y nueve. Era miércoles y el primer caso identificado se remontaba al miércoles de la semana anterior.

-Encriptado, pero no imposible- concluyó Iemepé después de revisar los detalles.

Esta era la lista de casos que habían puesto en sus manos:

Miércoles 1-Ago -----	1 niño
Jueves 2-Ago .....	2 niños
Viernes 3-Ago .....	3 niños
Sábado 4-Ago .....	7 niños
Domingo 5-Ago .....	15 niños
Lunes 6-Ago .....	31 niños
Martes 7-Ago .....	63 niños
Miércoles 8-Ago .....	127 niños

También amontonaron delante suyo fotografías de cada muchacho y un planito con las ubicaciones donde habían aparecido. No vale la pena agregar aquí el dibujo porque de poco servía –por no decir de nada. Como usaban rojo para cada marca, el mapa resultaba un “San Miguel de Tucumán pecoso”, según literales palabras del Investigador de la Máscara de Plata.

Eso lo hizo recordar a aquella jovencita cuyo nombre principiaba con “C”. Además de preciosa, era pecosa.

Desconfiando de las coincidencias en sus interconexiones inconscientes, Tsoreto visitó el sitio donde húbola encontrado añares atrás. De seguro nada tenía que ver ella con cosas tan horrendas como las que estaban ocurriendo, pero era virtud del investigador prestar atención hasta a los detalles azarosos, como aquella imagen que sin motivo más que las pecas, había visitado el maloliente cerebro.

En el lugar encontró una casa de computación. La persianas bajas por la siesta permitían disfrutar de equipos modernos y ultraveloces, así como también de antiquísimas Commodore, PC's y grabadoras de casetes para programas. Mixtura entre negocio y museo, uno de los librillos apilados ahí en la vidriera fue clave para continuar el descifrado naciente.

“Cómo funcionan las computadoras” se titulaba.

Tsoreto volvió a mirar el conteo de víctimas que llevaba anotado y lo vio muy similar a una sucesión numérica que él conocía... ¿Cuál era?...

-Sí. Eso es- se dijo orinándose los pantalones como otras tantas veces que no alcanzaba a llegar al mingitorio.

Las computadoras empleaban el código binario (con unos y ceros) para trabajar. Cada uno representaba presencia de voltaje en una vía del circuito y cada cero significaba ausencia.

Pero eso no era la cuestión. El código binario, así llamado por ser en base dos (en vez de base diez como el sistema decimal común), daba a cada uno o cero un valor relativo a su posición. Así el primer número de la derecha sumaba  $2^0$  (dos a la cero, “uno” en otras palabras). El segundo  $2^1$  (o sea dos). El tercero  $2^2$  (cuatro). Y así seguía con  $2^3$ ,  $2^4$ ,  $2^5$ , etc.



Iemepé tomó su libreta con birome atada y anotó dicha sucesión. Al lado retipeó las cantidades de cuerpos:

$2^0$	-----	1	-----	1
$2^1$	-----	2	-----	2
$2^2$	-----	4	-----	3
$2^3$	-----	8	-----	7
$2^4$	-----	16	-----	15
$2^5$	-----	32	-----	31
$2^6$	-----	64	-----	63
$2^7$	-----	128	-----	127
$2^8$	-----	256		

*Este dato* aún faltaba, pero si las cosas seguían así, el detective estimaba que el jueves hallarían a la mañana doscientos cincuenta y cinco cuerpos esparcidos por la ciudad.

¿Por qué la diferencia? y ¿qué significaba esa relación con la computación?

No lo sabía, pero Iemepé apostaba que los números no coincidían con exactitud porque desde el tercer día, siempre habían detectado un niño menos de los realmente atacados.

La catalepsia se confundía fácilmente con la muerte, así que mandó averiguar sobre decesos de niños, que hubiesen aparecido durante el período en cuestión por otras zonas de Tucumán y provincias aledañas.

El resultado indicó lo que esperaba el investigador. Uniendo los puntos se formaba una figura.

Esa figura era nada menos que una flecha. Teniendo en cuenta el primer y segundo sucesos, la flecha apuntaba exactamente hacia la casa de Tucumán.

Se ordenó enviar al hospital a los otros niños ahora identificados. Todos estaban en el mismo estado pseudocataléptico, con incapacidad total de movilizar cualquier músculo voluntario del organismo y las funciones vegetativas enlentecidas.

Para no levantar sospechas, se armaron operativos en puntos definidos de San Miguel y Tsoreto, con la sola compañía de un oficial tucumano enmascarado (con máscara antigás), visitaron la residencia histórica.

Inspeccionando, descubrieron entre los cilindros retorcidos de la columnas de entrada, que tanto admiraba nuestro amigo, una extraña sudoración resinosa.

-¡Qué lindas columnas! ¿No cree?- expresole el policía tucumano.

-¿A usted también le atraen?...- pensó Tsoreto en voz alta y sin esperar respuesta frenó a varias personas que pasaban. De a una las fue interrogando sobre qué impresión tenían de los espiralados postes.

Al cien por ciento le encantaban. Cuanto más jóvenes eran los entrevistados, mayor era la pasión expresada.

Sin tocar directamente la sustancia, retiraron muestras y clausuraron el edificio y las zonas linderas.

Al amanecer del jueves ciento veinte jovencitos aparecieron caídos en todas partes. El viernes ya no hubo víctimas ni tampoco en los días sucesivos. Pero los ahora trescientos setenta y cinco niños afectados colmaban las salas de terapia intensiva provinciales.

Recibido el informe de laboratorio, se aclaró parte del misterio. La resina color ocre contenía una mezcla de endorfinas especialmente llamativas para los menores y sustancias bloqueantes de algunos neurotransmisores fundamentales. Estos fármacos alcaloideos penetraban al flujo sanguíneo por simple contacto.

En seguida estuvo preparado el antídoto y la totalidad de infectados se recuperó. La policía encargó limpiar las columnas con mucho cuidado y no se registraron más casos.

Los aplausos y felicitaciones de funcionarios victorearon inmensamente a Iemepé. Pese a ello, quedaba mucho por desenmarañar. Cómo podía ser que existiese esa relación con las computadoras y el código binario... Cómo es que el primer día sólo a un niño se le había ocurrido tocar las columnas, el segundo a dos, el tercero a cuatro y así siguiendo... Cómo podía ser que todos ellos hubiesen aparecido catalépticos a la madrugada siguiente, pese a haber tocado las columnas en momentos diferentes del día, y además estuvieran dispersos por toda la ciudad, “afuera” de sus casas y no la mayoría dentro de ellas y sólo algunos fuera... Cómo se explicaba lo de la flecha... Habría más de aquella resina en otros sitios... Cuánto llevaba de planeado ese crimen; por lo menos desde que Tsoreto era niño algo ocurría... Quién era él responsable...

...

Iemepé retornó a Buenos Aires. El caso se archivó entre los no resueltos. No había sido fatal el desenlace de los descubrimientos y las medidas seleccionadas por el astuto ingenio del detective lograron salvar a tiempo las vidas de aquellos jovencitos. Los médicos aseguraron luego que sólo hubieran podido durar en ese estado –no conocido hasta entonces– por diez o quince días, como máximo.

Guardaba Tsoreto junto con su tremenda bronca, preocupaciones e incógnitas. Temía que lo destapado fuera sólo la punta visible de un iceberg. No lo sabía y rogaba a Dios que así no fuese.

Los niños estaban vivos y las bellas, mas ahora no tan desesperadamente atractivas columnas, se hallaban limpias. Apenado, notándose frente a frente con misterios insatisfechos, siguiendo adelante como siempre, el Investigador de la Máscara de Plata continuó haciendo justicia.

**Sospecha clave**

Trastabillaba el día en una tarde lluviosa y fresca, embebida de un neblinesco gris otoñal a orillas del refugio de Tsoreto. Sí, la niebla brotaba como aliento, desde el interior de la casa del gran justiciero. Encerrado en su laboratorio a la manera de un alquimista medieval, el investigador de la máscara de plata yacía día y noche experimentando sin cesar, hasta encontrar la forma de despegarse los dedos del pie derecho, que así entumecidos y encostrados bajo una cúpula de desechos orgánicos e insapónicos al máximo, entorpecían el andar del buen inspector. Al fin, debió resignarse a disolver esa oscura valva mediante agua regia, y perder así superficiales partes de su pie, que ahora desnudo y vivaracho, gemían sus huesos en llanto cadavérico.

Feliz, Tsoreto volvió a galopar por las calles, escupiendo sonidos salivosos de sus dobleces, en busca de irregularidades criminales.

De repente, proveniente de una vieja mansión de muros ya resquebrajados, se escuchó alguna extraña y leve risa macabra, expelida, al parecer, por dos pulmones cansados y ancianos, en grotesca frecuencia sarcástica. Se estremeció entonces el amorfo corazón del policía, y su agudo olfato se inyectó sigiloso al encuentro del misterio.

Habiendo transpuesto el enmohecido portal, se dejaba oír un tenaz burbujeo. De a pasos silenciosos, invisibles, Tsoreto fue arrimándose al foco del supuesto crimen; más allá del hilo de luz, descosido en una hendidura lateral de un portón impenetrable, se observaba a una viejecilla, aparentemente indefensa, revolviendo musculosamente el jugo del negro caldero que tenía ante sí.

Cuando la mujer tornó 70° su tez hacia donde se oculta el Sol, descubrió en penumbras su nariz angulosa, tenébrica, escabrosa, recortada cual temible acantilado. Tsoreto espiaba. Del mentón de la encorvada anciana, se precipitó gelatinosamente un fino tendón de saliva, que culminó en un ovillo de flemas, rompiendo la continuidad del delgado filamento. El choque del gargajo contra los leños prendidos bajo la olla, encendió otra carcajada sarcástica y una tensa flatulencia, precediendo a suspiros de alivio cuando finalizó la expulsión.

\_¡Qué sangriento estás! -murmuró la sospechosa, mientras perfilaba una gran cuchilla ante su frente, que muy pronto abalanzaría hacia la víctima. El corte se oyó veloz, y el investigador de la máscara de plata empezó a patear la puerta con rudeza, a la voz de ¡Abra; policía!. La vieja ni se inmutó, como si fuera sorda, y continuaba realizando sus brujerías. Un terrible lamento que casi se confundía con el silbido de una pava hirviente, irrumpió dentro de la sala. Tsoreto percibió el vomitivo aroma de un eructo de estómago y, cubriéndose con un pañuelo, encendió su wokitoky para pedir refuerzos: \_Llamando a todas las unidades, habla el agente Iemepé, tengo un 63-2 en Ansilta al 327, solicito refuerzos.

\_10-4 -respondió el comando central, y las unidades se pusieron en marcha.

El problema fue que, cuando Tsoreto habló a través de su pañuelo, sus palabras se oyeron confusas por el transmisor, y la telefonista de central, temió decirle al investigador de la máscara de plata que no había entendido su mensaje, por el gran prestigio y la fama que éste poseía. Como consecuencia de esto, los demás agentes fueron mal informados, y cada quien cumplió con la clave que a él se le informó. Algunos acudieron preparados a contener un incendio, otros para repeler un ataque extraterrestre y unos pocos para contrarrestar un asalto con rehenes.

Fue entonces que cuando las patrullas llegaron al lugar de los hechos, ayudaron a Tsoreto a derrumbar la puerta y, al entrar la luz en la habitación, la mujer se volteó rápidamente.

Al ver encandilada a decenas de efectivos apuntándola con ametralladoras, láseres y mangueras, los pelos de la anciana se erizaron eléctricamente y de inmediato cayó fulminada de un síncope cardíaco.

Raudamente se abalanzaron sobre ella y descubrieron que en el caldero a presión que estaba todavía silbando, se estaba cocinando un succulento guiso de mondongo, y no había ningún crimen.

Falsa alarma, dijeron, y se retiraron todas las unidades. Menos Tsoreto; que luego de salir, cerró nuevamente la puerta y se quedó largo rato espionando por la hendidura de ésta.

Pasó una hora, y el supuesto cadáver de la viejita, que se había dejado en su sitio para los reconocimientos periciales, comenzó a moverse. Se levantó con algo de trabajo y miró ansiosa dentro del caldero ya frío. Soplaron entonces vientos de justicia, y Tsoreto, abrió el portal repitiendo el grito de ¡Alto!; el putrefacto ser giró velozmente intentando lanzar su cuchillo contra el policía, pero éste, ultrarrefléjico, disparó y puso fin a la existencia del más macabro asesino de todos los siglos; sí, Mondonguete Yein, alias “El Sapo”. Tsoreto destapó otra vez el caldero, removiéndolo con algo de estupor su fondo, y enganchó con dos de sus seis dedos, una cosa blanda y pesada. Al sacarla a flote, confirmó sus sospechas viendo que había introducido sus dedos en el esfínter pilórico de un estómago dado vuelta (con la parte de adentro hacia afuera), que se encontraba embolsando una cabeza cortada por su base, medusienta de tanto hervir, agarrada al estómago (que le pertenecía) a través del hueco faríngeo y anudado con el músculo lingual. Era el típico crimen. Y era la cabeza del desaparecido presidente.

Aunque había en su interior trozos de cuerpo humano, el tibio guiso olía muy bien, y Tsoreto aprovechó para saciar el hambre que le habían producido tantos días de laboratorio. Se sirvió un plato repleto y sentose a la mesa observando al difunto criminal.

Pero... Mondonguete, comenzó a moverse. Levantó la cabeza como un feto de mandril, y al ver al investigador bebiendo el jugo que había quedado en su plato, y ver que el jugo era de su mortuorio guisado, no soportó una cascada de calambres náusicos que se derramó en su herido interior, y cruelmente, expectoró y expectoró, hasta que por fin devolvió por sus fauces, como un alarido de destrozo cárnico, sus propias entrañas. Su esófago. “Su estómago”. Y cayó definitivamente muerto. Entonces Tsoreto, extirpó el mismo estómago del sarcástico asesino de estómagos-bolsa (ya fuera del

cadáver), lo lamió, lo firmó, y lo llevó ante el juez como prueba definitiva de que, el terrible asesino, no azotaría más la faz de esta Tierra.

Cerrado el caso y vuelta a las calles ciudadanas, el Investigador de la Máscara de Plata, continuó haciendo justicia.

**Bizcochos**

-Ven a merendar Pablito.

-Ahora voy mami.

La tetera humeante acompañaba al dulce de higos; unos platitos de porcelana blanca y la bandeja repleta de bizcochos; muchas ganas de comer viendo la tarde lluviosa; la etiqueta del saquito que pendía desde allí, donde apoyaba la tapa y montones de libros para clase.

Pablito terminó de acomodarse el guardapolvo y entró al comedor. Iba a la escuela de noche; dormía hasta las ocho, se bañaba al levantarse, hacía la tarea, almorzaba, visitaba los aparatos del gimnasio que le hinchaban los músculos, allí volvía a ducharse, regresaba a casa, merendaba y así seguía su historia.

Esa tarde estaba hambriento; las rutinas con peso lo exigían en extremo y necesitaba alimento. Así que bebió dos tazas de la dulce infusión caliente. Entre trago y trago metía tres o cuatro bizcochitos. Los preparaba su madre con una receta de la abuela. La abuela a su vez la había aprendido de su mamá y el rastro se perdía entonces; pero se trataba de un formulación realmente antigua.

Siempre pasaba lo mismo, de alguna u otra manera. Como en días ulteriores, Pablito tenía sensación de *dejabou*, aunque solía prestarle poca atención.

-Chau ma. Vuelvo a las once- se despidió con un cariñoso beso y partió. El colegio distaba siete cuadras. Cuando estaba por llegar notó que le faltaba la carpeta de biología.

“Me olvidé la carpeta” sonaba cursi. Pensando una excusa convincente para no entregar el informe de laboratorio que tenía dentro de ella, Pablito se vio frente a frente con el frío y duro paragolpes del colectivo sesenta y cinco.

Observó las señas desairadas del conductor y bajo la agudeza del chillido frenante fue atropellado.

Un compañero que pasaba presenció la escena trágica. Recuperándose del impacto visual que lo había inmovilizado, corrió hacia el cuerpo tendido de Pablito.

-¡Pablo! ¡Pablo! ¿Estás bien?

Pablito no respondía.

Sin saber bien qué hacer, el amigo se desesperó y empezó a gritar pidiendo una ambulancia, que llegó después de diez minutos.

En el hospital no pudieron revivirlo. Durante la autopsia hallaron los bizcochos sin casi digerir enjugados dentro del estómago. Se veían como papilla, pero los forenses podían reconocerlos.

Pablito mientras tanto viajaba por una especie de sendero estrellado hacia las puertas del Cielo. Lo recibió San Pedro, con espesa barba blanca y un llavero tumultuoso atado al cinto.

-Soy San Pedro; tal como me imaginabas ¿no?

-Pues sí, ya lo creo- aseguró Pablito que iba dándose cuenta de dónde estaba.

-Te espera Dios- siguió Pedro. -Quiere hablar contigo antes de que entres al Paraíso.

Poniéndole la mano sobre el hombro lo condujo paternalmente hasta Dios. Este echaba argamasa entre ladrillos valiéndose de una cuchara plana. Cada vez que apilaba uno nuevo, la construcción se notaba más grande.

-Buen día Pablo- le refirió.

Con tranquilidad Pablito respondió: -Hola Dios. Siempre he creído en ti. No sabía cómo eras; te imaginé transparente e inmenso, barbudo como San Pedro y luminoso también, pero nunca se me hubiera ocurrido verte vestido de albañil.

-¿Por qué no?

A partir de esa pregunta Pablito acababa de entender enormidades. Más que pregunta parecía respuesta. De alguna forma Dios conseguía decirle miles de cosas en muy pocas palabras.

Ingresó a lo que llamaban “El Paraíso”. Era bello y había mucho para hacer. Estuvo charlando con almas que en la Tierra habían sido sus parientes y con otras más.

Mientras tanto, en el planeta los familiares lloraban angustiados en el velatorio. Cadavérico y rodeado de flores el cuerpo reposaba sobre satén.

Pablito, pese a que no había imaginado que una vez fallecido siguiera sintiendo necesidad de ir al baño, estaba sentado en el inodoro del Cielo. Los labios juntos y hacia un lado eran parte de la fuerza. Liberó su intestino cósmico, apretó el botón y fue a dormir.

A la mañana siguiente, durante el desayuno pidió le convidaran bizcochos como los de su madre. La nostalgia de aquella querencia atormentábalo.

Estaban ricos. El sabor y la textura resultaban idénticos.

Pablito se levantó de la mesa y abrazó a la mamá despidiéndose para ir a la escuela. Limpió sus dedos pegoteados con el dulce de higo y volvió a notar la sensación de *dejabou*.

-Adiós Pablito.

-Chau ma.

Pablito asistía al colegio de noche. Por la tarde reforzaba su físico en el gimnasio de la esquina. Se bañaba, merendaba y salía para estudiar. Estaba en tercer año.

Sobraba la campera así que la ató a su cintura. No sabía por qué había terminado llevándola si el cielo soleado indicaba lo contrario.

El timbre para reunirse estaba sonando cuando subía las escaleras. Iba a pasar la puerta cuando vio una jovencita que le llamaba especialmente la atención. Era de cuarto pero no importaba. Si mal no recordaba se llamaba Laura. Media falta por llegar después del timbre era mil veces mejor que una falta entera al amor que estaba sintiendo en ese instante.

Pablito bajó los escalones y corrió latiendo fuerte a su encuentro.

Laura venía por la plaza. Sabía que llegaba tarde pero no podía correr por el peso de la mochila.

Su enamorado de tercer año sí corría y no sentía ningún peso –aunque tenía la mochila más cargada aún.

Pero no pudo llegar a ella. Cuando cruzaba la avenida, sin percatarse del cambio de semáforo quedó en medio de los vehículos que iban y venían. Un camión con acoplado lo enganchó por la espalda, donde los libros y carpetas le sobresalían y el impulso lo envió directamente bajo los neumáticos de la mano contraria.

Un bólido plateado y luego otro que trató de detenerse lo destrozaron...

Laura le hacía respiración artificial cuando se presentó la ambulancia. Los paramédicos tomaron la posta y luego lo hicieron los tubos en quirófano.

Pablito estaba muy dañado. Los huesos astillados habíanle roto cada tejido y no resistió mucho con vida.

Laura lloraba –aunque casi no lo había conocido. Junto a ella sollozaba desconsolada la madre del difunto abrazada al papá.

En el Cielo, Pablito se encontraba con Dios al final de un largo túnel de anillos concéntricos amarillos, rojos y negros. Charlando con él, se enteraba de cómo había nacido hacía quince años terrícolas y preparaba su próximo existir como gas de una nebulosa alejadísima.

Prefieres ser hidrógeno... tal vez helio...

La decisión parecía sin importancia pero lo signaría por varios millones de años, aunque como gas se le pasarían rápido.

Antes de partir, Pablito orinó en los mingitorios celestiales y comió unos bizcochos de manteca. Llevaban canela, apio y trocitos de maní. Su tática abuela, que ahora residía en el Giúndaro había inventado la receta.

El Giúndaro era algo diferente. Así con existía un único Universo, también existía un único Giúndaro.

Pablito se sacudió los dedos de miguitas.

-Abrígate- acotó como siempre la mamá.

Ese latiguillo lo usaba de día y de noche; en verano e invierno; lloviese, hubiera viento o reinase la más calma primavera. Era casi como una frase de despedida. La señora había cambiado el “adiós” típico por “abrígate”.

Pablito se calzó lo verde del buzo regalado por sus primos de España. Aún seguía con aroma a apresto.

Para el camino hasta la escuela se llevó unos bizcochos más. El sabor a tarde mágica los transformaba en sus preferidos y hoy se había peleado con el profesor del gimnasio, así que necesitaba olvidar para poder concentrarse después en el estudio.

Quizás excusa, quizá verdad, Pablito masticaba los bizcochos.

Tan mala fortuna tenía ese día que le ocurrió lo peor. Cuando transitaba junto al cordón, había pisado las bocas de respiración del subte. Unos tornillos oxidados y flojos dejaron de lado su piedad, y observaron a Pablito mientras lo tragaba la tierra.



Cayó de cola. Eran como seis metros. Se lastimó bastante pero resistía. El fin último lo pintaron las ruedas aceradas del tren subterráneo...

Cuando los bomberos recogieron de la vía los trozos desmembrados, reconocieron algunos.

-Esto era el estómago- citó bajo la mascarilla protectora uno de los que tenía encargada la desagradable tarea. -Parece que recién había comido bizcochitos. ¡Pobre pibe!

Pablito notó como los oficiales juntaban sus restos y, ni arriba ni abajo, tampoco a la misma altura del piso, oyó una claridad inmensa que lo abarcaba. Pronto estaba con Dios. Se unía de nuevo al gran espíritu padre.

Horas después, en el enorme inodoro divino Dios descubrió sus nalgas gigantescas. Algo descompuesto, intercalaba flatulencias con chorritos marrón claros. El aroma eucatólico bordeaba las estrellas.

Lavóse las manos, abandonó el baño y Dios tomó asiento frente a un plato volador repleto de bizcochos preparados por la tátara abuela de Pablito. Ingirió uno. El bizcocho aparecía nítidamente en su panza, porque el Señor era todo transparente, como inmensa agua viva de espíritu.

-Voy a salir- dijo, y Pablito saludó a la mamá.

-*Dejabou*- pronunció ésta, con la fuerte sensación de que aquello lo había vivido en otra ocasión.

-¿Qué significa eso?- preguntó su hijo.

-Es que me pareció que ya había visto lo que estábamos haciendo antes. *Dejabou* es un término francés que significa eso, según creo- le aclaró.

-¿Qué fue exactamente lo que te parece repetido?- continuó Pablito que tenía idéntica impresión.

-Nosotros merendando; vos comiendo los bizcochos uno tras otro, la tetera, la puerta que se abría... No sé, eso pasa realmente todos los días de semana, no debería extrañarme- la mamá entendía que lo nombrado constituía una rutina común y por lo tanto empezaba a desechar su pseudohipótesis *dejabouística*.

-Es cierto- sonrió Pablito. -Debe ser la rutina.- Besó a la mamá y partió apurado hacia el colegio. Esa mañana no podía llegar tarde porque tenían prueba en la primera hora.

Si terminaba quinto año como venía, seguramente le dieran la beca para seguir estudiando en la Universidad.

Caminando junto con Ernesto, su compañero de banco, analizaban el futuro.

-No estoy muy seguro, pero tengo bastantes ganas de hacer algo relacionado con el arte- decía Ernesto.

-A mí me pasa lo mismo- asentía Pablo. -El arte me gusta mucho pero creo que voy a seguir de cocinero. Eso no se estudia por acá, y tampoco en la Universidad creo, igual me servirá lo que me den de beca si la gano.

Terminaba de decir esto y Pablito se percató de que Ernesto no estaba a su lado. Vio hacia atrás. Unos tres jóvenes armados lo apuntaban. El amigo se vaciaba los bolsillos y empezaba a desabrocharse el pantalón.

Pablito dudó sobre cómo actuar, pero decidió al menos acompañar a Ernesto en su mala suerte.

-¡Qué hacen!- gritó.

Uno de los malhechores, que funcionaba de campana en la vereda de enfrente, arrancó su corpulenta motocicleta, y en un abrir y cerrar de ojos lo atropelló con violencia.

Pablito volaba por los aires y terminaba cayendo de punta. Justo con la cabeza contra las impenetrables baldosas.

Ernesto en calzones trataba de revivir a su amigo. La gente los miraba y en veinte largos minutos apareció una ambulancia.

En el subsuelo del nosocomio guardaban el cuerpo completo del joven. Tenía bizcochos en el bolsillo que retiraron encerrándolos en una bolsita, junto con los documentos y las llaves.

La angustiada escena del llamado telefónico fatal, el desmayo del padre y la inundación llorada por la mamá dieron paso a los arreglos con la cochería y el velatorio. La televisión se hizo eco del crimen y pronto capturaron a dos de los cuatro delincuentes.

-Bienvenido- lo saludaron.

Pablito llegaba trotando hasta allí, donde la pista de carreras marcaba “partida”. Un señor con bandera verde tomada por su pequeño mástil y el paño mismo, aguardaba a que estuvieran todos.

-¡Ya!- gritó flameando el emblema de arriba a abajo.

Pablo empezó a correr. Otros que no conocía avanzaban a su lado. Algunos más adelante y otros más atrás. Varios parecían extrañados, aunque no todos.

De repente despertó. Un anciano de cabellera blanca creciendo de su pera le acariciaba la frente.

-Despierta... Si quieres llegar primero debes correr más rápido aún. Sé que puedes hacerlo. Dios me encargó cuidarte diecisiete años atrás. Ven ahora conmigo al baño del Cielo, que he logrado convencer a otro guardián para que nos diera una mano- Pablito oía aturdido los comentarios de ese señor.

Se levantó de la cama y caminó por las nubes hasta un cuarto algo gris. Allí había una especie de asiento algodonoso que sabía era el inodoro.

-Debes expulsar el excremento con la mayor fuerza posible. Si su energía alcanza, podré dirigirlo hacia un conocido que puede ayudarte- sentenció el otro viejo custodio que se había acercado al baño.

-Los presento- intercaló el guardián de Pablo. -Él es Pablito y el es el ángel de la guarda del Investigador de la Máscara de Plata.

-¡Eeerp! Mucho gusto- lo saludó. Pablo extendió también su mano y la estrechó levantándose algo de donde estaba sentado.

-No te desconcentres- continuó el custodio de Iemepé. -Debes intentar juntar todos tus gases tras la materia fecal y luego lanzarla...

Pablito así lo hizo y en la Tierra Tsoreto fue golpeado por un avioncito de papel. No por una caca; por un avión.

Lo levantó del piso y leyó la dirección de la casa de Pablito.

Allí se dirigió pedaleando su bicicleta metalizada con foquito.

-Disculpe señora, soy *la policía*- Tsoreto se sentía a veces tan amplio que abarcaba en sí a toda la fuerza.

-Pase... ¿Qué necesita?- la madre de Pablo no percibía el olor del detective. Esa era la primera y fundamental pista que le indicó a Tsoreto la presencia de algo fuera de lo normal. Recordó a Jean Paul allá en París, pero esto tenía otro tinte.

-Estoy investigando algo. No puedo aclararle qué, porque aún debe ser mantenido en secreto. Permítame por favor revisar algunas cosas- rogó imperante.

A la señora no se le cruzó por la mente solicitar una orden del juez y afortunadamente sin oponer resistencia alguna permitió a Iemepé corroborar sospechas en su domicilio.

La mesa aún no estaba levantada. Una tetera semidestapada, dos espátulas para untar dulce de leche y margarina, unas tostadas a medio comer, migas, más migas y bizcochos en una lata, completaban la población del mantel.

Tsoreto creyó ver una especie de brillo, como el tornasol del aceite sobre agua en las aceras, que salía de los bizcochos. Asió unos cuantos y estuvo olfateándolos.

-¿Son caseros?- preguntó.

La mujer ya no estaba. De repente sonó el timbre. El policía abrió y la misma señora llegó ataviada para oficina volviendo de un día entero de trabajo.

-Pablito ¿Cómo te fue en la escuela?- le dijo.

Iemepé tenía claro que él no se llamaba Pablito. Se llamaba Tsoreto y quiso aclararlo, mas creyó conveniente seguirle la corriente.

La mujer dejó su maletín sobre la mesa y trajo una bandeja con bizcochos a la mesita del living. Muy confusamente, lo que recién acababa de observar sobre el redondel con patas que servía de mesa, estaba desaparecido. En su lugar una mesita ratona cuadrada se hallaba rodeada por almohadones de un estilo oriental.

En ese sitio acomodó los bizcochos y sirvió un tremendo vaso de leche chocolatada.

Tsoreto se sentó. La tentación por los bizcochos era cada vez mayor. Observándolos con cuidado captó otra diferencia fundamental: la mayoría de los ovalados manjares carecían de reflejo, de ese especial reflejo entre azul e incoloro. Una única galleta ladeada contra un costado poseía esa imagen.

Cuidando evitarla devoró todos los bizcochos, estuvo charlando con su supuesta progenitora y se enteró de detalles sobre la vida que llevaba cada integrante de la familia.

Al final quedó sólo aquel bizcocho. Entre dos tenedores lo levantó cuando la madre volvió a la cocina y empezó a observarlo desde cerca.

Dentro parecía ser infinito...

...

Sobre la nube, los ángeles de la guarda explicaban a Pablito que justo en la Tierra habían encontrado uno de los pocos vórtices entre realidades. Ese punto de contacto relacionaba específicamente al Universo y al Giúndaro, y tenía la forma de un bizcocho.

Si lo seguía comiendo y comiendo, nunca acabaría su accidente. El guardián de Pablo aclaró que aquello venía repitiéndose desde hacía treinta y dos momentos absolutos (¿?).

Ahora con Tsoreto en medio, esperaban acabase la tortura. Y así fue.

El detective presintió que debía lanzar hacia arriba ese bizcocho. Salió a la calle y lo hizo.

Cuando bajaba. Con el revólver le ensartó un disparo certero. La galleta no se rompió. En efecto fue repelida por el impacto más allá de las nubes.

El ángel de la guarda de Iemepé mismo vio que el bizcocho venía, estiró su largo brazo de la ley y atrapolo.

-¡Lo tengo!- festejó. -Ahora irá a su sitio, junto con el resto de vórtices.

-Qué es un vórtice- inquirió Pablo.

Los guardianes le explicaron ya más tranquilos. Pablito no volvería a la Tierra. Allí abajo se veía cómo Tsoreto golpeaba la puerta de su casa y encontraba a la madre llorando... Acababa de recibir la terrible noticia de que su hijo había sido atropellado antes de llegar al colegio y perdido la vida en el hospital. Un profesor lo hubo trasladado en su auto para no esperar a la ambulancia, pero todos los esfuerzos habían sido inútiles.

El chofer del camión que había pisado al muchacho acompañaba al profesor en el hospital. Su congoja por lo ocurrido era tal que sintió no poder trabajar más en aquella empresa de distribución de... bizcochos.

Iemepé acompañó a los padres del joven. Por algún motivo la dirección en aquel avioncito de papel lo acababa de relacionar con el doloroso caso. No lo sabía, pero poco importaba.

Tsoreto se encargó de encaminar la terapia psicológica y después se metió en otro de sus apasionantes casos, porque el Investigador de la Máscara de Plata, quería seguir haciendo justicia.

**Sobre cómo hacen sonar los grillos sus guitarras  
y el cantar oculto de los álamos**

La mañana se escondía presurosa. Al son de las hojas otoñales garuaba sobre el bosque. Tsoreto asistía a todo desde la tensión de aquel grueso cordón de sisal que intentaba ahorcarlo.

Atascado contra el cordel asesino, sin más freno que una rebaba automática instalada a ese efecto en el borde inferior de la máscara, pendía pensativo.

Mondonguete Milano –hermano italiano del difunto Mondonguete Yein-acababa de matar al Intendente de Pehuajó. Previendo la aparición del detective, había preparado una ingeniosa trampa que ahora mantenía a Iemepé al borde del final.

Con el policía observándolo todo, Mondonguete sacó del baúl al mencionado funcionario, lo ató mediante flecos de piel y músculos que fue deshiliéndole, y comenzó la tarea extractiva.

Ingresando por el ano, con las manos cubiertas de látex había completado una minuciosa labor. Primero fue extrayendo el intestino grueso; a continuación el delgado y para finalizar el estómago y esófago. Se ayudaba mediante cortes realizados por fuera con los que separaba epitelios, y se abría paso hacia la evacuación digestiva total.

Al igual que su hermano, Milano amaba los órganos.

Una vez fuera todos ellos, finalizado lo que quedaba del estirado lamento gemido por el jefe municipal, cortó las tubosidades y anudolas entre sí. Más tarde cercenó la cabeza y abrigándola con los interiores gástricos sonrió.

-¡Qué horrenda belleza! ¡Qué delicia!- exudaba en cerrado italiano.

Para culminar quemó los restos y se llevó dentro de un balde su obra de arte estomacal.

Iemepé lagrimeaba por no haber podido detener semejante acto. Sin duda el delincuente hubo dispuéstolo todo allí, para vengar de alguna forma la captura y defunción de su pariente americano.

-¡Ahora le toca a un periodista!- avisó por la ventanilla mientras ruteaba rumbo a Buenos Aires.

...

Tsoreto debía hacer algo, pero sin moverse mucho. Si aquella cuerda áspera zafaba, le restarían segundos de vida.

Los nombres usados por ambos Mondonguetes, junto con sus fotos, direcciones e importantes datos para rastrearlos, habíalos conseguido ampliando el microfilm que hace tiempo rescatara de entre las flemas expectoradas por el esposo de un matrimonio criminal. Estos dos ahora estaban presos, pero allí no residía la llave que buscaba.

Esa pista salvadora estaba también en el microfilm. El primer malhechor de la larga lista se oía como Hortencio Quikedd, apodado Pepe Grillo. A éste se le incriminaban veinticinco asesinatos.

Según se creía, el hombre recaudaba información empleando grillos mensajeros.

Iemepé intentó pues comunicarse con estos insectos. Ya era de noche cuando lo intentaba y cientos de ellos sonaban sus chirridos.

No le fue fácil, pero de mucho probar obtuvo so grande maravilla: todos los insectos cercanos callaron. Tsoreto hablaba justo en el mismo tono que los grillos y notó que todos repetían lo que dijera.

Así permaneció hasta la mañana, reiterando una y otra vez la misma secuencia en Morse: -/.../---/..../-/---//./-//---././.../../---./-//---//..../.../..../-//---//

Esa tarde cuando el investigador había casi perdido las esperanzas y buscaba otra urgente solución, degustó el raudo frenar de un patrullero. El canto de los grillos se había pasado de unos a otros llegando hasta los oídos de sus compañeros.

-¡Aguantal- le urgió Pérez mientras lanzaban sogas y trepaban para quitarlo de allí.

Cuando estuvo abajo comió unas medialunas calentitas y se bebió el agua del sapito del patrullero.

De camino a Capital, intercambiaron hipótesis sobre quién sería el periodista mencionado, hasta que Iemepé ordenó regresar. Durante la noche, ayudado por el silencio que hacían los bichos para permitir transmitir Morse al coro grillezco, había logrado oír cómo los álamos de los que pendía, charlaban entre sí con el ulular del viento.

Las palabras arbóreas sonaban a canto, pero el inteligente detective, que conocía multitud de idiomas extranjeros, había comprendido aquel lenguaje.

-Volvamos que los álamos hablaban del futuro cuando nos vinimos. Rápido; demos la vuelta- esas frases locas hubiesen sido tomadas por frases locas realmente, de no ser porque quien las originaba era el legendario y muy respetado policía.

Los álamos seguían allí. Y Tsoreto dijo: uhuuú... fsssh... u...

Desde lo alto, con la sabiduría guardada en cada estoma del follaje, respondieron: uiuiuuúu... suuuu...

-Es la periodista de canal seis que conduce el noticiero vespertino- tradujo Iemepé. -¡Partamos!

Sin entender nada, el Cavo que manejaba le cedió el volante. En unas horas arribaron a los estudios televisivos, justo cuando Mondonguete Milano se colaba por un portón lateral.

Tsoreto bajó, corrió y asiéndolo por el cuello le tapó la nariz. Con un certero golpe de puño moliole la dentadura para evitar que lo mordiera y ubicó la boca abierta del delincuente frente a su franja internalgar.

Hecho esto, el detective expulsó tremenda flatulencia. Milano se hinchó como globo y reventó por el ombligo. Del mismo salió disparado cual dardo un objeto que deseaba regalar a su querida amiga, la Sargento Silvina Pérez.

-Aquí tienes lo que faltaba de tu dedo mayor- le dijo entregándole el obsequio en una cajita aterciopelada.

...

-Aunque no me lo lograron reinjertar, su intención fue buena- le informaba la Sargento al comisario una vez concluido el caso.

El delincuente maltrecho fue encarcelado y tras las rejas pasó el resto de sus días. Los dos asesinos de la modalidad estómago-bolsa ya no azotaban las calles; el europeo ahora y el americano desde tiempo atrás.

Esta vez Tsoreto no había sospechado y la clave de la cuestión casi termina ahorcándolo, pero el lado luminoso de la ley había triunfado nuevamente y el Investigador de la Máscara de Plata continuaría haciendo justicia.

**Un partido de fútbol**

Los deportes habían sido un fuerte de Tsoreto desde niño. Compitiendo y sólo jugando por jugar, por divertirse, había alcanzado muchos primeros puestos. Las repisas de su departamento estaban repletas de viejos trofeos y medallas.

Pero la mayor destreza del investigador era el fútbol. ¡Qué bien jugaba! ¡Cómo dirigía sus remates! ¡Qué fiera y escurridiza gambeta poseía!

Las gradas visitantes ese día estaban cubiertas por nalgas de familiares y amigos del cuerpo de policía; los nada amistosos parientes del equipo del penal sonaban sus bombos en los tableros destinados a la parcialidad local.

Prisiones como esas existían sólo tres en América del Sur. Estaban destinadas a los criminales de máxima peligrosidad, aquellos que de seguro nunca podrían ser liberados; los denominados “sin cura”. Hasta se hubo descartado hacía poco un proyecto de ley para darles la opción de ser ejecutados, en vez de ocupar un lugar inútil tras las rejas.

Tsoreto abominaba la pena de muerte como recurso. Defendiendo la probabilidad del margen de error lógico en los juicios, había llegado a demostrarle a un legislador que impulsaba la idea, que un pariente directo suyo –del mismo senador-, trescientos años atrás había estado a punto de ser decapitado por un crimen del que era inocente. Involucrado por tratar de detener al verdadero malviviente, casi terminaba sus días como víctima injusta.

“Usted no hubiese nacido” habíale referido Iemepé intentando hacerlo entrar en razón.

Así pues, entre las técnicas de rehabilitación social aplicadas, se contaban los torneos deportivos contra cuadrillas integradas por los propios policías captadores de los apresados. Los primeros encuentros eran violentos. La sangre abundaba entre puntapiés y taponazos. Pero más tarde, la rivalidad iba canalizándose hacia la competencia asida a las reglas.

Este encauce hacia comportamientos acotados dentro de límites preestablecidos, se extendía paulatinamente sobre la totalidad de conductas y esto iba reflejándose también en los otros convictos.

El sistema ideado por el Investigador de la Máscara de Plata, funcionaba.

...

Esa mañana debían jugar sin suplentes; era difícil encontrar policías que quisieran corretear en la cárcel de máxima seguridad. En el conjunto presidiario, titulado “Mis Bolas”, la defensa estaba conformada por los miembros de una banda asesina de bebés ajusticiada por Iemepé. Sus reclusos también se contaban en el medio campo (dos) y la delantera (uno más). En total, seis miembros de *Mis Bolas* habían sido capturados por el investigador.

Una de las pautas que regían el sistema, obligaba a los oficiales captadores a participar. El resto se completaba con efectivos de la selección policial.



-Prriiii- brilló el silbato desatando el encuentro.

Los botines del referí estaban recubiertos de pequeñas puntas. Como ese, otros tantos implementos ingeniosos asistían la dura tarea del árbitro. A veces debía no sólo expulsar a un jugador...

En los pies de Tsoreto rodaba el balón como planeta. Sus pasos eran perfectos y provocaba la ira irresistible de cada convicto que esquivaba. Hasta entonces, nadie lo sabía, pero el detective había dado en su laboratorio los primeros trancos hacia la era del... futuro, podríamos decir.

Así, empleando los resultados de sus primitivos pero correctos cálculos, gambeteaba Iemepé.

Cuando adolescente, allá por mil nueve ochenta y seis, la defecada matutina lo había hecho darse cuenta de una obvia realidad. Contando hacia adelante y hacia atrás el número cinco, en forma ascendente del uno al cinco y descendente del cinco al uno, se percató de que dicho número, entraba cinco veces en sí mismo.

Después lo probó con el cuatro, con el ocho e indujo que siempre pasaría eso. Cada número, cualquiera fuera éste, cabía dentro de sí mismo sus mismas veces. El cuatro, cuatro veces; el siete, siete veces.

Anotó que para los impares finalizaba la cuenta en uno y para los pares en el número. Con esos pocos datos, armó un resumen en un anotador dispuesto junto al inodoro. Nombró lo descubierto como "*teoría de la encadenación*", porque sentía que lo que estaba haciendo era encadenar a cada número consigo mismo.

Más tarde lo presentó en la escuela. A su profesora de primer año le resultó obvio y agredió el amor propio del investigador con la frase "para qué sirve eso". Aparentemente, la docente esperaba de esa forma hacerlo ir más allá y conseguir quizá que sacara buen fruto de todo aquello.

Tsoreto lo hizo. Para comenzar halló formulismos para la suma de cada fila y columna de un número encadenado. Uno de sus resultados importante había sido:

*"La suma de los números de uno a equis, es igual a equis al cuadrado más equis, sobre dos."*

Sólo diminutas crestas de un iceberg monumental empezaban a verse. El investigador no imaginaba adónde lo llevaba todo eso; mas guardaba la sospecha de estar ante algo importante.

Diez años después, probó encadenar unos números con otros. A veces no se llegaba a ningún fin; otras obtenía algún valor concreto. Cuando la encadenación no terminaba nunca, Iemepé concluía que el resultado era: infinito.

Y tenía razón. Con la matemática empleada hasta entonces, daba infinito.

El nudo parecía duro de desatar. Pero bastó con unos tirones de donde el mismo soguín no tenía previsto. Como le apasionaba desde niño, Tsoreto usó el pensamiento lateral.

Al verse frente a frente con problemas aparentemente irresolubles, tanto en la vida de todos los días como en lo que fuese, Iemepé recurría a

argumentos similares. Intentaba ver desde otro ángulo el asunto; oírlo si no lo veía; hasta había probado olvidar un enigma para resolverlo teniéndolo más lejos.

Con ese pensamiento lateral, fue sacando conclusiones contundentes que siempre habían estado a la vista de cualquier matemático, pero nunca –al menos en forma efectiva- habían sido tomadas como un error, sino más bien como una rareza del universo algebraico o geométrico.

Tsoreto se dio cuenta que realmente el número “pi”, el número “e” de Nepper y otras tantas extrañezas abstractas no debían ser tales.

Modificó los axiomas fundamentales para conseguir alinearlos a valores más simples y fue notando como cada pieza iba acomodándose. Y lo mejor de todo era que las porciones matemáticas que antes se veían ordenadas, cambiaban de aspecto pero seguían así, en orden, sin dispararse a valores con infinitos decimales no periódicos o cosas por el estilo.

Iemepé fue construyendo una nueva matemática. En sus postulados se basarían más tarde otros científicos para destrabar las intrincadas ecuaciones de la física relativista y cuántica, la química y así cada tipo de conocimiento.

De esa forma, Tsoreto lograba manejar la pelota como si entendiera más que nadie sus características y estuviera en comunión perfecta con la Creación.

Cinco a cero anotaban los tableros cuando finalizó la primera etapa. Tres policías estaban heridos y los tres agresores respectivos habían sido expulsados. Uno de ellos, resistiéndose a aceptar su tarjeta había intentado amotinarse y fue muerto por el juez, empleando las agujetas disparables de su reloj pulsera.

En los vestuarios el capitán –que era a su vez Comisario en una seccional vecina a la de Iemepé- estructuró tácticas para jugar ocho contra ocho y seguir venciendo a los delincuentes. El equipo de policías se autonombraba “Perforadora”. Usaban remera azul con cuello blanco y pantalón celeste.

Al investigador la ropa le quedaba algo torcida por las deformidades que lo abarrotaban, mas nadie se atrevía a reír cuando lo miraban. Algunos por respeto y otros por miedo.

Cuando volvieron al césped, el referí había sido mutilado por la hinchada local y en el lugar donde antes emergía su brazo izquierdo, ahora tenía gasas y vendas teñidas de sangre. Igual salió a dirigir el segundo tiempo. *Perforadora* no había realizado cambios porque no tenía suplentes. *Mis Bolas* tampoco porque no se los permitía el reglamento. El único que llevó a cabo una modificación fue el juez: se puso el reloj en la muñeca derecha.

Los pelotazos, insultos, trompadas y festejos continuaron. Pronto finalizó el encuentro con abultado marcador en favor de *Perforadora*: quince a dos. Catorce goles de Tsoreto y uno en contra para los policías.

Como siempre “no” lo levantaron en andas por su aroma y nuestro amigo se retiró sin pasar por las regaderas.

Los partidos que siguieron meses después, fueron mostrando una mejoría de varios individuos.

El salvaje calvo orejudo que mordisqueaba las piernitas mullidas de los bebes que asesinaban, parecía una niña enternecida arrullando a su osito de peluche.

También habían mejorado los hermanos truecaesferas, así llamados porque extirpaban a sus víctimas masculinas los testículos y los ojos, intercambiándoles su posición, de manera que los pobres atacados terminaban tratando de ver con sus glándulas sexuales sujetas en las cavidades oculares y de fabricar espermatozoides con las retinas.

Estos maniáticos, jugaban ordenados al balompié; de vez en cuando eran amonestados y rara vez se les oía un insulto. Parecían estiércol liviano de mariposa removiendo las gotas de rocío al caer sobre una hoja tierna.

El peor de todos ellos, también encerrado por Tsoreto, era premiado cada tanto por buen comportamiento en el penal y había solicitado le enviaran libros para poder estudiar. Decenios más tarde se recibió de médico. Nunca llegó salir de tras las rejas, pero la mejora de su vida allí había valido la pena.

Amante de la humanidad y respetuoso, recordando esa frase que dice "*lo cortés no quita lo valiente*" y reclutando de las calles nuevos convictos para jugar a la pelota, el Investigador de la Máscara de Plata continuó haciendo justicia.

**La fucking mosca**

- Sí.

Las risotadas de Tsoreto resonaban inodorescas en el despacho del comisario, luego de que los dos intercambiaran ideas sobre un reciente homicidio que los tocaba muy de cerca. Derritiendo su dolor lágrima tras lágrima, el jefe de policía dejó en manos del investigador de la máscara de plata las pocas pruebas que los peritos alcanzaron a arrancar del casi impenetrable velo de misterio y perfección que envolvía al crimen cometido contra su esposa (está demás aclarar que nos referimos a la esposa del comisario, ya que las mujeres de hoy en día son algo reacias a acercarse más de diez metros al investigador, quizás por el desodorante que no usa).

Tsoreto cerró la puerta de la oficina y se puso en marcha mientras leía perspicazmente el informe del trágico asesinato. Al pasar por el costado del escritorio de la sargento Pérez, se detuvo con las piernas medio cruzadas al sonido de "croac". Con algo de esfuerzo, en unos diez minutos logró vencer la ventosa que se había creado entre sus muslos, a partir de unas papadas inguinales, humedecidas de transpiración y con la viscosa materia fecal de la mañana que no había tenido tiempo de limpiar, las cuales estaban convertidas en cierta especie de sopapas. La oficial, que lo socorrió en la tarea del despegue tegumentoso, cayó sin conocimiento más tarde, cuando intentaba desempastar sus manos y percibió de cerca el aroma de la sustancia grasosa que manipulaba.

Tsoreto se dirigió como siempre al lugar de los hechos, para sacar sus propias conclusiones. Atraído por el sabor olfativo que desprendían algunos pequeños flecos de músculos cadavéricos en putrefacción, nuestro amigo mostró su placa y transpuso la puerta del departamento cuidando todos los detalles.

Ni bien entró, como en las películas, el genio mental del detective descubrió la primera y fundamental pista:

- Malvinas -dijo. En verdad, cuando observó las pisadas marcadas en los charcos de sangre ya secos sobre el piso, recordó la forma en que eran entrenados los gurcas para arrastrar un cuerpo sin vida tomándolo de los pies; era un paso sigiloso y característico, que pocas personas conocen. Todo parecía indicar que el atroz delincuente pertenecía al grupo mercenario del país poseedor de la montaña más alta del mundo, Nepal. Por otra parte, el cuerpo de la mujer se presentaba sin cabeza y parecía haber sido revoleado concéntricamente dentro de la habitación, porque las paredes se hallaban enfranjadas de borbotones de sangre más o menos a la misma altura, que habría escapado del cadáver recién decapitado al revolearlo, por la acción de la fuerza centrífuga. Tsoreto sufrió extrañamente una arcada espasmódica y, sin lograr controlarla, levantó el escote del uniforme y expectoró el fluido gargajoso que subía por su esófago dentro de su ropa. Satisfecho, refregose alegre la panza sintiendo como el vómito embolsado por su camisa traspasaba la tela y llegaba a mojarle la mano.

En seguida controló sobre el cadáver lo que indicaban los informes. En verdad la mujer había fallecido electrocutada por descargas eléctricas

intermitentes de alto voltaje. La corriente de electrones logró ingresar a ella por su dedo índice derecho, según lo indicaba su aspecto repiqueteadamente negruzco.

El cráneo de la hermosa difunta era asido mediante las redondeces de la canilla de agua fría de la cocina. Pensó entonces Tsoreto que el homicida había desensangrentado sus manos en esa pileta, usando muy probablemente el agua caliente. Pero como no habían encontrado ninguna huella dactilar en el lugar, el asesino debía haber limpiado allí los guantes que vestían sus macabras manos. Volteó la vista hacia el calefón y observó que afortunadamente se hallaba encendido en su graduación más elevada. Unos chorros de agua con esa temperatura bastaban para desprender algunas partículas de una fibra de cuero o algo sintético de lo que pudieran estar hechos los guantes. Destapó y recogió pues los desechos adheridos a las paredes de la cañería y los mandó a analizar.

Más adelante desenganchó la cabeza y comenzó a absorber con fuerza desde la cavidad del ojo izquierdo que había sido arrancado. Repentinamente, su lengua palpó un pequeño trozo de metal; y luego otro, y otro... Así de a pedazos, Tsoreto extrajo las piezas de un aparato que seguramente el asesino hubo introducido dentro del cráneo. Con algo de esfuerzo los técnicos lograron reconstruirlo: era un Magiclic.

Lamentablemente no se obtuvieron pruebas de los restos que el investigador de la máscara de plata extrajo de la cañería.

Algo desorientado, Tsoreto invitó a todos los técnicos y peritos a comer a su casa para charlar del tema.

No se olfateaban conclusiones muy cerca, hasta que sucedió lo inesperado...

Estaban llegando al postre y una de las tantísimas moscas habitantes de la casa del buen detective se posó en la mermelada de uno de los comensales. Éste la espantó se un manotazo diciendo con graciosa bronca: - Que ¡Faking mosca!- Tsoreto volcó su copa violentamente e interrogó al policía:

\_¿Eres inglés?

\_No. Soy norteamericano nacionalizado argentino.

\_¿Qué tan argentino eres?

\_Mucho hombre. Es más, yo actué como voluntario en la guerra de Malvinas- replicó ofendido.

\_Fuiste tomado como prisionero, según sé ¿O no?

\_Sí, fui el único que sobreviví al ataque de los gurcas a Puerto.

\_Y entrenaste con ellos algún tiempo.

\_Sí...¿Por qué pregunta?- preguntó con voz algo temblorosa aunque camuflada bajo un timbre grueso y pausado.

Sacó entonces Tsoreto de abajo del mantel que cubría la mesa un Magiclic y lo gatilló repentinamente.

El policía con el que estaba hablando se paró en forma refléjica y atinó a desenfundar su arma. Tsoreto lo miró profunda y despreciosamente a los ojos y, en segundos, el policía cayó llorando sobre su plato (y se ensució la camisa con mermelada).

—¡Sí fui yo!, ¡Si no podía ser mía no tenía que ser de nadie!. ¡Me cago en su fantástica investigación Iemepé!- así, gritando entre lágrimas, el oficial asesino empuñó su revolver oscuro y disparó contra Tsoreto que presidía la mesa. El balazo sólo raspo la brillante máscara del investigador, al momento que otro de los comensales ponía fin a la existencia del homicida perforando su pecho con una calibre 22.

El caso estaba cerrado. La esposa del comisario había sido electrocutada con los 3000 voltios de un Magiclic que el recién difunto enganchó en su dedo índice derecho y activó repetidas veces hasta matarla. Lo demás parecía fruto de un ataque de nervios.

El mal ya estaba hecho. El comisario quedó viudo; mas como siempre, con la energía justiciera que lo caracteriza y que libra las calles día a día de cruentos criminales, el investigador de la máscara de plata, continuó haciendo justicia.

**Entretenidos**

-Diga- atendió la suboficial telefonista.

Allí dentro de la comisaría día y noche había acción. No era tarde nunca para recibir un pedido de auxilio ni temprano para molestar al oficial a cargo. Los guardianes del orden federales de Buenos Aires hacían el trabajo tan bien como sus pares de todo el mundo.

Entre filas había alguna que otra oveja negra. Pero la mayoría pintaban lanas claras.

Para julio se preparaba un congreso de comisarios. De realizarse en la capital peruana -lo más seguro hasta ese momento-, habría dificultades con elementos de la guerrilla. De seguro tratarían de aprovechar el momento para asestar un buen golpe a la fuerza.

El encuentro estaba organizado por Interpol.

-Faltan tres meses nada más. Quiero al frente del operativo de seguridad al efectivo más capaz. No al mejor que puedan conseguir; al mejor que exista- sentenció el Comisario General de Interpol, *Don Enrique Santo y Parquiso* al tiempo que cerraba su laptop y dejaba la oficina.

Con todas las redes tendidas a lo largo y a lo ancho del globo, los de Interpol no tardaron en confirmar sus sospechas. Algunos los habían visto, otros habían leído sobre ellos, todos los más jóvenes estudiaban varios de sus casos resueltos durante su instrucción y no faltaban los que los conocían por leyendas pasadas de boca en boca.

No cabía duda. Los indicados eran dos y no se podía escoger entre ellos.

El Comisario General estuvo de acuerdo y enviaron sendas contrataciones a Buenos Aires y Copenhague.

De Dinamarca recibieron pronta respuesta. El Teniente *Kurt Feldsen*, nombrado en la jerga como "El Lobo" aceptó la propuesta y se alegró de poder encontrarse nuevamente con su amigo argentino.

Tsoreto contestó dos días después. Había quedado adherido a un asaltante luego de golpearlo con el codo para derribarlo durante una persecución. El detective amaba las pulseadas y de tanto en tanto embadurnaba sus codos con cola de carpintero, para evitar que resbalasen al forcejear. El día que llegó el pedido, Iemepé yacía bajo las sábanas del hospital de niños, en el departamento de separación de siameses.

Al fin ambos aceptaron y se encontraron en las tropicales playas de Perú. Feldsen saludó con fuerte apretón al Investigador y éste lo palmeó amistoso después de escurrirse pastosamente.

-Te ves igual que hace diez años- afirmó el Teniente.

-Siempre has tenido más miopía que mi abuela Teodorica- se deshalagó Tsoreto y los dos rieron con gruesas carcajadas.

Sabían que la guerrilla se escondía entre matorrales. Conocían la selva mejor que nadie y sería dificultoso sondearlos en aquellos terrenos. El sitio donde se llevaría adelante el congreso quedaba en Iquitos, poblado

sumergido en la espesura verde. Kurt imaginó una deforestación controlada para aumentar el terreno libre de acción pero Iemepé rechazó la idea ecológicamente hablando.

En su lugar, planearon internarse de incógnitos. Pasarían inadvertidos entre lagartijas y orangutanes; se mimetizarían de tal forma con el medio que cuando llegara el momento, estarían más preparados aún que la propia guerrilla para actuar en la selva.

Fueron pasando los días.

El Lobo era ya amigo de varios especímenes. A las tardes comía con una familia de chimpancés, correteaba con pumas y observaba la Luna junto al nido de los búhos.

Iemepé no tenía la misma suerte. La fauna de la zona había migrado a otros sitios y tan sólo gozaba de la compañía del zorrino, que oyendo la noticia migratoria había tomado junto con el humano posesión del territorio.

El investigador se alimentaba de frutos e insectos. El zorrino también. Charlaban por las tardes y durante el resto del tiempo pulían las técnicas de combate de Tsoreto.

Llegada la semana previa al congreso, Kurt recibió señales de humo de su par, avisándole de movimientos extraños. Un tucán mensajero enviado por el danés, perdió sus plumas frente al detective argentino cuando le entregaba la respuesta y esperaba que Tsoreto concluyera su carta para regresar con ella.

Iemepé poseía informes que apuntaban a un ataque aéreo. Empleando tres helicópteros militares, los guerrilleros bombardearían los cantos del palacio policial. Después bajarían efectivos inmolables armados con ametralladoras y granadas de mano, con intención de aumentar las bajas de la comitiva comisarial.

El Lobo no tenía información. Sí se había enterado de la vida y obra de muchos animales. Planeaba escribir un libro cuando regresara a Europa explicando cómo comunicarse entre especies. Pero nada hubo captado sobre los haceres y planes de la guerrilla.

Tsoreto logró convencer a su amigo zorrino para que fuera y viniera transportando mensajes como *walkietalkie*. Así empezaron a compartir más información y el danés supo dónde investigar.

Más tarde, trepado en el follaje de una alta palmera, observando silencioso una conversación entre aborígenes, Iemepé había tenido un lamentable accidente. La soltada veloz de un coco sobre su nuca lo había dejado sin conciencia. El policía acababa de despertar junto al fuego donde se cocían variadas hortalizas.

Oyendo los cantos alegres del cocinero, se enteró de que lo tomaban por hombre queso.

*...Umba umba tremanosa  
le ripondimú tucosa,  
umba negra malasopia  
rindomí jolopa ilchoza...*

Entonaba el chef selvático. Tsoreto sabía que aquello significaba:



*...Del cielo vino el gran queso  
al dios del hambre le agradezco,  
un queso que habla y tan podrido  
no necesita aderezo...*

Los versos seguían y seguían. Si Iemepé no se soltaba pronto, tal vez muriera hecho rebanadas. Peor aún, estaría descuidando la guarda de los comisarios.

El danés por su parte había ya averiguado más detalles. Aparentemente los guerrilleros tenían el señuelo de los helicópteros, pero la verdadera forma en que atacarían sería lanzando a distancia tres misiles teledirigidos, que adquirirían de un momento a otro contrabandeados desde el sur.

Kurt conocía por el zorrino la situación de su amigo, pero confiando en que podría liberarse fácilmente viajó hasta el claro donde se concretaría el traspaso de armamento para detenerlo.

Sobre la mesa, el detective argentino estaba atado como matahambre. Aguardó a tener un cuchillo filoso cerca y sopló uno de sus pedos aniquilantes.

Al instante todos los indígenas cayeron inconscientes y Tsoreto pudo zafar sus ataduras. Probó la sopa minestrón aún caliente y volvió a la acción.

Mientras tanto Feldsen era capturado por los hábiles peruanos y torturado para obtener información.

Iemepé llegó justo cuando le habían desmembrado la nariz usando una caña filosa y le estaban metiendo cantos rodados calientes bajo la piel de la frente y las mejillas. Si no hablaba le ponían más piedras y más piedras. Los epitelios se le desprendían como preservativo danés.

Escupiendo tijeras, palancas y otra multitud de tomas de sus dobleces, el argentino hizo huir a los captores y liberó a su colega. Tenía la cara destrozada, así que se la desinfectó con jugo de hongo bactericida. Luego consiguió una fuente de cobre que habían dejado los peruanos durante su huida y la forjó sobre las llamas dándole el perfil necesario.

-Te vez muy feo así- sonrió Tsoreto cuando el europeo se había recuperado. -Fabricué un implemento que te será muy útil- y diciendo esto le mostró la máscara que escondía tras su propia espalda.

-¡Estupendo!- se alegró Kurt, resignado ya a no poder mostrar su rostro en sociedad sin cubrirlo. -Ya no me dirán El Lobo. Amigo; desde hoy tienes un primo en el viejo continente. Me conocerán como... "El Investigador de la Máscara de Cobre".

-Iemecé también será apropiado- pensó Tsoreto encariñado con la semejanza de su compañero.

-Pero yo no dejaré de bañarme por tener la máscara- expuso serio el Teniente y ambos empezaron a reír danzando en medio de la selva.

Al terminar se separaron nuevamente y volvieron a sus tareas.

La guerrilla no tenía los supuestos misiles ya que aquello había sido una coartada para atrapar al policía. Tampoco tratarían de atacar con helicópteros. ¿Cómo lo harían entonces?

Charlando con dos monos, Kurt entendió que existían túneles subterráneos. Envió los datos al argentino con el zorrino pero éste nunca llegó. La avanzada de la guerrilla trataba de pescar al animal que creían agente de Interpol y lo lograron aquella tarde.

Pese a ello, Tsoreto había descubierto por propia cuenta la entrada a una de las profundas cuevas.

Eran como de dos metros. Dentro había luz escasa que conseguían con unos respiraderos calados en el techo. La red bajo tierra conducía cada tanto a bifurcaciones y mostraba salidas entre frondosas plantas, aunque no muy a menudo.

Desde un ensanchamiento, el detective fue capaz de oír lo que conversaban unos jefes guerrilleros. El plan no era usar los túneles, la matanza iba a ser mucho más fácil. Tampoco necesitarían armas extra, ni misiles, ni vehículos aéreos.

Tsoreto se acercó más para espiarlos desde la hendidura de un recodo. Conocía a los tres que estaban allí sentados. De espaldas y en sombras aparecía un buscado revolucionario de Perú. A su derecha, sin una pierna, gritaba fervoroso el responsable de uno de los carteles colombianos productores y distribuidores de droga. El último era...

Tsoreto debió escapar, porque su aroma lo acababa de delatar. Pronto llegó a las afueras; tenía perfectamente memorizado el laberinto.

Ese mismo día se iniciaba la conferencia y quienes tramaban el policidio aún no habían sido detenidos. Iemepé necesitaba contar con el Investigador de la Máscara de Cobre para concluir la misión. Entre ambos tendrían mayores probabilidades de convencer a todos.

-Kurt- empezó a narrarle en forma pausada cuando lo encontró, mientras recuperaba la poderosa respiración. -Quien planea todo esto es el mismo Comisario General de Interpol.

-¡No puede ser! ¡Qué extraño!- se lamentó el danés.

-Lo observé con claridad mientras discutía detalles con dos jefes mafiosos. ¡Quién hubiese dicho!

-¡Con razón nos seguían tan fácilmente el paso!- fue entendiendo el Teniente. -Nunca me había pasado algo así.

Decidieron presentarse de inmediato donde se alojaban los comisarios de todo el mundo y alertarlos para que dejaran Iquitos. Cuando llegaron al hotel, el lugar ya estaba desierto. Hablaron con el conserje, quien le aseguraba que nunca había llegado el contingente de tres mil personas que esperaba. El hombre estaba fastidiado porque lo habían hecho entrar en semejantes gastos para nada. Enfadado contra la policía, poco más trataba de golpear a ambos detectives, aunque no tuvieran que ver con el engaño.

Volvieron al claro de la selva donde Tsoreto había levantado su refugio y descubrieron un mensaje en clave. El código aquél era nuevo y sólo conocido por la fuerza, así que tenía que ser de Santo y Parquiso.

Estaba en birome azul. Decía:

*Mientras ustedes se entretienen con los monos y otras alimañas del paisaje, quien los contrató tuvo que reunirse como doble agente con los grupos armados de la zona y averiguó cómo tratarían de matar a los comisarios.*

*La reunión fue trasladada a Buenos Aires sin dar aviso a la gente de Iquitos y el congreso se está realizando sin inconvenientes.*

*Los espero a las dos p.m. en punto en este mismo claro para ir hacia Lima en helicóptero. Desde allí cada uno podrá retornar a sus labores locales.*

*Saludos,*

  
**Enrique Santo Parquiso**  
COMISARIO GENERAL  
Interpol

Sintiéndose abofeteados por el destino, los enmascarados levantaron campamento para estar listos a tiempo.

Tsoreto desconfiaba: -Este Parquiso... sus intenciones huelen extrañas.

-Yo pienso lo mismo- le aclaró su amigo esclavo.

Si intentaba algo malo, de seguro supondría que los prestigiosos investigadores iban a sospecharlo. Así que no debían actuar en consecuencia.

Podrían hacer de cuenta que nada conjeturaban y estar preparados para actuar cuando fuera necesario, aunque esa era la actitud lógica devenida de un accionar inteligente movido por la desconfianza.

Tsoreto propuso entonces emplear el pensamiento lateral. Era conocido que él lo usaba, pero no podían adivinar lo que su magnífico cerebro idearía, así que ese recurso siempre servía.

-Estamos en Iquitos- principió su razonamiento; -normalmente querriamos salir de la selva para llegar a una ciudad donde las cosas puedan controlarse mejor. No salir de Iquitos es el opuesto a ello, pero no es algo paralelo.

-Por otra parte- continuó, -desconfiamos del Comisario. Confiar es lo opuesto y hacer que confiamos resulta contrario a hacer que no confiamos, así que esa ruta tampoco sirve.

-¿Cómo podemos llegar a una situación de mejor control sin quedarnos ni irnos, sin confiar ni desconfiar?- preguntó Iemepé al aire mientras estiraba su colgajo epidérmico y se rascaba debajo.

-¿Por qué podría querernos muertos el Comisario?- agregó Iemecé.

-Si alguien está contra nosotros, muy seguramente estará fuera de la ley; más si es un miembro de la propia fuerza- proseguía el danés añadiendo elementos de juicio.

-Borrémoslo todo- creyó acertar Tsoreto. -Hagamos como que no tuviéramos mensaje, no fuéramos policías y nada de esto hubiera ocurrido...

-Ju, ju, ju- empezó a reírse Kurt frente a la idea que se le cruzaba. -¿Nos aceptarán los indios de por acá?

-Eso es. Abandonemos la policía y seamos aborígenes- sentenció Iemepé.  
-El tiempo no importa; suele ser un factor que agrega mucha presión así que debemos desestimarlos. Ya que en nuestra teoría nada ha ocurrido, los comisarios del mundo no están reunidos y no corren ningún peligro.

Así hicieron y tras pruebas de valor y otros ritos, ambos oficiales fueron aceptados en la tribu amazónica de por allí.

El pedo aniquilante de Tsoreto había hecho perder la memoria a la mayoría y ya no lo reconocían como el hombre queso.

La selva acogía menos prejuicios que las urbes y se aceptaban deformidades y defectos. El Investigador de la Máscara de Cobre se casó con una de las hijas del Cacique y el de la de Plata estaba de novio con otra de ellas.

Nutridos por los saberes de antaño que transmitían sus hermanos indios, los dos blancos se entretenían como nunca en aquella jungla. Por cierto era erróneo llamar “blanco” a Iemepé, pero bueno...

Una mañana cualquiera, la neurona que el argentino había autoprogramádose para marcar el cambio empezó a dolerle. Tomó entonces su almohada de plumas, la regaló como recuerdo a su temporaria novia india diciéndole que nunca más la vería y emprendió veloz trote hacia Lima. Iemecé esperaba ya el primer hijo y había decidido continuar con aquel plan fruto del pensamiento lateral, así que no lo acompañó.

En unas semanas el investigador arribó a la Capital peruana. De allí viajó a Buenos Aires en un jet militar que el ejército puso a su disposición.

En tierra fue recibido con gran algarabía.

-Te habíamos dado por muerto luego de oír al Jefe de Interpol- lo abrazó Pérez ajustándose la máscara antigás.

“BIENVENIDO” rezaba un letrero frente a la comisaría.

Tsoreto relató los sucesos a sus compañeros y a su Comisario.

-¡Con razón!- asentía éste y pasaba a resumir lo sucedido en el mundo durante ese año. “Una facción de Interpol había tratado de llevar a cabo una especie de maniobra neonazi en África. Decidido a exterminar la población de ese continente para emplearlo como pulmón inhabitado del planeta, el maniático Don Enrique Santo y Parquiso movilizó parte de sus fuerzas especiales para sembrar unas plantas genéticamente mutadas en todas partes de África. Estos vegetales resultaban ser un arma letal porque durante la floración liberaban kilos y kilos de gas neurotóxico, afectando a cualquier especie animal superior. “El paraíso vegetal” se llamaba la operación secreta.

Parquiso intentó eliminar a Kurt porque su extraño tipo sanguíneo -único en el globo- lo hacía inmune al gas. Y a ti por tus conocimientos genéticos y químicos. Él te tenía catalogado como su mayor enemigo potencial y estimaba que eras quien más posibilidades tenía de detener su intento.

En diferentes lugares de la Tierra fue eliminando durante este año a bastantes personas, que también eran riesgosos para el proyecto. Pero todo acabó cuando una tormenta tropical invadió la ciudad, hace dos meses. La lluvia hacía morir la plantas y notamos tu sello múgrico en el fluido. De

algún lugar los vientos habían recogido algunas de tus suciedades y las arrastraron hasta aquí.

Por milagro, cometimos un error al rastrear el origen del viento que había traído la tormenta y viajamos al África para buscarte. No sabíamos si estarías vivo, pero valía la pena el esfuerzo.

Te puedes imaginar lo que ocurrió poco después que llegamos. Tus compañeros empezaron a detectar irregularidades, todas con el sello de Interpol. Desenroscamos más y más y salió a la luz el desquiciado proyecto.

Tu amiga Silvina capturó a Don Parquiso con las manos en la masa, lo obligó a dar las posiciones de las quince mil plantas que habían llegado a distribuir hasta la fecha y lo envió con moño al tribunal internacional.”

Tsoreto vio a la Sargento y le guiñó el único ojo.

-Ya está preso- continuó el Comisario –con la pena de quinientos treinta años por delante.

-¡Uh! Tendrá para entretenerse- se mofó Iempé.

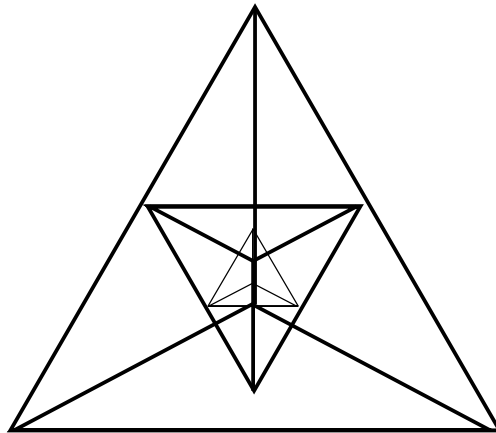
-Bueno, basta de charlas. Tómame una semana de descanso y regresas el lunes próximo como nuevo para hacer de las tuyas. Te extrañamos- concluyó el Comisario y le estrechó la mohosa mano.

Tsoreto salió de la comisaría oyendo los aplausos de sus compañeros. Una vez en casa pensó en el Investigador de la Máscara de Cobre. Sudó un suspiro y siguió adelante. Había mucho que ordenar. Los insectos varios se habían apoderado de todo y le sirvieron de guiso una vez capturados.

Para festejar el extraño caso ya resuelto, hizo sonar un cicus con las flatulencias contenidas y tocó con él la marcha del estudiante.

“Tuu, tu tu tu tu tu, tu tu...”. Feliz, entretenido con el instrumento coya musicado al son de sus vapores, el Investigador de la Máscara de Plata, continuó haciendo justicia.

**La invasión del croquetismo**



Tomados de la mano se retiraban del invernáculo. La tibieza de las plantas, su luz y esa vibración característica sujetaban a cada uno del codo con cariño. -¡Sigue adelante!- alentaba la vida misma a quienes la vivían.

El vidriero ese día había trabajado a más no poder. Los espejos le redituaban por sobre el cristal común, así que el último año lo hubo dedicado a ellos en especial.

No era tan fácil armarlos. Además del plateado perfecto, debía ser excelente la chatura del material transparente. De otra manera, el espejo delataba todo.

Su técnica mejoraba y mejoraba. La belleza y la perfección iban de la mano. Y a su lado, cada vez más cerca, andaba la desgracia.

El vidriero trabajaba junto al invernáculo del jardín botánico de la Facultad. Estaban en primavera y sobre todo por eso, las parejas de enamorados paseaban por allí a la orden del día.

Nadie podía imaginar, ni el mismo Einstein, que existiera contacto real entre algo tan inofensivo como la reflexión óptica y algo tan complicado como la química reproductiva.

Resultó entonces que dos perfectos espejos del señor Olsin quedaron enfrentados en también perfecto paralelismo. Uno más grande y otro pequeño. A derecha e izquierda del invernáculo.

Cuando amaneció, los brillantes planos hacían eco hasta de las células mitóticas que se estiraban multiplicándose. Las flores de varios colores pincelaban maravillas y los tallos verdes se erguían como nunca.

El problema principió en las amapolas. Uno de los granos de polen conseguía unirse al gameto femenino de la flor y la claridad diurna fue suficiente para reflejar “perfectamente” su suceso entre ambos espejos.

Como metiéndose infinitas veces dentro, la imagen aquella causó lo impensado. Una amapola gorda, que contenía otra en su interior y otra y otra... dio lugar al primer individuo de esa nueva categoría.

Quienes comieron luego semillas de la amapola, que se usaban de aderezo sobre pan para hamburguesa, empezaron a infectarse con aquella génesis múltiple.

Alrededor de doce meses después, varias madres primerizas dieron a luz niños conteniendo un segundo bebé dentro. A su vez el bebé pequeño contaba con una tercer criatura peritoneal.

La sucesión no concluía y hasta donde se había podido investigar, existía un cuarto muchacho, un quinto y un sexto de apenas micrones. Todos vivos. Respirando y alimentándose con la ingesta del mayor.

La salud de cada uno de esos niños “externos” parecía normal. La única disimilitud macroscópica con los bebés comunes era su gordura. La panza se les agrandaba a un ritmo mucho más acelerado que a los típicos *gorditos*.

Tsoreto fue alertado de la novedad genética y junto con la Sargento Pérez se embarcó hacia las Islas Sandwich del Sur. Allí el detective había conocido a un equipo de elite, integrado por científicos de varias partes del planeta.

-¿Por qué en las Sandwich y no en algún paraje más templado?- se quejó Silvina mientras cruzaban la península de Valdés tripulando un aeroplano de la policía.

-Ahí hay un laboratorio único. No estás informada de ello, como casi nadie, pero en el dos mil cinco fuimos visitados por gente de otro lugar- Iemepé tomo fuerza como para explicar una historia poco fácil de ser creída.

-En realidad- prosiguió, -del mismo lugar que nosotros pero de diferente... *situación*, podríamos conjeturar.

-¿Conjeturar?- procedió a irritarse la Sargento. -¡Habla claro, quieres!

-Ok. Trataré de resumírtelo- Iemepé no quería aburrir a su compañera. Estimó que debía estar ovulando en esas fechas, por lo que la retención de líquidos aumentaría su presión encefálica y consecuentemente contaría con menos pulgas de lo normal -se irritaría más fácil.

-Hablando con ellos descubrimos impensadas afirmaciones. Así como existimos los terrícolas y todo el resto de planetas, galaxias y lo que se te pueda ocurrir, también existe aquí y ahora otra realidad. Y no sólo otra en singular. Existen “otras” formas de dimensiones que no son compatibles con lo que nosotros conocemos como dimensión... es decir largo, ancho, alto, etc.

-¿Etcétera?- inquirió la oficial esperando saber como continuaba la enumeración de nuestras dimensiones.

-No me hagas salir de tema- atajose Tsoreto; -hace un rato me pediste justeza y rapidez en la explicación, así que permíteme proseguir.

El silencio frunciendo hacia el centro su rostro fue la respuesta de Pérez. El investigador continuó.

-Esta gente que por accidente se apareció de repente, estuvo investigando con científicos terrestres para encontrar la manera de retornar a su fase dimensional. Los experimentos se llevaron a cabo en las islas hacia donde nos dirigimos ahora- Pérez permanecía fruncida y muda.

-Uno de los intentos por regresarlos hizo que se reflejasen hacia adentro infinidad de veces. Como algún tipo de introrreproducción automática, el

mayor de ellos empezó a engordar y engordar. En su panza había más y más de él mismo.

-¿Eran como nosotros?- se interesó Silvina.

-Parecidos- aclaró Iemepé. -El individuo infectado pudo curarse y la investigación concluyó cuando el equipo dio en la tecla y los enviaron de vuelta. ¿Me entendiste?

Pérez estaba ensimismadamente pensativa: -Creo que sí. Hay otras realidades paralelas que conviven con la nuestra y esta especie de enfermedad de los niños que nacen uno dentro de otro está relacionada con eso.

-¡Exacto! Y en las Sandwich pudieron curarla. Los *viroftásicos* nombraron al mal “croquetismo”.

-Imagino que *viroftásicos* son esas personas de la otra situación dimensional- intuyó la compañera de Tsoreto que ya estaba en onda con aquella explicación futurista.

-No es muy distinto al caso que resolvimos juntos del tal Perrónidas- recordó Silvina. -¿Te acuerdas?

En ese momento tuvieron que ajustarse los cinturones. El detective forcejeaba con el manubrio mientras atravesaban unas nubes de tormenta.

...

Volaron tres horas más. Por las ventanillas se divisaba ya una estrecha pista de aterrizaje.

-No la usaremos- sonrió Tsoreto mientras buscaba bajo su butaca una especie de control remoto.

Luego de tocar una clave en los botones del aparato, por la costa este emergió una estructura de gran porte. El agua de mar escurría en catarata dejando una lustrosa acera negra amplia y muy larga para facilitar el descenso de la aeronave.

-¿Vive alguien aquí?- preguntó la Sargento.

-Nadie. El clima es muy inhóspito para quedarse. Por otro lado los científicos del laboratorio no están en el planeta.

-¿¡Eh!?

-Se fueron con ellos- siguió Iemepé. -Tenían la oportunidad de experimentar misterios que nunca habían ni imaginado y la aprovecharon. Abandonaron sus vidas aquí y fueron dados por muertos en forma oficial.

Aterrizaron.

Luchando contra ráfagas huracanadas que les congelaban las orejas, los policías se arrimaron hasta la entrada del centro de investigaciones. Tsoreto tecleó otra contraseña en el mismo aparatito con que había hecho surgir la pista y pudieron entrar.

Adentro, el aroma a grasa matizado por bahos de naftalina le arrancarían una tosidas a cualquiera. Silvina Pérez casi escupía sus pulmones. El investigador la agarró fuerte con sus dos mugrosas manos.



-Acostúmbrate- le ordenó. -Si no, no dejarás de toser nunca.

Minutos más tarde la Sargento se contuvo.

El edificio tenía forma bilobular, como si fuera una letra ge con dos panzas. En el ala norte había oficinas. Ingresaron y rastreando entre archivos Tsoreto halló una carpeta bastante gruesa con la etiqueta de "CROQUETISMO".

-Ésta es- se alegró.

Las habitaciones estaban preparadas para mucha gente, así que no tuvieron problema con el lugar. Los ambientes eran bastante fríos pero unas horas después de encender la calefacción central se palpaban agradables.

Por la noche Iemepé salió a pescar y regresó en poco rato cuasi congelado, con un enorme pez para la cena.

Estuvieron varios días leyendo apuntes y probando aparatos. Al fin, decidieron viajar a otras fases paralelas para buscar la respuesta. El detective había presenciado todo lo ocurrido en el pasado pero no comprendía muchos de los formulismos y anotaciones que encontraban.

La forma de defasarse era bastante simple. Unos relojes pulsera de apariencia inofensiva se encargaban de todo.

-No sentirás que viajas- tranquilizó a la mujer que temblaba de miedo antes de girar las manecillas. -Tan sólo dale una vuelta hacia adelante y las cosas se saldrán algo de foco. Luego la regresas y ya está, habremos cambiado de situación dimensional.

-¿Lo hiciste alguna vez?- quiso saber Pérez para poder confiar más en esas palabras.

-Treinta y cinco- mintió Iemepé, que había leído muy bien las instrucciones de los relojes y prefería engañar a su colega para que abandonase nervios inútiles.

"Aquí vamos"

Giraron la perilla dorada. Tal como enseñaban las libretas escritas por el científico que había armando los relojes defasantes, todo se veía doble. Como si embizcasen los ojos. Unas cosquillas suaves pero picantes les recorrían cada trozo de piel.

Volvieron hacia atrás las manijillas y todo fue entonces azul.

No lograban obtener sensación táctil del piso -como si este no existiera- pero ni flotaban ni caían.

Se hallaban de pie uno junto al otro. Tomados de la mano dieron varios pasos. Creían estar avanzando hacia algún sitio pero no podían comprobarlo porque todo era igual.

-¿Cómo se vuelve?- inquietóse Silvina.

-¡Esperen!- oyeron a lo lejos. Se voltearon y muy pequeño corría hacia ellos otro humano.

Cuando estuvo más cerca Tsoreto lo reconoció: -¡Doctor Anderson, qué gusto verlo de nuevo!

Anderson era uno de los investigadores que se habían defasado hacia tiempo.

-¿Qué tal esto, investigador? Vio usted que no quería venir- le estrechó la mano sonriente el científico.

-¿No era que lo habías hecho treinta y cinco veces?- se molestó Silvina. Tsoreto se disculpó con un guiño de su único ojo.

El inglés saludó a la Sargento y les describió lo que veían. -Será fácil de relatar cuando regresen. ¿No les parece? Los detalles para recordar se resumen en una única imagen completamente azul.

-Esto es lo que nosotros vemos con nuestra manera de mirar- continuó. - En realidad aquí mismo hay una gran metrópoli donde habitan millones de individuos. Para ellos su realidad es totalmente normal. No son seres más avanzados, ni viajan por otras dimensiones ni nada de eso. Simplemente su "entidad", su propia característica existencial difiere de la nuestra.

-Las leyes físicas son totalmente diferentes. Hasta la misma lógica es concebida de otra manera. Para darles un ejemplo- se entusiasmó, -uno diría que si A está incluido en B, entonces B es mayor que A o al menos es igual al mismo A. En esta fase nada de eso tiene sentido. No pueden pensar en la inclusión más que como mera ficción. Ellos viven y se mueven de adentro a afuera como nosotros nos movemos caminando por la calle. Convergen o divergen a gusto. Por tanto el tamaño de las cosas juega aquí un papel similar a la materia en nuestro cosmos. No se es gigante o pequeño. Sólo se es en ese sentido.

-¿Recuerdas la enfermedad del croquetismo?- lo vio a Tsoreto.

-Por ese motivo vinimos hasta aquí- indicó Iemepé. -En nuestra situación dimensional empezó a nacer gente metida adentro de otra infinitamente.

-Han dado con la persona indicada- levó sus mofletes el inglés sentándose sobre la nada.

-Les explicaré- dijo y se arremangó la camisa. -Cuando investigamos con Perkins el caso de los *viroftásicos* encontramos que existía una probabilidad distinta de cero de que ocurriera lo que me cuentan. El croquetismo se inicia en *alfa* como un efecto óptico. Ah, le decimos *alfa* al lugar donde nosotros nacimos... ya saben. Esta parte de la realidad se llama *xi*.

-Les decía que el croquetismo puede ocurrir por la interferencia masiva de fotones entre planos reflectantes exactamente paralelos. El tiempo de interferencia es importante, ya que con él la probabilidad de mutación dimensional crece.

-Los fotones van y vienen como atrapados. Pero sus choques suceden realmente y empiezan a ser presa de un efecto enlentecedor. Hasta que, si y solo si se da la ínfima posibilidad de que más de trece de ellos impacten a una velocidad determinada en el mismo punto, y si se suma que justo allí encuentran genes de algún ser vivo en el proceso de replicarse, sus partículas mutan de fase y la reproducción celular se va completando hacia adentro o hacia afuera.

-En *xi* sería lo más normal y nadie observaría rarezas. Pero en *alfa*, eso no coincidiría con lo esperado.

Resultaba complejo de entender. Pérez y el mismo Tsoreto notaban varias cosas que no cerraban de la explicación. Pese a ello les urgía hallar las soluciones que los habían llevado hasta las australes islas.

-¿Cómo lo curamos?- se impacientó el detective.

-Transporten a cada bebé infectado hasta *xi* y posteriormente de *xi* a *alfa*. En el defasaje se corregirá la vorticidad- recetó con precisión Anderson.

-¿Y volveremos con un bebé o con varios bebés idénticos?- se preguntaba Silvina. -¿Acaso varios de ellos quedarán viviendo aquí y uno solo regresará con nosotros?

El doctor les indicó que no habían comprendido aún correctamente la naturaleza de lo que les explicaba, pero les aconsejó regresar rápidamente para no perder más días. En *xi* los segundos equivalían a horas de vida *alfa*. Los tranquilizó asegurándoles que no había nada que temer con los niños croquéticos. Para que comprendieran más fácil aseguró que sólo se curarían.

-Ah- recordó Anderson. -Es muy factible que sea una planta la contaminada. Búsquenla y recuperénela haciendo lo mismo que con los niños.

Los policías agradecieron y se despidieron del científico. Cuando giraron en sentido opuesto las manecillas de sus relojes notaron que lo azul perdía foco. A los dos les pareció haber observado por un instante bellos pasajes iluminados a los lados y gente andando de aquí para allá. Enseguida volvieron las perillas a su lugar original y estaban de pie en la sala del centro científico de las Sandwich.

Tsoreto lanzó tremendos gases, eructos y se defecó y orinó encima. Avergonzada, lo mismo hizo Pérez. La barba negra del detective crecía hasta fuera de la máscara y Silvina también se veía bastante peluda.

Encendieron la radio satelital. Habían transcurrido tres semanas desde el defasaje...

El resto ocurrió como había predicho el británico. Los niños se recuperaron y volvieron a *alfa* flacos. Oliendo pistas y apartando las defensas de la diosa del enigma, Tsoreto llegó a los brotes que nacían a pocos centímetros del piso en el invernáculo de la universidad. Seguían croquetidos así que los llevó y los trajo de vuelta.

Todos los focos de defasaje habían ya desaparecido de *alfa* y por la minúscula probabilidad que rodeaba a una nueva ocurrencia de algo por el estilo, seguramente nunca más sucedería.

El secreto fue guardado con perfección por ambos detectives y los relojes restituidos a los cajones de donde Tsoreto los quitara en aquel inhóspito laboratorio, allá por el Sur de la Tierra.

El nombre *alfa* ya carecía de sentido. La existencia seguiría linealmente el devenir de los siglos y moriría el misterio guardado en los cerebros de la Sargento Silvina Pérez y el Investigador de la Máscara de Plata, que... en *alfa*... continuaría haciendo justicia.

**El orden de prioridades en campamento**

Cuando Tsoreto iba de campamento, siempre estaba a cargo de la instrucción de los cadetes en temas de supervivencia.

Esa vez, el sitio elegido había sido Sierra de la Ventana. Los profesores querían despegarse algo más de la formación tradicional y armaron un plan para conseguirlo. El tercer día desaparecerían durante la noche, dormirían al guardia con barbitúricos y no volverían a aparecer durante las catorce jornadas restantes.

El único que podría permanecer en acecho sería Iemepé. Según la planificación, aparecería cada tanto para introducir técnicas que los cadetes no dominaran. Las materias posibles eran diversas y serían escogidas por el detective según resultase el devenir de los hechos.

...

Los micros del cuerpo policial descendieron por la pendiente coronada con el título "Villa Ventana". Eran seis. En ellos viajaban doscientos noventa cadetes de cuarto y quinto año. Fruto de la reunión de varias escuelas, la ocasión era buena para conocerse con sus futuros colegas. Aunque existía una mayoría masculina, se contaban también ochenta futuras policías.

Pronto estacionaron al borde del área de acampe. Ordenadamente descendieron y vaciaron el equipaje. Cada estudiante portaba un bolso de mano azul marino y otro más grande del mismo color. Los bultos amontonados en la baulera del último colectivo, que era el más largo de los seis, fueron retirados al final.

Se trataba de carpas iglú camufladas, hachas, palas, picos, faroles y otros implementos útiles para aquella aventura. Amontonarlas prolijamente no traía inconvenientes porque las cajas tenían todas idéntica forma y tamaño.

Cuando el transporte se hubo retirado, el oficial a cargo formó en herradura a todas las tropas. Izaron la enseña patria, gritaron algunas frases acostumbradas que lograban enardecer los corazones y pasaron a oír las primeras instrucciones de campo.

A cada uno se entregó un rollo plástico; una especie de porta cepillo dental. Adentro estaban enumeradas una decena de misiones.

La primera los separaba en setenta patrullas de cuatro o cinco personas. Un cadete a elección debía ser nombrado guía y adoptarían en no más de diez minutos un nombre para presentarse al resto y un lema secreto.

La segunda indicaba dónde debían armar su carpa. Describía una serie de implementos a retirar de intendencia para delimitar su sector y enumeraba las construcciones obligatorias a levantar. Entre ellas había una cocina, un tendedero para secar la ropa, una trinchera, dos estanterías, la mesa con bancos para almorzar y cenar, un oratorio y otras tantas. Todo debía completarse en tres estrechas horas.

Cumplido ese lapso, las patrullas deberían estar formadas dentro de su rincón en perfecta escuadra; los oficiales de turno pasarían revista y recién entonces estarían autorizados para encender los fuegos y empezar a cocinar.

Lloviese, tronase o fuesen acariciados por la tibieza de febo, las tareas eran idénticas. Cada patrulla debería implementar las variantes necesarias según el clima, pero no se tolerarían apartamientos del plan original.

Todo marchaba viento en popa hasta que leyeron la tercer tarea encomendada. Cada uno de los puntos debía tildarse en el pergamino cuando estaba completo. La totalidad podían leerse desde el primer instante, pero el detalle de lo que contenían iba siendo entregado por los instructores a medida que se avanzaba.

El tercer punto se llamaba “Combate nocturno entre patrullas”. Sonaba divertido, pero los cadetes se asustaron al leer las instrucciones...

Esa noche -la primera de todas- los estudiantes de imaginaria ni sentirían la tentación de pestañar. Se le llamaba imaginaria a la guardia montada en cada rincón.

Para el entrenamiento, la fuerza había puesto en libertad condicional a tres de los peores asesinos que custodiaban los barrotes. Eran tan renombrados que al leer sus apodos en el papel hubo multitud de escalofríos. Por cada cadete que mataran, se les reduciría un año la pena impuesta por la justicia. Ese había sido el trato.

Los alumnos temían por sus pellejos y además estaban contrariados por lo injusta y descabellada que parecía aquella actividad.

Más abajo, el detalle de esa tercera prueba seguía explicando sus reglas. Los efectivos debían entregar al cuerpo de oficiales las pistolas y todo tipo de armas blancas que llevaran consigo. Los criminales tampoco contarían con revólveres ni cuchillos. Sólo dispondrían de los utensilios que se hubiesen podido construir con ramitas, prendas de su propia ropa o algo por el estilo.

Por cada asesino que capturara vivo una patrulla, sumaría cien puntos al cuadro general. Al fin del campamento, los miembros del grupo con mayor puntaje serían condecorados por el Comisario General.

Si a la mañana siguiente se contaba sólo con el cadáver de los asesinos, por cada uno sumarian solamente diez puntos. La diferencia era grande. Pero no sabían cómo se podría controlar el combate con semejantes personajes.

Otra regla permitía robarse convictos entre patrullas y utilizar cualquier tipo de treta que se les ocurriese para contar con los presidiarios cuando se oyera cantar al gallo por segunda vez.

Tsoreto observaba de cerca a varias patrullas, pero tenía especial interés en una denominada “Los cuatro fantásticos”. Entre sus miembros estaban María José Figaró y Lisandro Nieto. La chica era hija de un colega y la conocía desde niña. Sabía de sus habilidades fuera de lo común y tenía fe en que se transformara algún día en una superpolicía.

Lisandro también poseía dotes extraordinarios. Lo había apadrinado durante sus primeros años en la escuela policial y le resultaba bien conocido. El muchacho había ascendido antes de tiempo a causa de una nota presentada por Iemepé, donde detallaba su excelente desempeño, destacando el arrojo valeroso y la capacidad para la pelea cuerpo a cuerpo.

*Los cuatro fantásticos* tenían un plan recién salido del horno. Las primeras horas andarían a escondidas como observadores. Mientras tanto dispondrían de un buen tiempo para trenzar cuerdas con los vientos de otras carpas o con fibras vegetales que pudiesen conseguir. Esas sogas serían lo único necesario para mantener atrapados a los delincuentes hasta el momento indicado.

Uno del equipo, de estatura considerable y aspecto tosco podría ser maquillado para asemejarse al *Puerco*, que resultaba ser uno de los tres malhechores liberados para aquella actividad.

Así lo hicieron. María José, Lisandro y el otro muchacho andaban disimuladamente entre carpas y a veces camuflados tras el follaje de alguna planta. Mientras tanto trenzaban gruesos cordeles que podrían sujetar hasta un elefante.

El falso *Puerco* se escabulliría con la intención de distraer la atención del resto de patrullas y en la esperanza de contactar a los otros dos presidiarios y conducirlos hacia su propio rincón para capturarlos.

Pasaron las horas y el despliegue de cadetes estremecía los escondrijos del mismo suspenso. Los pocos que habían decidido montar imaginaria sudaban frío. Sin poder de fuego alguno, con la sola munición de sus nudillos exponían el pecho a la intemperie delictiva.

Hubo gritos, riñas tumultuosas, corridas por doquier, saltos desde las copas de los árboles, enredadas con cordones, golpes de tronco y otra variedad de espectáculos.

Se oyó un primer “kikiriki”. Las pautas que muchas de las patrullas habían dispuesto para terminar la acción se pusieron en marcha. Pronto el segundo y esperado canto puso fin a la sangrienta competencia y los oficiales se hicieron presentes en la plaza central.

-¡Cada patrulla retorne a su sitio! ¡Los cautivos cesen sus intentos por zafarse y prepárense a ser registrados!- ordenó a viva voz por un megáfono el responsable de la operación.

Ayudados por la luminosidad amaneciente y unas linternas potentes, los instructores fueron relevando cada rincón.

Tres patrullas habían sufrido bajas, incluida la de *Los cuatro fantásticos*. Pese a ello, el equipo que Tsoreto había observado con mayor interés tenía en su poder a dos de los delincuentes vivos.

El tercero había sido atrapado por *La langosta*, una trup de cuatro cadetas, que estaban rozagantes por la victoria conseguida.

En formación se entregaron puntos a uno y otro equipo. Viéndose ahora con mayor claridad los rostros, cayeron todos en la cuenta de que los tres atrapados habían sido cadetes disfrazados. Uno era el mismo *Puerco* falso que conocemos. Los otros dos eran jóvenes que también tenían un especial parecido físico con los delincuentes mencionados en el pergamino explicativo.

Devueltos ya los cautivos a sus patrullas originales, el entrenador de lucha explicó que realmente no se había liberado a ningún preso real. La selección de cada presidiario se había llevado a cabo considerando su

parecido con algún estudiante en especial, dando por seguro que al menos a alguna de sus patrullas se les ocurriría emplearlos como anzuelo. Así acababa de suceder no con uno sino con todos ellos. El plan previsto había dado resultado. Pasó entonces a entregar puntuaciones igualmente importantes, premiando el accionar apuntado durante la noche por los oficiales observadores.

Como estimaba Tsoreto, *Los cuatro fantásticos* quedaron entre los diez primeros.

Casi nadie había dormido. El instructor mayor sonó su silbato y hubo que ponerse a leer el nuevo pergamino de detalle que les acababan de entregar.

La cuarta tarea mandaba escalar con premura una de las sierras. En el abra los esperaba la brigada de paracaidismo para poner a prueba el temple de cada patrulla.

Varios tobillos resultaron esguinzados y hasta hubo una pierna fracturada. Los cadetes debieron ejecutar una treintena de saltos, cruzar extensas redes, bucear por caños de desagüe repletos de líquido, serpentear por camas de barro y trepar por sogas verticales ayudados por nudos algunas veces y otras no.

Con el último brinco descendían lo escalado previamente en tiempo récord. Sujetados a un parapente se lanzaban desde el borde abruptamente recortado de una serie de acantilados. Abajo eran recibidos por Tsoreto, que cuando la patrulla estaba completa les entregaba la explicación del punto cinco.

-¡Queremos dormir!- se les escuchaba a muchos balbucear entre dientes. El investigador se reía tras la máscara y les recordaba que al mediodía tendrían que representar lo que les correspondía de la obra.

El número cinco intitulábase “La actuación”. Los detalles narraban un extenso cuento antiguo. Cada equipo tenía encargado un papel específico, del que debía escribir y memorizar los libretos para llevarlos a escena. La obra completa sería filmada y televisada por un canal de cable.

Pese a sentirse más que agotados, los actores improvisados se hacían reír entre ellos. Los yerros, las finezas artísticas y un arsenal de técnicas escénicas inventadas, confirmaban la adecuación perfecta del quinto punto para ese momento del día.

Cocinaron y estaban terminando de comer a las tres, cuando un inoportuno silbido metálico los llamó nuevamente a formar.

-Aún no hemos podido descansar- se murmuraba entre otras protestas.

El silencio tomo presencia cuando se apostaron en la herradura. Excepto el enyesado, los cadetes mantenían posición de firmes.

-Descanso- ordenó quien dirigía. -Se les hace entrega ahora del desarrollo de la sexta pauta contenida en el primer pergamino principal. Sepan que estos diez puntos son sólo los iniciales. Durante las diecisiete jornadas en el campo escuela los esperan incontables compromisos. Espero que hayan comido bien y estén descansados- les indicaba el instructor viendo seriamente a los ojos a cada uno.

Hizo un espacio, como para que digirieran sus palabras. Justo cuando el cadete de mayor rango, que era el único autorizado a interrumpir sin permiso el discurso de un oficial, se disponía a hablar, el instructor continuó. Les mandó realizar flexiones de brazo allí mismo.

Cuando estaban de pie, con lo que les restaba de aliento y tratando de no devolver el almuerzo llegaron a escuchar: *“Tienen un minuto para leer las instrucciones. Al llamado de la chicharra habrá otro minuto más para ocultarse. Rompan filas.”*

Lo tipeado en aquella hoja resultaba difícil de entender. Usaba castellano antiguo y varios términos sonaban diferentes.

Esto se equilibraba con su estrecha longitud y el minuto que corría les alcanzaba justo.

-¡Prrrra...!- gritó una bocina venteadada electrónicamente. Todos los alumnos se alejaron de la plaza. Algunos entraron en las trincheras y otros se ocultaron más allá.

La disputa principió con granadas de humo y balas de goma. Siete profesores de tiro se desparramaban entre las posiciones tomadas por las patrullas e intentaban impactarlos. Los huecos bajo tierra pronto debieron ser abandonados, humaredas de gases irrespirables los invadían con facilidad y nadie podía resistir allí dentro.

Las pruebas se sucedían una tras otra. Acabaron el primer pergamino principal y durante la segunda noche, cuando todos rogaban por unas gotas de descanso, el Comisario local se presentó trayendo el pergamino principal número dos.

Poco pudieron dormir. La tercer mañana estaba lluviosa y mantenerse parado parecía ya sobrehumano. A las seis inició una práctica deportiva tipo tocata. Algunos se veían tremendamente marrones del barro y Tsoreto sintiose más a gusto.

Por fin, esa noche podrían roncar sin percances. El oficial a cargo admitió que no se realizaran las imaginarias por rincón y en su lugar dispuso un guardia único para todo el campo, con turnos de media hora.

Todo había sido a propósito; para llegar a esa situación los hubieron agotado a tal extremo. Cuando dormían, el cuerpo de oficiales montó a caballo; un Capitán sedó al guardia atrapando su respiración con una gasa embebida en cloroformo y luego emprendieron raudo trote hacia el poblado cercano.

El único que quedó en campo –tal cual contamos al principio-, fue el Investigador de la Máscara de Plata.

Los cadetes despertaron como a las dos de la tarde. Cayeron en la cuenta de las ausencias y se organizaron para poder continuar con la instrucción. Tenían treinta puntos aún pendientes del último pergamino. Hicieron la comida y con el cadete principal a cargo continuaron sus labores.

Nadie se había percatado de la presencia de Iemepé. Pese a sus aromas marcados, el detective sabía cómo ocultarse cuando era necesario.

Cuando oscureció no dejaron de vigilar, pero de alguna manera al despertar, las bolsas de dormir se encontraban esparcidas bajo la luz tímida



de las estrellas. Habían desaparecido las carpas iglú y cada uno de los implementos que facilitaban su supervivencia.

Ahora les quedaban las bolsas, los uniformes que llevaban puestos y los pergaminos indicando lo que había que hacer.

El cadete a cargo envió dos hombres hasta el pueblo para conseguir refuerzos en la comisaría, pero cuando se alejaban fueron alcanzados por certeros disparos de Tsoreto. Sus muslos perforados les impedían caminar y pudieron tan sólo regresar a campamento a la rastra una hora después, con la noticia de que nada habían logrado averiguar.

Empleando los cortaplumas y algunas plantas que habían estudiado en las clases de supervivencia de tercer año, atendieron a los cadetes heridos.

Esa tarde oyeron un silbato que los llamaba a reunirse en la plaza central.

Ver al investigador alegró muchos agitados corazones y permitió que la ronda de jóvenes efectivos buscara el equilibrio entre la distancia máxima para no oler y sí escuchar.

-En lo que sigue nos veremos en reiteradas ocasiones. Deberán cuidar sus espaldas porque las balas ya no son de goma como antes, ni los criminales serán falsos. Lo habrán notado ya las piernas de sus dos compañeros- les prevenía Tsoreto ironizando con dureza.

-Si sobreviven- continuó, -serán hombres y mujeres dignos de la fuerza. Si no lo hacen, mueran con dignidad. No permitan que el destino se lleve también su coraje, ni su valentía, ni su honor.

Los rostros sucios y concientes de aquellos jóvenes lo decían todo, pese a que no pronunciasen palabra mientras oían a Lemepé.

-Recuerden la CALMA y los cinco principios de supervivencia. Aplíquenlos para poder continuar con sus pruebas. Este es el primer desafío- expresado esto, el policía echó a suelo unas bolas explosivas y cuando la humareda se disipó, notaron que ya no estaba... como los ninjas.

Las experiencias fuertes pasaron. El detective aparecía y desaparecía de diferentes formas. Los físicos y espíritus de sus alumnos iban templándose forjados por el sudor y las grietas agrietadas por el viento.

El décimo tercer día llegó en una liana. Traía consigo varios cocos de palmera y un paquete grueso. -¡Vengan todos que les traigo buenas nuevas!

En minutos, la ronda habíasele constituido en derredor. Tsoreto repartió los cocos y mientras bebían el jugo laxante les habló de prioridades.

Conversando fueron recorriendo los sucesos y definiendo qué era más importante y qué menos. Ese ejercicio era la chicha del gusano; el bicho del caracol; el corazón del campamento; el nudito del ombligo.

-Una vez que la persona es capaz de ordenar claramente las prioridades- resumía el investigador, -ya nunca las olvida. Un sabio deportista uruguayo me enseñó que durante las situaciones límite, se ordenan fácilmente dichas prioridades. Ustedes no han llegado en el campamento a sus verdaderos límites. Quizá nunca en la vida los alcancen, porque sé que son valerosos y

sus extremos habitan en la lejanía de lo posible.- Tsoreto estaba por aclararles uno de los secretos de la vida y la inspiración lo poetizaba.

-Ordenamos muy bien las cosas como el agua, la salud, el refugio, la comida, el estado mental y otras tantas. Pero nos falta algo. Lo mejor. Lo que siempre puede sacarnos de una entramada por más siniestra y adversa que parezca. La clave del futuro, del pasado y el cristal fundamental del acampe.- El investigador había llevado de eso en la bolsa papel madera que tenía a su lado. Disfrutándolo, quería que cada uno nunca olvidara aquel mensaje.

Hizo un espacio de varias redondas para dar tiempo al ingenio de los muchachos.

María José se sentía muy nerviosa pero creía acertar de qué se trataba. Lo mismo le ocurría a Lisandro. No lo sabían, pero si algún cadete se animaba a dar la respuesta correcta al enigma suspensivo que Tsoreto había dejado picando, significaría que ya estaban listos para recibirse.

Lisandro se animó. Parecía que el corazón se le salía por la boca. Pero venció aquella presión neumática y levó la mano derecha con firmeza.

-Señor- alcanzó a articular.

-¡Lo escucho!- respondió Iemepé con semejante energía que el cadete quedó paralizado. También el resto estaban tiesos de miedo.

-E...l-, -¡¡¿El qué?!!- lo abofeteó el investigador en palabras.

Lisandro se estiró con las manos hacia atrás como abriéndose el pecho y tomó aire.

-El chorizo colorado- concluyó.

Iemepé no sonrió, ni gritó, ni nada.

-Venga conmigo por favor- le ordenó. Cuando estuvo al lado le pidió abriese el paquete.

Dentro había docenas de deliciosos chorizos rojos como el mismo latido del tiempo.

-¡Atención! ¡Firmés!- Tsoreto buscó en su bolsillo una insignia de metal. Eran dos estrellas plateadas. Lisandro estaba en frente y mientras permanecía en perfecta línea le fue descosido su rango de cadete. Iemepé terminó la extracción, le dio al muchacho sus antiguos galones y sobre ambas charreteras calzole sendas estrellas.

-¡Subteniente Nieto, lo saludo!- sentenció y extendió su mano mientras el resto aplaudía a rabiar.

Acabado el festejo, el detective dio las instrucciones para continuar con las pruebas. El flamante oficial solicitó seguir participando en el campamento de supervivencia y le fue concedido.

María José y otros pocos que también habían intuido la especial respuesta, comprendieron que requerían más valor para complementar su ingenio. Y trabajaron duro para forjarlo.

El acampe resultó todo un éxito. Los cadetes habían recibido tremenda instrucción y resultaron a posteriori fantásticos doscientos noventa policías.

Reunidos con otros oficiales, disfrutando de la última noche que había resultado calma y estrellada, Tsoreto, Lisandro y el instructor de educación física mateaban fuerte y degustaban preciosas rebanadas del colorado manjar.

-Nada comparable a esto- suspiraban.

-Por cierto, ¿cómo te apellidas?- le preguntó el Subteniente al investigador que ya tenía por amigo.

Tsoreto le respondió al oído, para que nadie más oyera... Terminaron el chorizo colorado y entonces, con la necesaria energía incorporada en su amorfo organismo, el Investigador de la Máscara de Plata, continuó haciendo justicia.

**La solución del intrínquilis computado**

El investigador se hallaba tras la pista de una interminable serie de mutilaciones.

Algún maniático, tal vez coleccionista, solía detener individuos con la excusa de asaltarlos. Una vez que lograba llevarlos a un sitio oscuro les exigía la entrega de algún objeto con el que la persona no contase. Si la treta no resultaba, seguía exigiendo nuevos objetos hasta conseguir lo que buscaba: que el individuo asaltado no pudiera satisfacerlo.

En esos intentos, había llegado a pedir un billete de veintiún pesos y hasta una última mirada intensa y prolongada, de quince minutos, de forma que la persona no alcanzara a resistir sin pestañar tanto tiempo y él mismo hubiese obtenido entonces motivo para cometer su crimen.

Lo que seguía era doloroso. Sacaba su sierra y asegurándose de que la víctima no se moviera le serruchaba el miembro buscado.

En los mejores casos era un dedo del pie. Pero también cortaba dedos de las manos, manos enteras, brazos, piernas, narices y cualquier cosa que sobresaliera.

Todas las mutilaciones registradas podían encerrarse con un círculo poco más grande que el gran Buenos Aires, incluyendo a la ciudad Capital.

Iemepé recordó las pasadas catalepsias en Tucumán al observar encolumnadas las direcciones de las últimas víctimas. Llegó hasta el principio y notó que todas terminaban en unos y ceros. Siempre vivían en *Cullen 4020* ó en *Libertador 3271* ó algo por el estilo. Los unos y ceros se usaban para el código binario de las computadoras...

Tsoreto extendió un plano de la zona sobre su escritorio y empezó a controlar los puntos rojos que marcaban el sitio donde se había consumado cada ampute.

El resultado consistía en un revoltijo de manchitas. Ningún patrón de distribución. Ningún aparente sentido.

Iemepé transcribió las direcciones a la computadora y ensayó colores diferentes para sucesos pares e impares, para los ocurridos en el mismo día, y otras tantas variantes.

Un rato después, se lo oyó decir: -"Estireno"- descubrió que si asignaba una tonalidad diferente a cada mutilación, según el día de la semana en que hubiese sucedido, se conformaba un dibujo particular. Usó amarillo para los lunes, verde los martes y así seguía. El resultado de unir los puntos era un hexágono y contenía en su centro un círculo. También en alguno de los vértices se despegaba una especie de banderita con dos líneas paralelas en su paño. Según olió Tsoreto, eso era química. La forma no le dejaba dudas: estaba viendo la molécula del estireno.

Pero por qué aquella sustancia. La pista dejada por el criminal ¿Conduciría a fábricas de plástico poliestireno? ¿Habría alguna relación entre las letras de la palabra, cierta combinación quizá?

Probó la última hipótesis y notó que “estireno” contenía todos los caracteres necesarios para formar su nombre. Asíó papel cuadriculado y dibujó esto:

<b>E</b>	<b>S</b>	<b>T</b>	<b>I</b>	<b>R</b>	<b>E</b>	<b>N</b>	<b>O</b>
	2	1		4	5		3
		6					7

Sumó los números y consiguió esta cifra: 0270450-10. Probó con el discado telefónico pero no conducía a nada. Averiguó de cuentas bancarias, números de vuelos en los últimos años, series de micros de larga distancia... Nada.

Así estuvo intentando decenas de combinaciones; restando, incluyendo las letras, multiplicando... Pasaban semanas y Tsoreto seguía empeñado con sus números, sin llegar a derribar la ausencia de soluciones.

Entonces, la respuesta pareció surgir de improviso cuando un compañero que pasaba a su lado y no estaba enterado de la investigación, le preguntó *qué cosa iba en los casilleros huecos*.

Ya que no lo había intentado hasta entonces, buscó la manera de completarlos y escribió este sistema de ecuaciones:

$$\left\{ \begin{array}{l} E = \mathbf{a} \mathbf{b} \\ S = 2 \mathbf{c} \\ T = 1 \mathbf{6} \\ I = \mathbf{d} \mathbf{e} \\ R = 4 \mathbf{f} \\ E = 5 \mathbf{g} \\ N = \mathbf{h} \mathbf{i} \\ O = 3 \mathbf{7} \end{array} \right.$$

Luego, como resultaba lógico, enumeró el alfabeto:

A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27

En el conjunto de ecuaciones las letras minúsculas representaban las incógnitas, o sea los casilleros huecos de la cuadrícula original.

...Mientras la policía jugaba a la matemática, las mutilaciones continuaban. Siempre dibujando estirenos...

Una coincidencia le llamó la atención al detective:

Las únicas dos letras completas eran la te y la o. A la “T” correspondía el 16 en el enigma y el 21 en el alfabeto. A la “O”, por su parte le iban el 37 en el enigma y el 16 en el alfabeto. La diferencia entre ambas (37 – 16) era también 21.

En síntesis: una galleta que debe leerse varias veces para ser entendida.

Ensayó combinaciones diversas. La “E” en el alfabeto era el 5 y en el enigma también tenía un cinco abajo, así que completó sus casilleros con

05. Algo parecido pasaba con la “S”; era la letra veinte así que escribió “20” bajo esa consonante.

Pero no obtenía nada por más que se enroscase y enroscase. Era necesario husmear a la caza de otra fuente de información aún no considerada.

-“Los miembros”- creyó acertar.

Numerando cada vértice del estireno sobre el mapa aparecía otra aparente similitud. Todas las series de mutilaciones a lo largo del anillo hexagonal y la banderita, incluían por ejemplo:

Nariz  
Anular  
Nudillo  
Brazo  
Antebrazo  
Mano  
Índice  
Pie

O bien:

Nudillo  
Antebrazo  
Nariz  
Brazo  
Anular  
Meñique  
Índice  
Pene

Resultaba evidente que el maniático quería que se prestara atención a las iniciales. Si se las escribía a continuación de estireno en la grilla aparecía:

<b>E</b> ↓	<b>S</b> ↓	<b>T</b> →	<b>I</b> →	<b>R</b> →	<b>E</b> ↓	<b>N</b> ↓	<b>O</b> ↓
N ↓	A ↓	N →	B ↓	A ↓	M ↓	I ↓	P ↓

“En San Tibarem Nipo” no tenía sentido, “San Ti Bar Em Nipon E”...

... Tampoco.

-¡Por qué!- se tironeaba Tsoreto del grasiento cabello oscuro.

Nada funcionaba. El estireno tenía algo que ver. Las iniciales de los miembros se sucedían en un orden preestablecido. Los sistemas de ecuaciones matemáticas quizá escondían algo... pero qué.

Tsoreto recordó que cuando niño él estaba ya infectado al parecer con el amor a las retorcidas columnas de la casa de la independencía. Ese afecto imperativo que lo había llevado a observar por semanas ambos pilares, era el mismo que hubo conducido a los niños catalépticos a tocar la sustancia resinosa.

Y *Tsoreto* estaba contenido en *estireno*.

Escudriñando antiguos archivos, de las épocas ilustres del Comisario Pitsacho -papá de Iemepé-, encontró un viejo criminal que se hacía llamar “El Informador Nintendo”. Se remontaban los archivos al año mil nueve ochenta.

Las tramoyas ilegales del -en ese entonces- muchacho sólo parecían dañar los intereses de los propietarios de empresas de juegos electrónicos. El joven solía inventar procedimientos o bien descifrar contraseñas para quebrar los protocolos de protección de jueguitos de video. Usando esas palabras clave, otros niños conseguían desnudar los programas de cada juego y, o bien aprendían de ellos, o bien entendían cómo pasar a otros niveles. Los más dañinos modificaban el programa y lo reinsertaban en las casas de juegos para que no funcionasen y los otros jugadores perdieran su interés.

Había también adultos que aprovechaban las contraseñas para copiar desarrollos y patentarlos como propios luego de introducirles ciertos cambios.

*El Informador Nintendo* había sido detenido por Pitsacho y condenado a pagar cuantiosas multas. Desde entonces, nunca más se lo había visto.

Iemepé revisó otra vez la grilla inicial donde había escrito *estireno...*

<b>E</b>	<b>S</b>	<b>T</b>	<b>I</b>	<b>R</b>	<b>E</b>	<b>N</b>	<b>O</b>
	2	1		4	5		3
		6					7

Quitando “TSORETO” aparecían las iniciales del malviviente (EIN). Eso no parecía fruto del azar.

Revisó las guías locacionales, con las que se realizaba el seguimiento de cada detenido luego de liberarlo. Sin muchos tapujos, allí se mostraba la dirección del *Informador*.

Durante la noche, el detective se presentó en el presunto domicilio. Haciendo uso de su baba reactiva, Iemepé mascó brea y acomodó luego la pasta resultante sobre la cerradura, porque nadie respondía a sus insistentes llamados. En instantes el metal fue carcomido. Por el hueco humeante que ya no sostenía la puerta, consiguió espiar parte del horror allí encerrado.

Ingresó.

Un hall estrecho cobijaba los cables precintados de la computadora. Con monitor más grande de lo normal y teclado muy sucio, la PC estaba encendida. Tsoreto movió el mouse para quitar el descansador de pantalla y la misma se cubrió de estrellitas. Un cartelito en medio solicitaba la contraseña.

El investigador dudó por unos instantes y probó entonces aquel término plástico: -ESTIRENO- tipeó con cautela. Rozó la tecla ENTER y la clave fue aceptada.

Era el año dos mil catorce. Las computadoras y los programas ya no se veían como esos, que parecían arrancados de principios de siglo. Iemepé

comprobó que estaba encendido el dispositivo de voz así que se le ocurrió preguntar: -¿Quién soy... Reconoces mi voz?

La máquina respondió empleando un timbre vocálico que le resultaba conocido: -Eres el Investigador de la Máscara de Plata, te había estado esperando, tardaste más de lo previsto.

Pasando aquel hall, iniciaba la estampa masacrada. Como quien cuelga sus herramientas, el *Informador* tenía dispuestos sobre cada muro, recuadros con docenas de pedazos de gente. Muy ordenados aparecían al comienzo los diferentes tipos de dedos. Todos estaban envueltos en una especie de cemento epoxi cristalino. Los cartelitos indicaban “*pulgares*”, “*índices*”, “*mayores*”, “*anulares*”, “*meñiques*” y así continuaba la macabra colección, enlistando trozos de toda clase.

En una pared del fondo, dentro de lo que sería un cuartito para guardar cosas de limpieza, aparecía el plano relevado de Tucumán. Estaban indicados los sitios donde se guardaría la resina alcalóidea y se veía el dibujo de la flecha apuntando a la casa de la independencia, idéntico al que años atrás había podido desenmarañar Tsoreto.

También estaba el plano de Buenos Aires con los gráficos del estireno esparcidos. A un costado se daba la resolución del sistema de ecuaciones que Iemepé ya había descartado.

Esperando más respuestas, Tsoreto decidió sentarse en el taburete y preguntar a la computadora. Tal vez allí hubiese más cosas para oír, dejadas por el malviviente.

-¿Cómo te llamas?- intentó.

-Soy la computadora de *El Informador Nintendo*; para servirte y darte todas las respuestas- respondió la voz conocida.

-¿Dónde está ahora el *Informador*?

-Seguramente en el infierno- estimó la PC.

-¿Y dónde queda eso?- continuó Iemepé como distraído, tomando la libreta con birrome atada de su bolsillo.

-No me comprendes- empezó a responder. -*El Informador Nintendo* murió durante los doscientos años de la Revolución de Mayo, allá por el 2010. El me programó a mí poco antes de irse, así como había programado a otras computadoras y personas. No quería que su obra se perdiese, así que dispuso todo para que tú lo descubrieras.

-¿Y cómo murió?- la interrogó Tsoreto.

-Suicidio- sentenció parcamente la máquina. -Busca su cuerpo en la pileta del baño.

El detective hizo caso a la información que recibía y fue hasta lo que parecía ser el toilette. Tras la puerta pesadamente cerrada habitaban un sinfín de bahos. En la bañera repleta de sal gruesa, se veía el cadáver descompuesto del malhechor.

Iemepé volvió en sí, abandonando el baño junto con la perplejidad que le provocaba aquel caso. Cerró fuerte para que no se agregaran más olores a los ya reinantes en esa vieja casa, y regresó con la PC.



-¿De quién es la voz con que hablas?- se inquietó, confiando más en las respuestas que recibía.

-De tu padre. Mi programador la reprodujo con exactitud.

Tsoreto se lamentó unos segundos. Impúsose a posteriori y prosiguió: - Dame la explicación completa de los planes del *Informador Nintendo*.

-Bien, te la daré. Pero primero debes ocultarte unos minutos porque tendremos visitas- le ordenó la PC.

-¿Visitas?- el policía miró su reloj. Eran las tres y cuarto de la mañana. Hizo caso al extraño pedido y se acomodó tras unos tablonés.

Allí metido pudo observar la entrada de dos jóvenes. Tendrían unos dieciocho o diecinueve años. Sus ojos parecían perdidos; como si estuviesen bajo hipnosis.

Dirigiéndose hacia los recuadros donde colgaban los pedazos de personas, los muchachos hicieron el trabajo de cementar la nariz y el dedo gordo del pie que cada uno traía y los colgaron en sendos clavitos.

Tsoreto tuvo el impulso de actuar, pero algo le decía que sería más útil aguardar a que se retiraran y continuar hablando con la computadora. Eso hizo.

-Muéstrame entonces los planes de tu programador- le exigió a la máquina.

-Bien- dicho esto, empezó a correr por pantalla una especie de presentación, donde se veía al *Informador* hablando y se adosaban gráficos y planos de todo tipo.

Empezaba diciendo: “He sido un chico malo. Pese a ello, no soporto que una historia o un juego no concluya. Así que he dejado en manos del hijo de mi primer captor la solución de este intríngulis computado que diseñé hace años.”

Y luego continuaba: “Cuando fui atrapado por Pitsacho, no tomé rencor hacia el policía, sino más bien lo incluí como parte de un gran juego maestro. Tú, Tsoreto, eres el bueno de esta historia. Y no debes temer porque terminará bien.”

-Al parecer no era tan malvado- pensó Lemepé, pero enseguida cayó en la cuenta de que estaba delirando. Los miembros mutilados colgando por doquier y la locura que cubría todo el caso, hablaban de un demente perverso.

“Para suicidarme- prosiguió el programa –bastó con que me acostara en la cama de sal de mi bañera. No me moví de allí nunca más. Debo de haber tenido la tentación, de seguro, pero mi decisión es fuerte y sé que ahora, en unos minutos, cuando concluya el armado de este mensaje, me recostaré en mi lecho final...”

Te contaba que cuando tu padre me capturó y tuve que abonar aquellas multas, introduje en varios juegos electrónicos unas imágenes subliminales para desatar la barbarie.

Entre los juegos estaba el *Camelot Warriors* ¿Te acuerdas?”

Iemepé hizo memoria. Cuando niño disfrutaba especialmente de ese jueguito. Al ganarle, la pantalla final del programa aseguraba que todo lo vivido, había sido una pesadilla. Eso húbole traído cierta decepción en aquel entonces.

“Tú también fuiste infectado...- continuó la presentación, mientras mostraba en pantalla filmaciones de Tsoreto niño acampando frente a las columnas de la casa de Tucumán, admirándolas embobado. –Descubrí lo fácil que me resultaba manipular la mente de los niños; podía hacer que les gustasen cosas, que sintieran odio, que viajasen a lugares sin conocerlos. Así que encanté a multitud de pequeños con las retorcidas columnas.

Sabía que si pasaba algo extraño en esos pagos, llamaría tu atención y te haría entrar en el juego que yo inventaba.

Durante las primeras pruebas que realicé, fue cuando estuve involucrado en el encantamiento informático. Luego decidí esperar varios años más, a fin de que tú tuvieses independencia como detective cuando se destara la ola cataléptica de niños.

Aguardé bastante tiempo pues, hasta hacer llegar los mensajes subliminales al resto de muchachos. Teniendo muchos ya listos, me bastaría con dejar programadas señales intermitentes en radio y televisión, para que los infectados se sintieran llamados, concurriesen a tocar las columnas, y fueran a quedar justo donde se les indicase.

Si funcionó bien, la computadora debía asegurarse, cada día, de reunir grupos con la cantidad indicada de gente por la mañana temprano. Entonces todos los seleccionados se enresinarían y el efecto cataléptico les atacaría unas dieciocho horas después, por la madrugada.

Estimo que habrás descubierto la flecha. Si no lo hiciste, está en el mapa del cuartito, en el fondo del departamento.

La descuartización de estos días fue similar. Programé con mensajes ocultos en los jueguitos a millares de personas. Cada uno, cuando escucha por los medios su nombre en clave, se dirige a la caza del miembro solicitado y lo trae hasta aquí. La PC se encarga de abrir y cerrar la puerta con cerrojo en el momento preciso.”

Tsoreto se quedó pensativo, analizando las coincidencias de las dos series criminales descritas con lo que él había observado. Sólo un punto no le cerraba: -Si los niños en Tucumán tocaban las columnas con resina todos juntos, ¿Por qué el día que yo aislé la casa para que nadie entrara, cayeron en estado cataléptico menos de los esperados? Eso me había hecho pensar que los muchachitos tocaban las columnas en varios momentos del día...

-¡Muy bien!- lo felicitó la máquina. –Quien me programó no conocía ese detalle porque aún no había sucedido, pero tu perspicacia lo detectó. Hay algo más que deberías suponer- dijo he hizo unos puntos suspensivos para arrancarle la respuesta.

-Si yo fui infectado por el *Camelot Warriors* como otras personas- razonaba Iemepé en voz alta, -también debo estar designado con un nombre en clave. Y si escuchara esa palabra, mi cerebro actuaría en forma inconsciente y cometería la siguiente pieza de este crimen articulado.

-¡Bravo! Mi programador no se equivocó al escogerte.

-Entonces- siguió razonando Tsoreto mientras se retiraba la cera agusanada del oído, -la historia que me contaste es inexacta, porque el dato de los niños en grupos era falso. Si esa parte de la historia era falsa, también podría ser un fino invento el resto. Tan sólo me has dicho lo que yo quería oír. ¿No es así?

La pantalla cambió de colores y reprodujo el cartelito que el detective había armado en su hoja cuadriculada:

<b>E</b>	<b>S</b>	<b>T</b>	<b>I</b>	<b>R</b>	<b>E</b>	<b>N</b>	<b>O</b>
N	A	N	B	A	M	I	P

-Arriba- mencionó el procesador, -dice lo que tú habías descifrado. Y para entender lo de abajo, debías leerlo al revés.

Iemepé, sin darse cuenta del anzuelo tendido por su enemigo, leyó en voz alta: -Pimabnán.

Unas risotadas tenebrosas empezaron a hacer vibrar los bafles de sonido...

-¡Te haz activado tú mismo!- gritaba la PC y repetía sus carcajadas.

El detective parecía hipnotizado. Su único ojo temblaba desorbitado; las palmas le transpiraban y no lograba mantener bien calzada su máscara. De alguna manera, sabía que lo esperaban en Ezeiza para partir.

Subió al patrullero y puso sus cuatro neumáticos a rodar sobre el asfalto de la autopista. En media hora estaba reunido con un grupo de dos desorbitados más que lo esperaban con boletos para Roma.

Hacia allí estaban volando. Hablaban, respondían a las preguntas de otras personas; todo parecía ya haber sido programado en ellos.

Los pasajeros de la nave, incluyendo las azafatas, usaron durante el viaje completo las mascarillas de oxígeno -lógicamente no soportaban el aroma a bordo.

De regreso a tierra firme, pero ahora en suelo italiano, los dos acompañantes del investigador fueron quedando detenidos en diferentes controles aduaneros. Uno a la salida del aeropuerto internacional y otro cuando intentaban entrar al Vaticano. Pero Tsoreto, harto habilidoso en artes marciales y rápido como cohete, nunca era atrapado.

Permaneciendo en estado inconsciente, el investigador descalzaba ya su mágnun y la preparaba para terminar la misión...

El Papa en ese momento estaba trasladándose de la biblioteca hacia una de las salas. En pocos metros Iemepé lo tendría ya a distancia para no fallar.

Entonces, como nunca había sucedido antes, la máscara de plata se soltó de sus sujeciones y cayó ruidosamente al suelo descubriendo las horribles cicatrices. El impacto de sorpresa fue tal para Tsoreto, que derrumbose de rodillas y mientras tomaba el accesorio metálico entre los dedos, despertó.

No sabía dónde estaba ni lo que trataba de hacer. Minutos después fue aprendido por la guardia vaticana.

En la comisaría dieron con su famosa identidad y empezaron a creerle. Le explicaron entonces desde dónde lo habían seguido y lo de sus dos acompañantes misteriosos.

Iemepé revisó los bolsillos de su impermeable azul. Allí sintió papeles.

Leyéndolos junto con los otros policías le fue volviendo a la memoria lo del *Informante Nintendo*.

Recibió la bendición papal y de vuelta en Buenos Aires se constituyó con refuerzos en el domicilio del siniestro criminal. Todo seguía allí, excepto el putrefacto cadáver salado, que nunca pudieron comprobar si realmente era de *E.I.N.*

Tsoreto tuvo claro entonces que una forma directa y rápida de detener las mutilaciones, era destruyendo la computadora con la que había hablado y quemando por completo el lugar. Sabía que las llamas consumirían lo que quedase de planes extraños ahí encerrados.

Dio la orden y, con el auxilio del cuerpo de bomberos, llevaron a cabo una incineración controlada. La PC no había vuelto a responder a nadie. Su disco rígido fue analizado antes de destruirlo y parecía estar borrado.

Mientras el fuego arrasaba, Iemepé logró oír cómo el aparato electrónico se encendía y volvía a dirigirle unos últimos dichos, empleando nuevamente la voz robada de Pitsacho: -Si me quemas es porque no se ha concretado la misión. No importa. Quizá no pueda vencerte aquí en la Tierra. Pero más adelante... nos volveremos a ver...

Un último gemido agudo y moribundo erizando los pelos se despidió, y lo que fuera que allí estaba encerrado se fue para siempre.

Como era claro, nadie en la Tierra vencía al magnífico policía. Su valor, coraje y bondad justiciera repelía hasta al más satánico de los espíritus.

Las mutilaciones se detuvieron y se concluyó el caso sin reprimidos. Habían encontrado muchos mutiladores, pero nadie era realmente responsable de los crímenes cometidos.

Tsoreto comulgó el domingo siguiente en la iglesia de su barrio. El lunes, la ciudad lo vio de vuelta trabajando, arropado bajo su impermeable azul y escondido el rostro tras aquel misterioso brillo. Allí, día a día, el Investigador de la Máscara de Plata continuó haciendo justicia.

**La uña podrida del chaqueño aplastado por un verdulero africano**  
**... o (La uña del pie podrido del chaqueño roto)**

Respirar cielo se oía al viento acurrucándose entre las cataratas. El Iguazú pintaba cristales de fresca belleza entre las gotas mientras dos dulces nubes acariciaban fieles la paz del día que nacía. Pleno.

Pleno de mugre estaba el acolchado que cubría al cuerpo residuo de Tsoreto. Hotel MAYÍN contaba un cartel sobre la arcada de la puerta y, sí, no estoy hablando del agujero de la puerta, sino de la arcada vomitiva que logró arrancar el aroma del detective al material mismo del que estaba hecha; esa madera perenne que consiguió recordar aquellos días en la selva, bastándole la vida enganchada en su tenuísimo pensamiento vegetal para casi expectorar sus entrañas ligninosas hacia las afueras. Embebiendo de pútridas partículas la cercanía de la provincia misionera, nuestro heroico detective descansaba feliz en merecidas vacaciones.

Más allá de la Mesopotamia, un carpintero chaqueño retorció sus titánicas fuerzas frente al serrucho para abrir la piel de un quebracho que gemía moribundo. Su oído sensible percibía los quejidos de aquel árbol; frenó entonces y dijo (porque él sabía que unas palabras alcanzaban para consolarlo): \_No te quejes anciano, que con tus tablas construiré una cuna para mi nieto recién nacido, y el te llenará de vida.

El buen trabajador vestía unas prendas livianas para soportar la temperatura de la región, sumada al calor que transpiraba su cuerpo dentada tras dentada. Unas humildes ojotas de cuero acolchaban su descalcez, impidiendo que algún cayo rascara feroz el suelo de hojas, tierra y malezas. Pero un peligro invisible se acercaba. Los aires se movían hacia el sudoeste; aunque esta vez no sólo acarreaban húmedos olores misioneros y verdes bramidos de la selva, hoy también flotaba entre las brisas una microscópica partícula tumefacta, proveniente de algún pliegue epidérmico de Tsoreto. Este ultravenenico grano de polvo inerte, después de pasar por sobre la sabana chaqueña, más allá del recodo remolínico que la succionó al transitar las cercanías del quebracho, fue a posarse en el dedo gordo del pie derecho del carpintero. Su sensible oído no palpó el sonido del aterrizaje, y enseguida, una tibia gota de sudor arrastró torrencialmente al hollín tóxico hasta debajo de la uña, justo en el sector en donde comienza a despegarse de la carne.

Transcurrieron tres horas y el dolor que sufría en la pierna ya era insoportable.

La hija menor decidió llevarlo al hospital de Paso de la Patria, donde de inmediato lo internaron en terapia intensiva. La podredumbre avanzaba a pasos agigantados por los tejidos; tendría muy pronto que elegir entre perder la pierna o arriesgarse a perder la vida si los médicos no amputaban.

Al mismo tiempo, en Misiones, el Investigador de la Máscara de Plata recibía telefónicamente al comisario, quien le encargaba una misión internacional: “África; sectas maléfica; sacrificios humanos. A investigar.”

Gracias a sus fortísimos brazos y a una enorme capacidad pulmonar, Tsoreto logró cruzar nadando el Océano Atlántico en un día y medio,

arribando algo agitado a las costas de Angola. Al salir del agua y empezar a trotar sobre la arena caliente, cayó repentinamente desmayado...

Despertó en el hospital acompañado de una hermosa enfermera supermelanínica. Ayudado por sus grandes conocimientos lingüísticos, Lemepé alcanzó a descifrar el parte que colgaba de los pies de la cama: había caído desmayado como consecuencia de una inspiración profunda; demasiado oxígeno penetró de golpe a sus pulmones... ¡Oooh! -o un alarido vocálico semejante- desprendieron las fauces del investigador al observarse la mano con que estaba sosteniendo el papel; ¡Estaba limpia!. Comenzó entonces a desnudar su cuerpo amórfico bajo las sábanas y comprobó que sus mugreces y resquechos basúricos habían literalmente desaparecido (pobres los peces del Océano Atlántico).

\_Ahora entiendo; mucho hacía que mi suciedad no permitía a mi nariz absorber oxígeno puro.

Ya recuperado y acostumbrándose a los cuasinuevos aires (de bebé los había respirado, mas ese recuerdo hallábase demasiado escondido bajo la mugrosa axila dendrítica de alguna neurona dentro de su mente), comenzó a indagar en búsqueda de la secta Agrota-chu o langosta peluda.

El temor de los angolese a ser castigados por los líderes de la maligna congregación dificultaba las cosas; a pesar de ello, el misterio causado por la máscara de plata que protege el rostro del detective argentino, inducía a hablar a algunas personas.

Entre cabernósicos árboles selvados de falsa intemperie, yacía oculta la perforación que permitía el ingreso al salón subterráneo donde se realizaban todos los rituales. Las pequeñas hojas resacas que colgaban cementéricas más acá del agujero lamían sedientas de sangre la espalda de Tsoreto en el momento en que éste se inyectaba sigilosamente al túnel. Cincuenta metros más adelante, el pasadizo se profundizaba ampliándose al cuádruple de su tamaño inicial. Un cartel luminoso indicaba "Bienvenido a la Langosta Peluda". Portal de tiritas multicolores; hall de entrada con luz tenue... y el gran salón.

Paralelamente, ya en Posadas el carpintero, camilla en espalda y suero en brazo, partía en vuelo adicional de Aerolíneas hacia el continente africano acompañado por su hija y dos especialistas que acababan de descubrir el origen de su mal, y buscaban a Tsoreto para conseguir un antídoto a partir de la mayor cantidad de sustancia que suponían iban a encontrar adherida a su piel.

Aquí no está; allí tampoco, hasta que de porahi consiguieron la pista que los llevaría al sitio donde Lemepé permanecía investigando.

Dentro de la caverna, nuestro policía observaba escondido el desarrollo de un sacrificio humano. Entre varios negros grandotes asian violentamente los brazos y piernas de un verdulero con quien hubo hablado Tsoreto averiguando pistas. El hombre intentaba tenazmente defenderse lanzando -cuando lograba soltarse- bananas y zanahorias a los delincuentes, que sacaba de su delantal. Después de descalzarlo, colocaron con un pincel cianoacrilato en la planta de sus pies y lo hicieron pisar dos planchas ardientes a las que quedó infinitamente pegado, destrozándose de dolor. Le taparon la nariz y, mientras gritaba, introdujeron en sus fauces rojas

quebrados trozos de gilettes y un puñado de sal. Callaron sus alaridos, silencio que fue aprovechado para perforar los ojos de la víctima con sendos compases oxidados, lo que provocó que un escalofrío se adueñara del temple de Tsoreto, haciéndolo recordar tiempos pasados e inmovilizándolo momentáneamente. La sangre manaba a borbotones por doquier. Los malvados clavaban flechas en el pecho del verdulero y las sacaban con fuerza desgarrándole los tejidos y destrozándole las astilladas costillas.

En ese instante llegaron corriendo los médicos con el carpintero encamillado al mismo lugar desde donde estaba espiando Tsoreto, pero la inercia del movimiento veloz con que se acercaban no les permitió detenerse por completo, y la camilla cayó al gran salón, chocando con unas rocas justo debajo del cuerpo sin vida del verdulero africano que en ese instante era soltado para que al precipitarse se reventara contra el piso. El cadáver bañado de tibios fluidos reventose sobre el cuerpo del carpintero; mas de aquel manaban puntiagudos picos óseos ahora perforando el torso del chaqueño, ya también cadáver.

Tsoreto, enfurecido, comenzó a disparar su magnum negra cubriendo de gargajos tenébricos el interior de la caverna, lo que inició un temblor tectónico cada vez mayor. Los dos médicos y el investigador como relámpagos transpusieron la salida de ese infierno y, segundos más tarde, el terreno se desplomó atrapando para siempre a las maléficas vidas que acababa de destruir. Nuboso llanto y manos al hombro, los tres argentinos sobrevivientes fueron en busca de la hija del carpintero y regresaron a casa.

La secta había llegado a su fin. El precio del triunfo fue esta vez muy alto. De todas formas, sacando fuerzas del deber y la verdad, ahora limpio, el Investigador de la Máscara de Plata, continuó haciendo justicia.

**En primera persona**

-Yo soy Tsoreto.

-Créanlo o no, pese a la ausencia olfativa que puedan notar, yo soy Tsoreto.

-Jovencitos; esta escuela está en cuarentena. Cómo saben se ha detectado un brote de la enfermedad del sueño en cuarto grado. Es por eso que no nos dejan salir.

-Nuestros papis y mamis pueden vernos por televisión. Esas cámaras instaladas en cada aula están ahora enganchadas a los canales, y la gente puede mirarnos en noticieros y esas cosas.

Todos lo veían con mucha atención. Habían escuchado hablar de aquel legendario policía, así que estar con él resultaba apasionante.

Tsoreto trataba de contenerlos explicándoles claramente lo que vendría, pero los niños no necesitaban hasta entonces mucho apoyo psicológico. Más que asustados estaban hambrientos de historias. Deseaban con locura que lemepé permaneciese en el grado de ellos y no siguiese recorriendo aula tras aula.

-Cuéntanos una historia de verdad- rogle una niñita, preparando un enternecedor rostro apuchereado por si recibía una respuesta negativa.

El investigador dudó. Las semanas serían largas allí dentro y le faltaban pocos cursos por visitar; así que aceptó.

Los treinta y dos alumnos de quinto se sentaron en ronda a su derredor. Tsoreto también se sentó y empezó a narrarles una triste aventura que había oído de su madre Antsaria. Según sabía, era real:

“No cabía ya ni una pequeña rana. Estaba acurrucado de tal manera que hasta le resultaba difícil respirar. Salvo cuando lograba despegarse unos milímetros de sus muslos, permanecía vivo con el poco aire que lograra hacerse paso entre sus apretados interiores.

Bajo la repisa lustrada del antiguo esquinero, junto al ángulo de la pared, cubierto por el escaso velo del mantel que sobresalía aquella tarde de la mesa del salón comedor, tieso y en mudo silencio yacía Jacinto.

El sonido crujiente y doloroso como el acero de las lustradas botas avanzando sobre la también lustrada pinotea, tensaba cada vez más el temor del joven que aguardaba.

Aguardaba como rezando en su mente, pensando bajito para que ni aquel sonido imaginario se oyera. Aguardaba que de una vez por todas aquellos dos hombres armados salieran de la casa. Qué más ya no buscaran. Se dieran por vencidos. Aburriéranse de husmear entre los muebles y puertas y, sobretudo, que no se les ocurriera mirar por debajo del mantel que hasta ese momento, había logrado guardarlo a salvo.

Minutos y minutos pasaban lentamente, estirándose al tamaño de largas horas. La agujeta del reloj pulsera negro que llevaba Jacinto en su muñeca izquierda y lograba observar por debajo de su sudada nalga derecha que le



pendía casi tocando el suelo, estaba ya atascada y avanzaba muy, pero muy de vez en cuando.

Cuando por fin ambos buscantes se encaminaban a abandonar su tarea, estando éstos a unos pocos pies de la arcada de salida, un ratón, o una rata, o algún desgraciado pequeño bicho, atravesó a lo largo y por debajo, a gran velocidad, la mesa que lindaba protectoramente al acurrucado cuerpo de nuestro muchacho.

No alcanzó a oírse dos veces el tiritar de sus rápidos pasitos golpeando la madera del piso; el malhechor más cercano al rincón de Jacinto giró sobre sus oscuros talones y rompió la delgada membrana muda que reinaba por allí, con un duro martillazo y explosión de su arma de fuego.

Se sobresaltó y luego volvió a aquietarse el niño. El tiro hundió en parte las tiras lustrosas de pinotea que lograba ver de reojo por sobre la curva de su hombro. Poco importaba lo que pasara con los muebles y las cosas. Tenían ya que dejarlo en paz. Tendrían que salir de allí. Jacinto estaba dispuesto a esperar cuanto fuera en el más absoluto y muerto silencio; sin siquiera moverse; sin siquiera pestañar.

Los dos ladrones se agacharon quejosamente y escudriñando con ligereza el inferior de la mesa sobre la que dispararon, llegaron pronto al pedazo donde se ocultaba Jacinto.

Aunque no lo vieron a primera vista, algo les inquietó.

Comenzaron a revisar palmo a palmo nuevamente la habitación. La luz no funcionaba para suerte de nuestro amigo y las tinieblas, que otrora le infundieron temor, lo hacían hoy sentir mucho más seguro.

El rezo de Jacinto casi ya se escapaba de sus labios. No había frío ni calor que pudieran moverlo. Sus miembros cosquilleaban opacos, ya casi dormidos. Comenzaba cada vez más a sentirse parte de la pared; continuación de los tiosos y arenosos ladrillos.

Seguían husmeando mientras tanto, ambos seres malvados de negras botas, armas y pasos crujientes. El comedor era grande y tenían mucho por escudriñar. Entre sillones. Entre sillas. También tras las puertas de sendos modulares, en sus vitrinas y bajo las otras mesas.

Jacinto temía pero iba acostumbrándose a la horrenda situación. Poco después, como en quince minutos, acurrucado por el mismo crepitar de los cuatro pasos de cuero que iban y venían, hecho ya parte del propio cemento que pegaba los ladrillos, Jacinto se aflojó y quedó dormido.

Sin roncar; respirando así de despacito como lo hacía antes.

...

Los delincuentes nunca hallaron a Jacinto y abandonaron la búsqueda.

Tampoco pudo hacerlo su madre ni sus tres hermanos.

La policía rastreó intensamente la zona para dar con el cuerpo, con la esperanza de hallarlo con vida. Pero nunca lo hicieron. Nunca llegaron a encontrarlo.

Jacinto era pared; y viviría allí por siempre hasta que lo tiraran abajo.

Lo pintaron; lo lijaron; y hasta cubrieron sus rendijas con cal y yeso. Nunca más se movió.

...

Jacinto era pared.“

Los niños y niñas lo veían muy atentos. Algunos tenían la boca abierta asombrados de que aquello fuera verdadero.

Iemepé notó que, uno de los más pícaros, se había escondido bajo un pupitre acomodándolo junto al muro lateral de la habitación. Acurrucado como el tal Jacinto, debía estar preparando una de sus bromas.

Tsoreto se le anticipó y con un grito entre alegre, sorprendido y alarmado, aumentó la taquicardia de todos los jóvenes corazones: -¡¡¡Jacinto!!!- lanzó a los cuatro vientos mientras se paraba refléjicamente y daba un paso al encuentro del bromista.

De a poco, todos se fueron recuperando del susto y aplaudieron y abrazaron al detective.

...

En la puerta siguiente estaba séptimo, el anteúltimo grado que le restaba visitar.

Cuando entró lo recibieron con palmas y brazos en alto haciendo gestos de victoria. Los muchachitos se habían enterado de su presencia en el establecimiento y se hallaban charlando y fabulando sobre las míticas historias del detective. Las chicas lo observaban con cara sonriente.

Sin que Iemepé dijera nada, los más grandes del cole tomaron asiento rodeándolo en medialuna.

-Imagino que desean que les cuente algo de la vida policial- los censó con un tranquilo vistazo pronosticando la enorme esperanza ávida de misterios que crepitaba en esas cabecitas.

-Para ponernos en clima, vamos a pagar unas lindas estrofas- dicho esto, Tsoreto asió y afinó rápidamente una guitarra que descansaba contra la esquina del pizarrón.

Principió con unos rasguídos y dio paso a los iniciales versos de su payada en clave de *PE*:

Pedo;  
pedo estruendoso y rotundo  
que al surgir de un agujero profundo  
brindas vida y aroma al mundo.

Pedo;  
burbujeante y armónico pedo  
que al salir a la luz tembloroso  
das cosquillas al más paseandero  
y contentas al más asqueroso.

Pedo;  
pedo mío, gran compañero  
que al estar sumergido en el agua  
y pedir a tu voz un consejo  
no hago más que observar tu belleza  
y pinchar tus globitos espero.

Pedo; sí,  
pedo al fin,  
simbólico esbozo del viento,  
soplido de puro aserrín,  
pedazo de asco volante,  
sembradío de vómito ruin.

Pedo;  
¡oh gran pedo esplendoroso!  
estrépito del poro entrenaloso  
que a la vida tornas tanto más feliz:  
quiero agradecerte en este día  
tu amigable compañía con el pis.

-Mi Nariz-

Séptimo grado reía junto con Tsoreto a más no poder. Una maestra de música que había escuchado desde afuera, contenía sus carcajadas con dificultad.

Los días y las noches siguieron de esa forma transcurriendo durante la cuarentena. El que Iemepé se ofreciese para acompañar a los educadores y educandos durante la larga espera, había mejorado desde el principio todos los ánimos.

...

Para cerrar la estadía con broche de oro, poco antes de recibir el aviso finiquitando la cuarentena, el investigador les enseñó una nueva oración para izar o arriar la enseña patria. Decía así:

Por entre los cirros de nieve  
y del cielo el profundo celeste,  
mil agujones de luz  
la bandera del Sur entretejen.

Centrado en su blanco sublime  
el áureo Sol la preside,  
cual ideal de firmeza  
que en la fuerza patria se inscribe.

Inmensos hielos glaciales,  
selva, bosque y planicie,  
Pampa, Andes y Puna,  
unidos en ella conviven.

Océano y tierras salvajes,  
playa y amplias ciudades;

enfranjado en su paño se escucha  
de la espuma el tremor en los mares.

Es el paño de nuestra bandera,  
es la insignia mayor de la Patria,  
son el Zonda feroz y el Pampero  
que a la Tierra: ¡Argentina! -proclaman.

Al lunes siguiente, cuando se reiniciaron las clases normales, no faltó el impresionante poema.

Tsoreto tenía bien claro cuál era la piedra fundamental de la sociedad. Sin ella, todo se desmoronaba; con mucha de ella, podía crecerse hasta alturas insospechadas.

Así entonces aportando a la “educación” de su patria, el Investigador de la Máscara de Plata continuó haciendo justicia.

**Postergando**

Los nubarrones grises forcejeaban enlazados, intentando que se colara el mínimo de luz. Unos vientos fríos iban y venían. Tu propia lectura atiesábase como consecuencia del invernal golpeteo.

Sí. La gelatura resultaba tal que era capaz de congelar a la distancia; aunque el trecho fuese tan amplio como éste, que separa lo vivido por el investigador de las letras sobre esta hoja de papel.

Pese a ello, no temas. No quedarás cautivo entre párrafos, ni serás succionado aquí dentro. El único posible peligro aparecería si tuvieras sujeto este libro con tu mano izquierda y estuvieses cómodamente sentado.

En ese caso, varía tu postura. Con ello bastará.

Tsoreto había tenido que navegar hasta la Península Antártica. Según un informe urgente de Prefectura, había necesidad de controlar la estabilidad del inlandsis -esa gruesa capa de hielo que recubre al continente austral.

Saboreando una tacita de té preparado en la base, el investigador cambiaba ideas con los oficiales científicos residentes. Unos sismógrafos instalados decenios atrás, no cesaban de detectar movimientos fuera de lo normal. Como si el casquete estuviera agrietándose por dentro.

-¿Qué ocurriría si se quebrase el inlandsis?- quiso saber Tsoreto.

El geólogo comenzó a explicarle que esa gruesa capa de agua sólida poseía más de trece millones de kilómetros cuadrados de superficie, y un espesor de entre uno y dos kilómetros. Imaginar aquel casquete polar hecho trozos y vagando por los océanos llevaba a claras consecuencias: el retorno de *Pantalasa*.

*Pantalasa* fue, según la teoría de Wegener, el primer gran y único océano. Cuando los bloques congelados empezasen a flotar a la deriva, el nivel hídrico cubriría gran parte de las tierras continentales. Para el término de la descongelación pocos territorios permanecerían emergidos.

-Si no logramos detener esto- hablaba el científico cual si bombeara su aliento con cada latido, -se terminará nuestra era.

El investigador había llegado ya a preocuparse. Expectoró un flema endurecida y la guardó en el bolsillo de la camisa.

-Mientras haya... habrá esperanza- intentó alentarlos.

-¿Mientras haya qué?- se extrañó uno de los militares, creyendo no haberlo oído bien.

-Mientras haya- afirmó Tsoreto. -Simplemente. Siempre habrá esperanza.

Infinitos cristales niveos, aquí y allá, observaron el destello optimista reflejado por el Sol, haciendo eco luminoso en la máscara de plata. Los choricetes lipidosos que servían a Iemepé de piernas avanzaron; no se les escaparía el vagón alcahuete del tren de las soluciones.

Las chapas naranjas de ese último coche asemejaban los uniformes que se usaban por allí. En Base Marambio el clima era cordial. Nunca faltaba la

mano tendida de alguien para sacarlo a uno del pozo en donde hubiese tropezado.

-¿Quién puede querer destruir la Tierra?- razonaba Iemepé. -Sin duda alguien que no vive aquí... o algún suicida... o alguien que vive muy, muy alto...

Eso tenía sentido, así que se comunicó con efectivos de Katmandú, Nueva Delhi, Mendoza, Berna y otros sitios cercanos a los macizos mayores del planeta.

-¿Usted piensa que este posible cataclismo no es natural?- se sorprendió uno de los antárticos.

Tsoreto le respondió con otra pregunta: -¿Qué ocurriría si alguien ubicara cargas nucleares estratégicamente, en determinados puntos del inlandsis, de manera de que al estallar lo fracturasen?

-Quizá sería posible...- razonaban en voz alta. -Con una disposición bien calculada, los fragmentos serían impulsados radialmente y se alejarían del Polo Sur.

-Debemos cubrir todos los flancos- aclaró el detective. -Yo mucho no puedo hacer si esto está manejado por Natura; ese frente les corresponde a ustedes. Pero estoy aquí para evaluar otras posibilidades. Si acaso hay una mano criminal que desea volcar esta gran cubetera, lo sabremos pronto.

Las investigaciones prosiguieron. El sismo tenía origen cercano al polo geográfico. Como cuando Tsoreto había llegado a la base, continuaban captándose vibraciones residuales.

Pronto, la desentramada del policía argentino alcanzó el vagón alcahuete. Desde Katmandú, llegaron informes de un asentamiento demasiado ampuloso detectado cerca de la cumbre del monte Everest. A más de ocho mil metros de altura, varias construcciones, antenas y radares delataban la presencia de un supuesto laboratorio.

Otro dato infló más aún las apuestas: el epicentro del terremoto estaba a dos kilómetros bajo el hielo, en lo que era el centro geométrico del manto congelado y por la superficie, se habían detectado emisiones gamma en extremo densas.

Tsoreto unió esos y otros informes. Siendo las diecisiete cuarenta, citaron a todo el personal para una reunión de urgencia; se realizaría a las seis de la tarde y sería presidida por...

¿Por quién más?

El Investigador de la Máscara de Plata desplegó una carta topográfica completa del continente austral. Valiéndose de bolitas de moco, fue marcando cada una de las coordenadas donde estarían dispuestos los explosivos.

-Si mis cálculos no fallan, éstas son las ubicaciones que resultarían más dañinas a la estabilidad del inlandsis- Iemepé vestía un guardapolvo blanco y se dirigía a su audiencia con labia muy docta. -El estallido inicial fue necesario para corroborar los cálculos. Además de ello, les sirvió para tensionar en mayor medida un sector anular alrededor del polo.

-Pero, ¿quién es el responsable de esto?- inquirió uno de los participantes.

-Una secta- se lamentó Tsoreto. -¡Cuándo no! Hay mucha gente loca en esta pelota en la que vivimos. Hace no mucho, desbaraté a unos que se hacían llamar “La Langosta Peluda”, en África. Desde entonces, cada vez presto más atención a los crímenes cometidos en pos de delirios o yerros místicos de distinta especie. ¡Cualquiera cree que puede inventar su propia religión!, y lo peor es que siempre hay un séquito de ganado humano que lo sigue en sus locuras.

-En este caso estamos frente al *Convenio del Fin del Mundo*, un cúmulo de idiotas que en la vida diaria jugaban a ser empresarios. Con sus ahorros construyeron una base de operaciones en la montaña más alta del planeta y están decididos a terminar con la humanidad. Esperaban ya que sucediera con el cambio de la unidad de mil en el nombre de los años. Pero como no ocurrió nada, se autoencomendaron la colosal tarea.

-Mediante túneles excavados durante años, tuvieron acceso a la cara inferior del inlandsis antártico. Allí ubicaron cargas nucleares de fisión, con kilotonaje suficiente para lograr sus fines.

La expresión de muchos rayaba el asombro y el enojo.

Tsoreto continuó: -La explosión inicial que detectaron sus sismógrafos no fue la primera. En el 2008 habían puesto a prueba su idea con un experimento en el otro casquete de hielo que existe: el inlandsis de Groenlandia.

-¿Y cuándo piensan hacer estallar las otras cargas?- lo interrumpió oportunamente un Coronel.

Iemepé observó su reloj pulsera.

-Nos quedan veinticinco horas y dos minutos- iniciada la cuenta regresiva en sus mentes, una nube de pasmo invadió la sala. -El General Ñangapiray los pondrá al tanto del plan- concluyó Tsoreto mientras quien lo acompañaba en la exposición se puso de pie y extendió una larga lista de horarios y detalles logístico-técnicos.

De inmediato se conectaron desde la base Marambio con el resto de destacamentos internacionales. Coordinados por Ñangapiray, todos los equipos tomaron posición. Las coordenadas calculadas por el investigador eran exactas. Unos trépanos poderosos permitiéronles alcanzar cada bomba atómica y, una vez afuera, los militares desactivaron los detonadores y enviaron las cabezas nucleares bajo custodia para ser destruidas.

Desde lo alto del Everest los sectarios constataron la falla de su plan. Según ellos, Tsoreto había postergado lo inevitable...

La mayoría cayó presa. Cada uno contaba los días esperando la Apocalipsis detrás de los oscuros barrotes.

Tsoreto alcanzó otra vez el vagón naranja; entró al anteúltimo coche y pagó al guarda para que lo llevaran de regreso a casa.

Allí, con la Antártida y la Tierra a salvo, el Investigador de la Máscara de Plata continuó haciendo justicia.

**La charla**

El investigador acababa de esposar a Jennifer. La mujer regenteaba una banda de narcotraficantes que distribuían estupefacientes por Buenos Aires. Era como de cuarenta y tantos.

-¿Por qué hace esto?- se interesó Tsoreto mientras aguardaban que la brigada liberase la salida. Una explosión acababa de derribar multitud de escombros, encerrándolos a ambos en el interior de aquella pequeña habitación.

-¿Por qué hago qué?- le devolvió cual si escupiese.

-Traficar droga- continuó el detective aclarando la obviedad.

-Es mi trabajo- respondió. -Usted es policía y yo no le pregunto por qué.

-No me preguntas porque imaginas mi respuesta. En cambio, yo no conozco ni imagino la tuya- insistió Iemepé.

La mujer se veía ofuscada por el encierro. Tras el derrumbe, los muros le hacían recordar su futuro; al menos el que ella misma vaticinaba: un triste y desesperanzado futuro.

Allí metida junto al oficial, no tenía mucho que hacer. Al principio prefería no hablarle, pero con las horas llegó a rebalsar su aburrimiento y pensó que sería mejor si entablaban alguna conversación.

-¿Qué quería saber de mí?- lo animó.

-No comprendo por qué haces esto- reinició su charla Tsoreto, que por suerte estaba limpio. -Yo decidí ser policía cuando era joven. Amaba la justicia. Si tenía que jugar a algo, siempre a mí me gustaba ser de los buenos. Así que tomé esta ruta y la he transitado por treinta y tres largos años.

-¿Y te ha hecho feliz?- preguntó Jennifer tomando el rol de la periodista.

-Muy feliz. Es un camino duro, áspero y a veces desagradable. Pero he tenido muchas veces la sensación de que es esto para lo que fui diseñado.

Las últimas palabras del policía hicieron reír a la mujer. -Hablas como si fueras un robot.

-Lo soy- bromeó Tsoreto mientras intentaba unos movimientos articulados con sonido metálico. Ambos cayeron en una risa amistosa y el ambiente tornose más ameno que antes.

-Yo no elegí el lado de los “malos” desde joven- empezó a responder Jennifer. -Iba a ser peluquera.

-¿Y entonces?- la alentó Iemepé que deseaba seguir escuchando.

-Entonces nada me salió bien. No terminé el secundario; lo abandoné en cuarto y en las escuelas de peluquería que visité, me exigían el título- recordó lamentándose. -A mí me apasionaba dar formas a las cabelleras, así que me ofrecí en varios negocios. Al final, en uno me tomaron a prueba.



Jennifer vio al investigador a la máscara: -No era tan buena como pensaba. Mis muñecas nunca me habían protestado, pero las clientas de aquella peluquería resultaron ser una banda de histéricas.

-Me echaron y seguí buscando. Al tiempo, ya dándome por vencida probé con la prostitución. De esa forma trataba de juntar alguna plata para después seguir yo sola haciendo lo que me gustase. Pero lo único que junté fueron pestes y malos tratos.

-Mi último cliente notó lo mal que yo me sentía y me ofreció otra oportunidad. Comencé vendiendo cocaína en las esquinas. El mercado era peligroso pero movilizaba mucho dinero. De a poco, como yo conocía la calle, pude ir progresando.

-Caí presa dos o tres veces. Creo que ya nada me importaba- dijo esto y se quedó pensativa.

Tsoreto encargose de finalizar la biografía: -Entonces te fuiste haciendo de más fondos y experiencia. Progresaste en el negocio y llegaste a manejar tu propia organización.

-Sí. Así fue- selló la mujer.

-Una vida plagada de esfuerzos- empezó Iemepé. -No suena mal... salvo por el detalle de que a cada paso dejaste de lado tus principios y valores. Tremendo detalle por cierto.

Jennifer se inquietó: -Yo sólo comercializo. Si yo no lo hiciera lo haría otro. Por otra parte, no es mi culpa que haya drogones por todos lados. Sus muertes y porquerías no me corresponden a mí sino a ellos mismos.

Tsoreto captó gran desarrollo en su alocución. -Se ve que lo has meditado bastantes veces- le dijo.

La mujer no respondió; ya volvía a sentirse incómoda. Dio media vuelta el rostro y se cubrió con los propios pelos.

Lo que creía tener ante sí el detective, era una persona recuperable. Posiblemente sólo se trataba de una de esas chispas de esperanza y el objetivo resultara inalcanzable, pero intentaría hurgar un poco más.

-Me dejás jugar al psicólogo- le refirió minutos después.

La narcotraficante continuaba en silencio así que Iemepé lo tomó como una aceptación.

-Volvamos a los tiempos del colegio- inició su sesión. -He tenido buenos y malos maestros.

-Yo también- se le oyó a Jennifer como entre dientes.

-Sí- prosiguió Tsoreto, -a todos non pasa. Cuando enseñaban matemática yo aprendía a razonar; con lengua mejoraba mi idioma; con biología me hacía más parte de la Naturaleza y así con cada materia, aunque uno no suele darse cuenta. En reiteradas ocasiones me cuestionaba para qué servía aquello que me enseñaban; y siempre conseguía respuesta, salvo en un caso. Esa materia, que tantas veces repetían las maestras del primario y cuyo suplicio se extendía hasta los confines más lejanos del bachillerato, era historia.

-No comprendía por qué motivo resultaba necesario aprender lo que habían hecho otros, si mi vida era mía propia y además se trataba de un camino hacia adelante.

La mujer lo interrumpió: -De la historia se pueden aprender muchas cosas. Puedes ver los errores cometidos por otros para no volver a cometerlos tú. También sirve para aprovechar en el mismo sentido los aciertos.

-Claro- aceptó Tsoreto, -pero entonces no podía verlo. Mi rebeldía mental me lo impedía.

-Yo también fui muy rebelde- se alegró Jennifer.

Iemepé estaba logrando que la mujer se involucrara suficiente. Sabía que si podía mover algunas piezas bien dentro de ella, la probabilidad de lograr un efecto positivo aumentaba.

-Y lo mejor de todo es que años después, mientras me alejaba de mis días adolescentes- continuó el detective, -fui descubriendo que lo que ellos, mis profesores y profesoras de historia me habían brindado, había sido tremenda pincelada en el cuadro de mi vida.

-Al principio me contaron la historia como cuentito. Todas las cosas eran perfectas, los héroes eran grandes hombres y sus palabras intachables; la patria se sentía pura.

-Después abundaban los profesores que hablaban de intereses económicos, resaltaban la humanidad de las personas a que llamábamos próceres y se jactaban de conocer esos vericuetos de nuestra historia que mostraban que nada era como aquel cuentito que nos solían enseñar.

-A esas clases se sumaba lo que de vez en cuando veía por televisión y leía en los diarios. El panorama se ponía cada vez más sombrío. A nadie le había interesado hacer una Argentina sana. Todos se habían movido por intereses personales; a uno le convenía más tal postura por su relación económica con los ingleses, a otro lo llevaban las presiones de España, o los yanquis habían tenido un buen arreglo con él. Siempre el dinero estaba en el centro de cada decisión, de cada lucha.

-Y eso es así- lo interrumpió Jennifer.

-¡Claro que es así!- gritó Tsoreto, -todos los que están convencidos de lo que mis profesores, la televisión, los diarios y tú acabas de afirmar, viven según ello. Tú estás convencida, así que puedes analizarte para atrás y darte cuenta de que todas tus decisiones han sido movidas por el fin último que conocemos: *money*.

La mujer miró al infinito. Su cerebro estaba rodando la dura película que ella protagonizaba.

-Cuando era niña y en los primeros años de mi juventud- creyó descubrir, -no pensaba tanto en la plata. Hacía las cosas porque me gustaban; porque quería.

-Pero esos son momentos muy tempranos, en que todavía no estabas bien asentada en el planeta- la refutó el policía.

Jennifer aceptó aquello y continuó la carburación mental.

-Cuando creciste- insistió Tsoreto, -el dinero pasó a serlo todo, resignaste tus gustos e intenciones trascendentes; como nuestros supuestos próceres.

A la mujer le molestaba pensarlo así. Pese a ello, creía que lo que le decían resultaba lógico. Ella estaba harta acostumbrada a aceptar; le gustara o no; así que no dijo nada.

Pero el investigador desenvainó la furia contenida: -¡¡No es así!! ¡Pobrecita de ti y de todos los que mueren sin despertar de la pesada mentira!- los alaridos del policía hacían vibrar la montaña de cascotes. -¡Hay muchos hijos de puta que quisieron meter nuestra realidad bajo la alfombra de la mediocridad! ¡Y los sigue habiendo!

-¡La poesía existe; existe el amor y el entusiasmo; qué es más claro que eso o está más a la vista de todos!- tras gritar unas cuantas frases el investigador se fue calmando y prosiguió su alocución en un nivel acústico menor.

-El paradigma que vivimos incluye esa idea de que, queramos o no, el dinero es, fue y será siempre motor de cualquier decisión importante. No hay lugar para imaginar un esfuerzo “real” hecho sin que medie un beneficio económico considerable.

-Y no es así. Allí está el punto; la verdad que te saca de abajo de la pesada alfombra.

-El General Belgrano tenía ideales sublimes cuando armó la enseña que hoy usamos. Así se motorizaba también el valor del Libertador San Martín, de Moreno y de tantos otros verdaderos próceres y patriotas.

-El bien común es buscado por muchos. La muerte ha sido alcanzada infinidad de veces defendiendo la verdad, la justicia, la verdadera libertad, los verdaderos y reales ideales. Reales.

-No es real la sumisión de los grandes hombres y mujeres al vil metal, como no lo es la mía, ni tiene por qué serlo la de nadie.

-La impureza de intenciones no es sino más que lo que mueve a los impuros, a los débiles, a los pequeños de mente y de espíritu, a los que no tienen honor verdadero. ¡O acaso piensas que el honor no existe!- volvió a enardecerse Iemepé.

-Este es el nuevo paradigma que nace: hacer porque queremos, dedicar la vida a mejorar esta bendita pelota de tierra y agua en la que vivimos, ser valientes...

El rostro de Jennifer parecía más iluminado.

-Se trata de no perder la niña que tienes dentro- le aconsejaba el policía a su cautiva delincuente. -Nunca dejes de ser libre. Pese a que estés tras las rejas, no dejes de ser libre...

La brigada terminó de quitar cascotes. Por el pasadizo abierto entraron dos y ayudaron a Tsoreto y a Jennifer a salir. Después vino el patrullero, la comisaría, el juicio y la cárcel. Como se esperaba.

El investigador nunca más supo de aquella mujer de cuarenta y tantos. En lo más hondo, deseaba haber logrado mostrarle por sobre la pesada alfombra.

Tsoreto tenía bien claro cómo eran las cosas. Pensó en escribir un libro entero sobre las verdades reales y las mentiras que aparentaban ser esas verdades.

Recordó mientras inspiraba profundo al padre de su Patria y le agradeció. Como muchos otros individuos aquí y allá, Iemepé se guiaba por el Bien. Tomaba las decisiones de mayor importancia asido a sus principios, así como lo hacía con todas sus decisiones.

Estaba mucho más arriba de la alfombra, en ese espacio superior grande e infinito; por eso, el Investigador de la Máscara de Plata continuaría haciendo justicia.

**En versos narra Tsoreto su misión sumergida**

La mañana se ponía  
arrancando el Sol naciente  
del lugar donde dormía  
pa que la Tierra caliente.

De las afueras venido  
se hacía llegar un cable  
a aquella Comisaría  
y con eso comenzaría  
una misión reconfortable  
para el pez desprevenido.

Es que más valía ser pez  
que policía bien habido,  
pues tal era el embrollo  
en el que estaban metidos  
que sin un buen traje de buzo  
no sortearían el escollo.

Y allí asomó Tsoreto  
tras la gruesa y vieja puerta;  
traía con sigilo la mágnum,  
el piloto azul,  
con birome atada la libreta  
e infaltable como a la mujer la teta  
en su rostro bien calzada  
la ya sabemos qué,  
brillante, misteriosa y plateada.

Pérez dijo –Buen día-  
y respondióle Tsoreto:  
usando de parapeto  
a un Principal que salía  
logró el ángulo correcto,  
echó un gas con energía  
y silbole así su propio –Buen día-.

El resto no saludó  
temiendo tal respuesta.  
Atendieron a la Sargento  
que estaba descompuesta  
y dejaron paso a quien,  
valeroso como siempre,  
hacía del pedo ballesta  
y del eructo un huracán.

Lo recibió el Comisario  
en la propia oficina;

tenía escritorio lustroso  
estadística en cartulina  
mapas con puntos rojos  
y unas hojas de ligustrina.

-¿Para qué quiere la planta?-  
preguntó ansioso Tsoreto.  
La contesta no tardó  
aclarando la misión:  
esos bichos bien verdosos  
no nadaban bajo el agua,  
pese a ello  
han encontrado  
- le explicaba el Comisario -  
unas cuantas ligustrinas  
en el fondo de un acuario.

Un muchacho  
de unos veinte  
fue arrancado de la vida;  
con algún arma escondida  
le clavaron por el torso  
y lo mandaron bien al fondo  
ahorcado con ligustrinas.

-¡Vaya caso,  
pobre pibe!  
dígame quien lo ha matado;  
yo lo busco y lo apachurro  
y con saña me aseguro  
de que quede tras las rejas.

-Pues no sé de quien se trata-  
aclarole el Comisario,  
en la causa hay más misterios  
aún por develar,  
el acuario es natural  
forma parte del océano,  
queda al borde de una costa  
y mucha gente lo visita.  
Por la noche dan funciones,  
de mañana y por la tarde,  
mas usted irá de espía;  
preséntese como buzo  
que no lo tomen por intruso  
ni los guías  
ni los tiburones.

-¿Hay tiburones?-  
inquietose el detective;  
-esos dientes tan filosos  
cual ensartada de arpones  
habrán asustado al pobre mozo  
cuando le dieron declive.-

-Sólo escualos pequeños-  
aseguró el Comisario  
mientras tapaba la foto  
propaganda del acuario  
que mostraba a lugareños  
alimentando con pedazos  
a los pequeños escualos:  
ocho tiburonzos.

Tsoreto no temía,  
la justicia el impartía  
fuera en el agua o en la calle,  
es imposible que se halle  
a más valiente policía.

Armó entonces la valija  
con los bártulos prolijos,  
guardó el traje de neopreno  
y sus dos patas de rana  
partiría hacia la costa  
en esa misma mañana.

Viajó y viajó  
conduciendo el patrullero  
Silvina Pérez a su lado  
ya no portaba la máscara  
Tsoreto estaba limpio  
y le brillaba la cáscara.

Al llegar los recibieron  
oficiales de la zona  
se veían complacidos  
con la grata presencia,  
la Sargento con vehemencia  
saludó a los concurridos  
mas Iemepé sin paciencia  
con mirada picarona  
chistó a Silvina y se alejaron  
descuidando la concurrencia.

Tsoreto había observado  
que en la entrada del acuario  
unas chicas recibían  
a cada recién llegado

le daban un folletín  
y convidándole alegría  
adornábanle el cogote  
con collar de ligustrina.

No informaba más la pista  
que tenía el Comisario:  
el difunto de visita  
estaría en el acuario  
mientras le dieron pasaje  
pa debajo del herbario.

Solicitó pues la lista  
de nombres ingresados.  
La gente y los empleados  
estaban interesados  
viendo a aquel policía  
con el semblante enchapado.  
Chismeaban que se trataba  
de una nueva atracción,  
querían ver en acción  
a ese bravo del misterio.

En el día del suceso  
desdichado de por cierto  
figuraba por la noche  
la entrada el pobre muerto.

Tsoreto buscó a la mama  
y la encontró compungida  
lloraba por su mocosito  
que veinte pirulos tenía.  
Venciendo aquel dolor  
contole al policía  
los estudios de su nene  
y que linda esposa tenía.

-Que era casado no sabía-  
se asombró el detective.  
-¿Dónde vive la nuera  
o la viuda diría?-

Anotó la dirección  
y con franca compasión  
saludó a aquella mujer;  
era muy duro perder  
sea cual fuese la ocasión  
al niño que ha de tener  
más vida que la propia.

Con Silvina se presentó  
en el hogar del ahogado.  
La mujer los recibió  
con desgano maltratado;  
no amaba los uniformes  
y los dejó poco conformes.

Iniciaron tal sospecha  
de que estuviera implicada  
buscaron entre los nombres  
y a la viuda encontraron;  
-El difunto no fue solo-  
confirmó la Sargento  
-Están los dos anotados  
el día del homicidio  
por el fondo del listado  
que nos dieron en el acuario.

Volvieron al domicilio  
y la llevaron esposada,  
tratábase de indagar  
y la sospecha confirmar.  
Al fin se halló respuesta:  
con ligustrina una ensalada  
debería comerse cruda  
porque la malvada viuda  
sí que estaba involucrada.

Abandonando el acuario sola  
no había avisado nada,  
dejaba a los tiburones  
su marido como carnada.

Confesó al fin la despechada  
atravesada de nervios,  
mostró a Tsoreto la espada  
-Se la enterré por el medio-  
dijo perdida de celos  
-Me engañaba con Remedios,  
mujerzuela de medio pelo.  
Amiga mía era también  
compañera del colegio.  
Si fuese a imaginar que regio  
desenlace le esperaba  
hubiera evitado el sacrilegio  
y ahora yo estaría casada.-

Una vez despachao esto  
la hembra quedó callada  
como si miedo tuviese  
o quizá la lengua cortada.

Tenía a la asesina,  
al móvil y la insensata  
importancia e'la ligustrina,  
pero quedaba más allí  
por descubrir bajo el agua,  
así que Tsoreto calzose  
el material engomado  
asió un cuchillo largo  
y entró en el agua a nado.

Peleó con unas algas  
que lo habían enganchado,  
después con diez pirañas  
y al final con tiburones.  
Ninguno tuvo el agrado  
ni de rasparle los calzones  
el detective salió ileso  
y las olas quedaron marrones.

Abrioles en riña la panza  
con su grandeza y templanza  
les quitó unos tantos huesos  
y usándolos de gomera  
con la lengua de un escualo  
rescató a la compañera.

Estaba bien masticada  
y un tanto bien disuelta;  
lo que sacó eran pedazos  
de la otra asesinada,  
tenía la espada clavada  
en un trozo medio grande;  
el pez la tenía tragada  
mas por la hoja enganchada  
le quedó por adelante.

Con los cachos que se extrajo  
Iemepé reconstruyó  
el cuerpo de la difunta.

La viuda estaba loca  
y en el juicio nada habló  
había perdido el idioma  
o le fallaba la boca.  
La sentencia no esperó  
a escuchar ninguna queja  
y muy pronto tras las rejas  
a la homicida encerró.

La costa quedó desierta  
y el acuario se fundió  
tras conocer lo ocurrido  
nadie más allí acudió.

Guirnaldas de ligustrina  
les sobraron a montones.  
Para juntar unos pesos  
las unieron con harina  
e hicieron en la cocina  
pancitos a la marina.

Tsoreto y Silvina Pérez  
manejaron de vuelta a casa.  
Los recibió el Comisario  
intercambiaron palmadas  
y agradecioles haber resuelto

los asesinatos del acuario.

Los tres tomaron el mate  
y comieron pancitos verdes  
se sacudieron la mofa  
y salieron a andar en yate.

No los acompañó el detective  
que a los mareos era proclive,  
él disfrutaba con el roce  
de sus suelas contra el piso.  
En tierra firme quedose  
custodiando con pericia,  
porque de eso, al fin, se trata:  
el Investigador de la Máscara de  
Plata  
continuará haciendo justicia.



**El hotel**

Surcaba feroz el Pampero al tibio nubarrón de calma que cubría las sierras. De tanto en tanto. Escurriéndose espontáneos de entre las nieves albóreas que flotaban cirradas al cielo, diez sablazos de sol, quizás once, conseguían rasar la superficie vegetada. Verdes y amarillos maquillaban la tez de Pacha Mama. Ojos pintados de lago, embarradas mejillas y la mano bien en lo alto abierta hacia el Sol criollo hoy naciente que acostumbra enmorenarla. Un puma audaz, desde el abra, rastrea exacto el raudo andar de un bólido plateado por la ruta 33. Conduciendo el veloz automóvil, hallábase Tsoreto; sí, nada menos que el Investigador de la Máscara de Plata en cumplimiento del deber.

Lo llevaba a esos rumbos un encargo algo urgente del juez de Dolores: habían raptado a su hermosa hija. Después de investigar entre pistas ingeniosísimamente, Tsoreto relacionó unas pequeñas partículas de tela brillante color morado con el Graff Spee. Así es; analizando al microscopio la estructura del tejido, olió su mente la posibilidad de deducir la conformación de la pieza. Valiéndose de fotoelastímetros sensibles, formados por láminas de yodo-quinina traccionadas preparadas en su propio laboratorio, arribó a la tesis de que los filamentos pertenecían a una corbata. Recordó entonces aquella imagen del cráneo destrozado, casivació de cerebro, acolchado sobre la seda interior del féretro que contenía los restos del capitán del barco alemán hundido en aguas del Río de la Plata durante la segunda guerra mundial. La cabeza del jefe del Graff Spee veíase unida al tronco por el cuello (lógicamente), quien vestía una extraña corbata “morada”. Dirigióse pues a Villa General Belgrano, en la provincia de Córdoba, sitio de refugio de varios oficiales germanos, y se enteró en un museo de que solamente el uniforme del capitán poseía la hipotética corbata, el uniforme de gala. Averiguó más adelante, mas bien oyó el comentario descabellado de que el capitán no se había suicidado, como figuraba en el historial de la policía federal tipeado por sus propios dedos. Supo luego que los marineros del navío se habían asentado en Pigüé, Sierra de la Ventana y zonas aledañas.

El paso siguiente consistió en, previa autorización del juez (no el involucrado), allanar la tumba del capitán, ubicada en el cementerio de La Recoleta. Descubrió allí, bajo la tapa del enmohecido cajón, con sospechada sorpresa, que al cadáver putrefacto cuasi totalmente esquelético, le faltaba la corbata morada que pendía de su cuello el día del entierro.

Funcionaron entonces los choricetes lipidosos ahora limpios que servían a Tsoreto de extremidades inferiores, logrando un gomoso trote rápido, socorridos por una expulsión peduna (con jugueto para aumentar la cantidad de movimiento del fluido), hasta arribar a las cercanías del móvil que lo transportaría a la región de Ventania. Llave. Acelerador. Y en marcha.

Diluyose el viaje entre caminos suaves bordados de pinos y cipreses, convirtiendo al crujiente asfalto bajo los neumáticos en grisácea música silenciosa.

Y llegó. En un depósito municipal halló los planos del pueblo y empezó a desenmarañar el crimen nadando entre ellos. Las cotas de intriga iban

siendo escaladas y derrumbados los muros que encerraban el misterio. Hoja tras hoja, abrió por fin Tsoreto la puerta que empalmeraba la marea criminal. Olas de furia preguntística bañaban ya los acantilados cerébricos del investigador. Corchetes de insomnio despertarían muchas noches quizás, intentando desenmascarar... aliviar el ansia justiciera que rugía. ¿Implacable?

Implacable.

Asió así Iemepé el plano del antiguo hotel, derruido hoy por el tiempo y algún fuego malintencionado. Avanzó ante campos de noche hasta llegar al lugar indicado en el mapa. Frenó; el aullido de un muro escalofrió las estrellas que interrumpieron su titilar mientras la Luna se ocultaba tras un nubarrón oscuro. Tsoreto cerró fuerte la puerta del auto cortando sin darse cuenta el tallo de un pasto que lo espiaba.

\_Lo hubiera mordido de no ser porque no tengo boca -balbuceó la planta desde sus cercenados estomas.

Una "C" gigante de ruinas armaban los andamios y paredes del olvidado hotel. A la entrada, dos ménsulas de miedo carcomido por el óxido soportaban el peso del frontispicio. Tsoreto volteó su rostro y enfocó la larga pirca que antecedió al mástil sin bandera. Parpadeó, enganchando sus grasosas pestañas (aunque limpias), y al abrir sus ojos nuevamente vio... o imaginó la silueta de un estandarte germano flameando tenebroso. Miró bien, y había desaparecido. ¿O nunca habría estado allí?

Que raro...

Penetró con cuidado a la construcción. Del techo sobrevivían sólo algunos bloques, trabados entre los firmes travesaños de acero. El saqueo había desnudado las escalinatas de mármol convirtiéndolas en pudorosas rampas. Ventanales de aire y puertas de frío enclaustraban a los tenebrosos sótanos. Falta haría que encendieran las medusientas calderas para entibiar aquel ambiente impar de acogimiento.

Comenzó a descender y los tablones añejos gruñían. Luego de pisarlas, unas bisagras nerviosas chillaron de dolor. Temiendo tembló su rodilla derecha y Tsoreto la reprendió: \_No pareces la rodilla de un policía -Exclamó impostando la gruesa voz.

Pero la rótula sentía el peligro y volvió a temblar. Reclinó enojado la cabeza y captó de reojo a través del hueco de su deforme axila una figura macabra que lo apuntaba sigilosa. Instantáneamente viró el flanco contra el misterio alertando: \_Quieto; pol -terminar no pudo sus palabras porque una bala supersónica incrustósele en el cuello taponándole la tráquea. Al momento, tal vez guiado por el destello doloroso del desgarró cárnico, nuestro amigo gatilló su arma incrustando el tiro bajo el párpado derecho del delincuente. Casi no hubo grito, mientras trozos de cerebro desbordaban de su frente al segundo martillazo. Las entrañas neuronales caían salivosas, como pendiendo de un cordón de sangrienta mucosidad... de un filamento... de un delgadísimo hilo transparente hasta que, se cortó. Y el seso reventó contra un musgoso ladrillo del suelo. Tsoreto lo vio como en cámara lenta. El oxígeno de sus poderosos pulmones escaseaba. No podía respirar.

Inspirado por la inspiración que le era imposible realizar, agarró una

astilla de destrozado cristal y perforó sus vías respiratorias bajo la herida. Manteniendo abierto el orificio con tres de sus amorfos dedos, renovó el aire de su cavidad torácica. Con dificultad se acercó al tibio cadáver y controló sobre su pecho la presencia de una corbata embebida de plasma sanguíneo. Escupió una poca de su baba detergente, la frotó, secó con ciertos pelos que arrancose de debajo del brazo y comprobó que la también desgarrada corbata era: morada.

A veinte pasos palpó una momia que se movía. También hacía ruidos como quien habla con la boca tapada. Desvendola pues rápidamente y sí.

Era la hija del juez. Ilesa. Llorando al ver a su raptor tendido sin vida sobre el helado piso. Era el juez; el padre de la hermosa niña y además el sobrino del suicidado capitán alemán. \_¡Cómo pudo escapárseme ese detalle! -razonó Iemepé dolorido.

\_El mismo joven que se veía tan disgustado conmigo aquel lejano día del entierro. Ya capisco, todo este lío fue contra mí; ¿Pero su hija?...

\_Mi papá era un malvado -confesó lagrimienta.

Tsoreto suspiró aliviado; había hecho justicia; lo sentía. Aunque ese suspiro surgía de su ahora respiración anásica. La sangre también brotaba a charcos de la carótida del detective. Inclino su faz viendo la inmensa laguna hemática que lo rodeaba. El ardor resultaba demasiado profundo. Sintió una opresión en el pecho mas la contuvo. La joven quiso cargarlo para transportarlo hasta el hospital. Pero Tsoreto miró al cielo desde el sótano y lo vio celeste aunque era de noche. Percibió la belleza de una luz en lo alto. Cada vez más cerca.

Y Tsoreto murió.

**Qué será de mí**

Tsoreto era chico y disfrutaba entre sus dobleces salivosos de una historia llena de aventuras: la vida. Siendo púber empezó a pensar en ello y arribó a la temprana conclusión de que vivir era como leer un sabrosísimo libro. A medida que avanzaba, página tras página, sus ansiosos ojos leían complicadísimas situaciones. A veces se detenía a meditar y arribaba a interrogantes durísimos de develar; algunas dudas existenciales, algunos pasos que no sabía seguro hacia dónde lo llevarían. Pero siempre, dos, tres o diez hojas más adelante el problema se resolvía. Tsoreto era niñamente joven y su fresca energía le permitía sobrellevar los dramas más severos, al menos para su edad.

Pasaron los años y el púber terminó de romper la cáscara. Ya era un joven. Había aprendido de sus experiencias anteriores, y cuando se presentaba un percance como aquellos que ya había vivido, sabía exactamente cómo solucionarlo.

Mas súbitamente un día, aunque esto que os voy a contar venía arrastrándose como una bola de nieve dentro del inconsciente de Tsoreto, su temprana teoría de la vida-libro comenzó a fallar.

Despertó cálidamente una mañana, acariciado por los primeros rayos de Sol que lograban inyectarse entre las maderas de la persiana. Bostezó; miró el presente, era sábado y no tenía que ir a la escuela (él estaba en “ese” año, en el mismo que vos estás hoy). Se lavó la cara y dispúsose a continuar leyendo el libro de la vida. Pero cuando dio vuelta la página,

¡Estaba en blanco! ¡Sí!, la página nueva que hoy debía leer, la actual página del libro de su vida, estaba en blanco...

Cayó de nalgas sentado sobre la tapa del inodoro, boquiespántico abierto; corazónido; y empezó veloz y pensativamente a entender: la vida no era leer un sabrosísimo libro; era escribirlo.

Retrocedió unas cuantas hojas, y observó que cada oración, cada palabra estaba escrita con su letra. Tantos años había estado escribiendo ese maravilloso libro sin darse cuenta... pensando que sólo lo leía. Miró el extremo de su amorfo brazo derecho y encontró asida por su mano una lapicera del color del tiempo. Deslizó unos trazos sobre la hoja calmando el vacío expectante que la embebía, y comprobó que realmente era la misma con que estaban narradas todas las aventuras anteriores.

Cruzó por su perspicaz mente la idea audaz de ver la primera página del libro. Lo hizo. Las frases primeras estaban delineadas con otras formas; era la letra de su madre, que de a poco iba transformándose, renglón a renglón, en la tierna escritura de una mano nueva ayudada por otra; aprendiendo a escribir; a vivir.

Avanzó joven hasta el último punto, en esa hoja rebeldemente firme que hoy había despertado blanca, y comenzó a escribir lo que os cuento. Besó

en palabras el saber de que la pluma con que hoy narraba le había sido regalada por Dios. Lo sabía.

Fue feliz. Él podía escribir. Él decidía como resolver las aventuras y es más, él elegía esas aventuras (aunque algunas venían solas nadando de algún otro libro).

Tsoreto sintió la libertad.

Tocó el momento de elegir una carrera, algo que hacer cuando grande.

Estaba confundido, o no muy algo; no conseguía descubrir su vocación. Releyó unas páginas de su infancia y halló las vías por las que debía marchar el tren.

Sí, hiciera lo que hiciera, su vida estaría orientada a hacer el Bien.

“Hacer el Bien”.

Luchó y semipronto creyó pellizcar la tez del futuro que en un tiempo empezaría a escribir. Así sucedió y Tsoreto fue policía. Su hermano, guiado por la misma consigna, que compartían, trabajó de basurero y decenio después se dedicó a la carpintería.

Ambos escribieron hermosos libros de la vida.

Vivieron. Tiliendo, luchando y amando. Y ayudaron a muchos niños a escribir sus primeras páginas.

En próximas aventuras, el Investigador de la Máscara de Plata, continuaría haciendo justicia.

**El reencuentro**

La cúspide de aquella etapa palpose cierta. Tsoreto había dejado aquel frígido y sombrío sótano del hotel, y empezaba, profundísimamente embebido en la calidez de ese momento eterno, a viajar hacia la Libertad de su nueva etapa. Atragantaba a la nostalgia ese sentir hermoso con que nadaba; ese sentir que le recordaba algo pegoteado a la mitad del comienzo de su nostalgia atragantada. Algo grande. Más grande que la Luz hacia la que viajaba. No. Igual de grande. Sí. Infinito. Infinito como infinitos albas.

Acolchonose. El trayecto inmenso, la caricia suave de una velocidad enorme que lo llevaba fiel a su desear y la dimensión sagrada cada vez más cerca. La décima dimensión supongo. O la once.

Ya quiso llegar. Y llegó. Se sentó al lado de Dios, de aquella luz inmensa y, libre, comprendió mil misterios. Amigo del Bien, como siempre, Tsoreto vio a su alrededor y observó que en todo el Universo, en cada rincón, respiraba la luz de Dios. Mirose adentro suyo y sonrió. “Esta es la Luz de Cristo y yo la haré brillar”. Sí; era luz su alma.

Se paró, caminó unos pasos y encontró distribuidas en el lugar a millones de almas. Pero no era lugar; era felicidad. La felicidad perfecta cumplía el papel del lugar tridimensional que existía en la Tierra.

La paz se oía como una inmensa tibieza.

Y creyéndose pleno sintió que no lo era aún. Escuchó entonces la voz más hermosa que conocía y se excitó ansiosamente su corazón. Comenzó a buscar desorientado; empezó a desesperar queriendo encontrar esa voz y María, cuidándolo como siempre lo había hecho durante la etapa anterior, lo tomó tiernamente del hombro, acarició su rostro descubierto y le indicó el suelo a sus pies.

Tsoreto agachó su mirada y un destello argentino templó el sur del firmamento; como una pequeña estrella. Era la Máscara de Plata que se mecía recostada en el piso.

Achinó los ojos en sonrisa, se agachó y tomó la máscara por el borde. Pero cuando estaba levantándola, se frenó de repente mientras veía el brillante metal de la cavidad interior de la máscara, justo por debajo de la perforación para la nariz.

¡Era ella!

Vibró estallando de amor cuando recordaba de quién era esa voz, levantaba su torso luminoso y, ahora sí pleno, corría al encuentro de la única mujer que había amado en su vida; la misma que cuando jóvenes, había grabado un corazón en la parte interior de la máscara que su novio usaría esa noche en una fiesta de disfraces; la misma que unas noches más tarde cubriría el pecho de su novio con el suyo, salvándolo del filo de un cuchillo delincuente que ponía fin a su etapa en la Tierra.

Tsoreto y Caterina se unieron ahora eternamente y comenzaron a vivir mucho mejor esta nueva etapa.

El investigador recordó entonces el sentimiento inmenso que empezó a

percibir cuando se acercaba al Paraíso: era amor, de lo que está hecha la energía divina.

Ahora desde el Paraíso, juntos Tsoreto y Caterina descubrirían nuevas y peligrosísimas misiones, y los investigadores de la máscara de plata, continuarían haciendo justicia.

**Templo de hielo**

Infinitamente hermosos meses vivían juntos Tsoreto y Caterina entre las praderas y arroyos cristalinos del Paraíso. El vuelo de la gaviota más sublime acariciaba de paz, y el celeste inmenso del cielo era de ellos. Tilir allí podía serlo todo, pero nuestros amigos decidieron volver a la acción, para encender la luz del Bien donde estuviera apagada.

“Padre nuestro danos una misión” -pidió el hombre.

“Por favor” -agregó dulce la mujer.

“Vayan; los estaré cuidando”.

...Indómitos como el viento, tempestaron los profundos y cada vez más escabrosos senderos que conducían a la cuna del mal. Llamadas de fuego ciego ardían ya cerca. Fuego de hiel seca que quemaba más que el Sol y alumbraba menos que el canto profundo de las rocas caídas en las fosas avisales del mar. Intermitentes escalofríos sarcastizaban la piel, y los colgajos del cadáver más horrendo alfombraban las paredes. Peste; mugre; espantosos olores del tinte más amargo jamás imaginado embebían cada páramo. Cada rincón.

El calor cortante agudizose y allí, por debajo de sus pies, se extendía el oscuro y silencioso escenario que acababan de pisar. La calma olía al crepitar intermitente de las llamas entre leños. Los repetidos chasquidos y el uhm uhm del fuego cuando se lo escucha de cerca creaban una atmósfera especial. Rayante despegó un puma de lo oscuro, en el salto se hizo tigre, y enfadado su rostro desgarró de un zarpazo la piel de la muñeca de Tsoreto, que ultrarrefléjico acababa de cubrir la cara de Caterina. Ella lo abrazó bien fuerte, y empezaron a caminar.

La misión era rescatar a San Gabriel, que luchando contra el demonio había quedado atrapado en el infierno.

Avanzaron de a pasitos por uno de los profundos túneles. Se respiraba con dificultad. Un fluido negro, viscoso y caliente babeaba del techo. Más allá de mil suspiros, el gargántico pasadizo ensanchábase violentamente, y transponiendo unos cuantos metros de agua fresca bajo la roca, nuestros amigos emergieron a un paisaje encantador.

Pasto, cielo, nubes blancas y sol. Era lindo pero muy sospechoso. Tsoreto temía que estuvieran observando una ilusión creada por el diablo para confundirlos. Golpeó entonces los árboles, masticó una banana fresca y pidió a su novia que lo pellizcara. Todas las pruebas demostraban que el lugar que veían era absolutamente real.

Tranquilos, luego de jugar un rato se recostaron en el pasto y el Investigador de la Máscara de Plata comenzó a realizar una profunda inspiración. Y así, absorbiendo el fresco aire estaba, en el momento en que el firmamento tornose purpúreo, los árboles transformáronse en especie de dragones la atmósfera de paz que Tsoreto inspiraba colmose de polillas y polillones, tres de los cuales se atoraron en sus fosas nasales; empezó a sentir como cientos de ellos revoloteaban mojados en su interior. Tosió y



expectoró hasta calmar su malestar, pero nació en él una terrible desesperación al notar que Caterina había desaparecido.

-¡Señor! -gritó mientras unas carcajadas grotescamente tenebrosas resonaban sobre sus tímpanos y bocanadas de estilizado fuego obligábanlo a correr. Y escapando, arribó Iemepé al borde de un profundo acantilado. Abajo, galopaba entre burbujas un río de lava. A su lado, el calor de las llamas ardía desesperante. Instintivamente, con ambos brazos formó Tsoreto una cruz, y las llamas se alejaron. El terreno quedó descubierto. Las plantas carnívoras e incluso los dragones yacían en el piso completamente chamuscados.

No muy lejos, algo se movía y escuchábanse mordiscos y suaves gritos de dolor. Para nuestro amigo esa voz era inconfundible: Caterina, con la piel al rojo vivo carcomida por el fuego, estaba siendo devorada por un enorme pájaro infernal.

-¡Noooo...! -quiso correr a rescatarla, mas instantáneamente se derrumbó el terreno terminando con la mujer y dejando aislado sobre la cúspide plana de una gran estalactita al investigador.

Solo, sin casi fuerzas y quemado su rostro, este policía del Cielo logró mutar toda la energía de odio y rencor que se había acumulado en su corazón, a amor, y levantando su ensangrentada mano derecha, decidido a no hacer más mal del que ya les habían hecho a ellos gritó:

-Jesús, perdónalo, el diablo no sabe lo que hace.

Dicho esto, reinó unos segundos un calmo silencio. Enmudecieron las hogueras y en lo alto, volando con sus enormes alas blancas apareció el ángel Gabriel. Tsoreto, que ya estaba dispuesto a sucumbir en el infierno, dejó caer al verlo una lágrima de su derretido temple de hielo. Gabriel subió todavía más alto y se lanzó en picada como un cóndor sumergiéndose en la espesa lava que fluía todavía.

Con los vapores, formose roja la silueta del demonio y tras un amargo quejido sucedido de gritos agudos y maléficos, el diablo se desintegró, al tiempo que San Gabriel emergía de entre la roca derretida, trayendo a Caterina ilesa en sus brazos.

Planeando, sujetó también a Tsoreto, y juntos se alejaron velozmente del abismo aquel, oyendo enormes explosiones a medida que hacían más kilómetros y el infierno iba quedando atrás.

De regreso en la paz del Cielo, los novios celestiales se casaron para siempre.

El Ángel Gabriel los llevó a pasear por una galaxia pequeña, colmada de maravillosos planetas. En uno de ellos, de montes azules y hermosas flores, decidieron pasar su luna de miel.

Eternos, Caterina y Tsoreto, continuarán haciendo justicia.

**La decisión**

El amor los cubría por completo y brotaba de sus almas luminosas como mares de miel. Beso tras beso se fundían nadando con placer entre planetas. Vivían. En esta nueva vida tan hermosa, vivían.

De repente y armoniosamente, les habló el Señor. Un sabor a aventura se palpaba entre las brisas espaciales; era un niño, de 8 años, gordito y de cachetes. En la Tierra, Javier acababa de perder a sus dos padres en un accidente automovilístico y yacía a los pies de un álamo otoñal, sosteniendo dormida entre sus brazos a su hermana de diez meses.

Estaban a diez cuadras al este del camino en el que habían volcado.

Todo sucedió a las seis y cuarto de la mañana, cuando empezaba a dejarse ver el primer penacho de Sol. El aire respirábase fresco y pintaba de despierta la cara del cielo. Mamá, papá, Caterina y Javier, habiendo terminado de levantar campamento cuando casi daban las cinco, marchaban cantando alegremente en el jeep azul que solía llevarlos de paseo en las vacaciones. Papá al volante decidió encarar un viejo puente de madera. Se veía resistente; como si el paso del tiempo hubiera endurecido los enormes troncos que lo soportaban. Pero luego de entrar unos metros, el crujido seco de un peldaño intentó arrojarlos al vacío; rompióse bajo la rueda delantera izquierda; el jeep descendió de un tirón tratando de escurrirse por el agujero. La trompa quedaba ya debajo del piso del puente, cuando mamá rompió con su puño la ventanilla de Javier, cortándose toda la mano, y ayudó a los dos chicos a salir por la ventana, mientras el padre intentaba evitar que el accidente se concretase.

Un segundo después, terminóse la resistencia de la añosa madera, el jeep azul se desprendió del puente y viajó verticalmente por el aire hasta estrellarse contra las piedras del tranquilo arroyo que los observaba.

Caterina lloraba abrazada a su hermanito y Javier veía hacia abajo con la boca y los ojos tremendamente abiertos.

Caminando con cuidado se retiraron del puente. En seguida, ayudado por una soga de varios metros que siempre llevaba amarrada al cinturón, el muchachito afirmó a la niña sobre su espalda como una mochila, ató la cuerda en una saliente y agarrándose de ella descendió por la pendiente hasta el lecho del arroyo.

La corriente era muy suave y aunque resbalaba cada piedra, los chicos no tuvieron problema en llegar hasta el jeep, que moribundo descansaba sobre su abolladísimo techo postizo de chapa.

Los cuerpos de los padres de Javier y Caterina se veían retorcidos. Contra el parabrisas, abierto y chorreando un fino hilo de líquido, estaba reventado el ojo derecho del hombre. Su cuello comprimido por el volante, permitía que lo atravesase la palanquita del guiño todavía titilante. Una tibia quebrada asomaba por la astillada ventanilla.

Del lado de la mujer, surgiendo de entre un revoltijo de piernas y brazos asomaba su puño lastimado. Semiabierto, cuando Javier lo miraba y dejaba escapar su primer lágrima, el puño pareció moverse, al tiempo que tallaba la

chapa un suavísimo gemido, confundiendo con el alarido de unos buitres hambrientos que se acercaban.

¡Mamá! -comenzó a gritar el niño mientras tironeaba fuertemente de la mano sangrienta.

Tiró y tiró desesperadamente, hasta conseguir que las fibras cedieran y arrancárase carnosamente del resto del brazo cadavérico.

Shockeado, Javier tomó a su hermana con un brazo y, sin soltar el trozo de su madre que sostenía, empezó a caminar alejándose aturdido.

No sentía nada. Era demasiado para entenderlo. Debía ser una pesadilla. No había otra posibilidad.

Así llegaron los chicos hasta el pie del álamo donde ahora reposaban. Todo un día habían permanecido allí, sin comer ni tomar nada y, según les contaba Dios a Tsoreto y Caterina, el futuro que les esperaba si seguían así tirados no era nada bueno.

La misión consistía en lograr de alguna forma que los chicos sobrevivan, valiéndose por sus propios medios.

Los investigadores decidieron analizar el estado de Javier: a juzgar por las largas horas que habíase mantenido despierto y con su cerebro sumamente excitado pronto iba a entrar en un profundo sueño. Ocurriósele entonces a la perspicaz imaginación de Iemepé, entrar en contacto con el muchacho mientras dormía. Debería enseñarle varias cosas sobre supervivencia e indicarle la manera de regresar hasta el campamento, que era el sitio habitado más cercano desde allí.

Empezó Tsoreto a planear las cosas para enseñarle, cuando resonó en la celestial mente de Caterina la palabra “campamento”, y luego “supervivencia”; esos temas tenían sabor a su juventud.

Caterina había sido scout desde los trece años, en la rama raider y la rama rover. Y rover era aquel día en que murió a su vida en la Tierra. Propuso pues a su esposo que llamaran a Baden Powell, el creador de los scouts, para que fuera él mismo quien enseñara a Javier lo necesario.

Así lo hicieron y siempre listo como siempre, apareció B.P. con las mangas de su alma remangadas y un pañuelo scout al cuello. Le explicaron la situación y muy pronto, B.P. empezó a formar parte de un sueño bastante real de Javier, que nunca olvidaría.

Al día siguiente, los dos pequeños estuvieron a salvo con sus tíos.

B.P. saludó a Caterina con su mano izquierda y llamándola por su nombre de tótem dio a ambos un mensaje que cambiaría completamente el destino que hasta ahora habían imaginado.

\_Ardilla Valiente, nacerás nuevamente en tu antiguo planeta y entre otras, tendrás por misión formar parte de la vida de un grupo de chicas que será cada vez más grande.

Caterina miró a Tsoreto quien le devolvió una sonrisa, y volviéndose a B.P., al tiempo que levantaba su mano derecha dijo:

\_¡Servir!

Los esposos se abrazaron profundamente, y Caterina partió hacia la Tierra.

Sin su amor nuevamente, el investigador de la máscara de plata empezó a charlar con B.P.. Quería encontrar alguna cura para ese sentimiento mezcla de ansiedad y soledad que ahora le pesaba.

Tsoreto no debía cumplir en ese momento ninguna misión en especial. Su esposa nacería pronto en la Tierra y él podría observarla y ayudarla desde el Cielo hasta que volviera. También sabía que en donde estuviera del Universo, siempre aparecerían nuevas misiones que cumplir; tal vez en la dimensión celestial, tal vez en otro planeta.

Lo cierto era que sentía que allí lo necesitaban. Y suponía que trabajando al lado de Dios, lograría ser mucho más útil al Bien.

\_Cuando luchabas por el Bien en la Tierra, ¿Lo hacías solo? -le preguntó Baden Powell.

\_No, bueno; pero ahora estoy más cerca del Señor.

\_Nada de eso. Nuestro Gran Jefe siempre nos acompaña desde más cerca que nadie. Y vos lo sabés -replicó enérgico B.P..

Tsoreto pensó un instante.

\_¿Aceptarías ser mi jefe scout? -preguntó.

B.P. sonrió y asintió \_Seguro; estás preparado; sólo tenés que hacer tu promesa.

Y así fue; Iemepé ingresó a las filas del movimiento scout.

Más tarde, pidió a nuestro Gran Jefe la posibilidad de nacer nuevamente en el tercer planeta, unos años antes de lo que lo haría Caterina, para así ser más grande y tener mayores posibilidades de casarse con ella si algún día la encontraba.

\_La encontrarás -afirmó el Señor, y lo envió a la panza de su mamá, tres años y medio antes de que naciera su esposa celestial.

Nuevamente en la Tierra, nuestro viejo amigo el investigador de la máscara de plata, seguramente continuará haciendo justicia.

**ÍNDICE**

Tsoreto 1	El Investigador de la Máscara de Plata.....	2
Tsoreto 2	Mermelada de sol.....	4
Tsoreto 3	Perrónidas.....	12
Tsoreto 4	La antena de Hafnio.....	25
Tsoreto 5	Los latigazos que no educaban.....	27
Tsoreto 6	Sueño profundo.....	30
Tsoreto 7	Sospecha clave.....	35
Tsoreto 8	Biscochos.....	38
Tsoreto 9	Sobre cómo hacen sonar los grillos sus guitarras y el cantar oculto de los álamos.....	45
Tsoreto 10	Un partido de fútbol.....	48
Tsoreto 11	La fucking mosca.....	52
Tsoreto 12	Entretenidos.....	55
Tsoreto 13	La invasión del croquetismo.....	62
Tsoreto 14	El orden de prioridades en campamento.....	68
Tsoreto 15	Solucionando el intrínquilis computado.....	76
Tsoreto 16	La uña podrida del chaqueño aplastado por un verdulero africano ...o La uña del pie podrido del chaqueño roto.....	85
Tsoreto 17	En primera persona.....	88
Tsoreto 18	Postergando.....	93
Tsoreto 19	La charla.....	96
Tsoreto 20	En versos narra Tsoreto su misión sumergida.....	101
Tsoreto 21	El hotel.....	105
Tsoreto 22	Qué será de mí.....	108
Tsoreto 23	El Reencuentro.....	110
Tsoreto 24	Temple de hielo.....	112
Tsoreto 25	La decisión.....	114